Laye

1952

20

LAYE N.º 20

publicación de la Delegación
Provincial de Educación,
Mallorca, 278, Barcelona

Director: Eugenio Fuentes Martín

E-4/5

AGOSTO - OCTUBRE 1952

23 GEN. 2001

UAB
Biblioteca d'Humanitats
Sala de Revistes

UNA LEY Y UN PLAN

Un hombre dotado para la altísima función de gobernar, que es tal vez la más noble de las funciones humanas, tenía que dedicar el 80, el 90 ó el 95 por 100 de sus energías a substanciar reclamaciones formularias... a soportar humillaciones y vejámenes de los que precisamente por la función casi divina de gobernar, estaban llamados a obedecerle; y si después de todo esto le quedaba un sobrante de algunas horas en la madrugada o de algunos minutos robados a un descanso intranquilo, en ese mínimo sobrante es cuando el hombre dotado para gobernar podía pensar seriamente en las funciones substanciales de Gobierno.

Que el lector disculpe la transcripción quizá demasiado extensa de uno de los párrafos que José Antonio Primo de Rivera dirigió contra el parlamentarismo, al que calificó también de "el más ruinoso sistema de derroche de energías". Mas, al repasar la patética descripción que en él se hace de la labor de un hombre de gobierno, nos parece como si aquel sistema, que uno creería ya arrumbado para siempre de los hábitos políticos —de los malos hábitos de la política española— subsistiera todavía. Naturalmente que los métodos han cambiado: las interpelaciones parlamentarias, aquellos largos e inútiles debates en la Cámara, la servidumbre de los compromisos de los partidos políticos desaparecieron con un régimen fracasado con estrépito y sangre. Pero los intereses de grupos, de clases y de situaciones privilegiadas subsisten hondamente enraizados en la sociedad española, y en su defensa se recurre a todos los expedientes dilatorios que el oportunismo aconseja. Así una ley, pieza insignificante de un ambicioso plan de renovación cultural del hombre español, único sujeto de derechos frente al Estado, se ha visto obstruída por el juego de intereses encontrados, y la labor de un equipo político lanzado con entusiasmo se ha encontrado gravemente paralizada durante un año. Hacemos nuestro el generoso "llamamiento a la magnanimidad de los educadores" dirigido desde las páginas de la "Revista de Educación", no sólo para que el tan discutido texto legal supere los escollos de una opinión más o menos adversa, sino para que su pronta resolución permita acometer resueltamente el "plan de ordenación cultural" que España viene necesitando, cada vez con mayor apremio, desde hace medio siglo. Y mida cada cual en la soledad de su conciencia si no está cometiendo un pecado de olvido de sus deberes para con la Patria y de falta de caridad hacia sus semejantes, que en el lenguaje político y castrense de toda coyuntura revolucionaria sólo merece el calificativo de deserción en el servicio a una alta y noble empresa espiritual.

L A Y E

1.

«FANATISMO HUMANO»

El epígrafe de este artículo va entre comillas porque se trata de una frase de Jaspers, pronunciada en una de sus intervenciones en las "Rencontres" ginebrinas de 1949, donde el tema tratado era "Por un nuevo Humanismo". Habían hablado dos teólogos: uno, el pastor protestante y conocido escritor Karl Barth; otro, un dominico francés que había tomado parte en el movimiento de Resistencia, el R. P. Maydieu. Jaspers hizo notar la imposibilidad de dar una definición general que englobase todos los sentidos del humanismo y, refiriéndose a la situación del hombre como criatura de Dios, revelada, según el P. Maydieu, en su mismo poder creador, querría salvar el abismo entre la filosofía y la teología tendiendo un puente.

No trato de hacer aquí cuestión el debate general, sino de desenvolver una frase que Jaspers pronuncia, cuando dice: "Estoy de acuerdo con el hecho de que una conducta, una dirección es indispensable; que nosotros tenemos necesidad de Dios; que Dios es necesario para preservarnos de un *fanatismo humano*, pero ahora he aquí mis preguntas." Estas preguntas que interrogan sobre dónde habla Dios, si habla directa o indirectamente, si habla clara u obscuramente y si habla directamente a cada hombre o a la Humanidad de un modo global, son extraordinariamente interesantes, pero

no es mi propósito ocuparme aquí de ellas. Voy a referirme solamente a la afirmación de que Dios es necesario para preservarnos de un fanatismo humano.

La frase choca de primera intención por paradójica. Lo habitual es que hayamos oído hablar de un fanatismo religioso y que a este fanatismo se haya opuesto precisamente el humanismo como algo liberador, como una superación de la estrechez que, según los humanistas, todo fanatismo supone. En los mismos coloquios ginebrinos —y precisamente en relación con las cuestiones planteadas con Jaspers— se acusa a Barth, concretamente, de exclusivismo. Pero la frase de Jaspers permite pensar que así como el humanismo liberal se cree con poder para rescatar al hombre del fanatismo religioso, así también la existencia de Dios sería un supuesto indispensable para rescatarnos de un fanatismo humano.

Pero ¿qué puede entenderse por un fanatismo humano? ¿Se han dado realmente en la historia de las ideas posturas que impliquen este fanatismo? ¿Y en qué sentido la fe en Dios es liberadora de una tal posición fanática? He aquí tres preguntas que piden aclaración. De hecho, las dos primeras pueden contestarse conjuntamente, pues al dar las posiciones doctrinales correspondientes quedará definido lo que se entiende por "fanatismo humano".

Estas posiciones se encuntran en la historia del pensamiento humano. Esto me parece indiscutible. Ya el racionalismo de la filosofía griega, al intentar arrancar al hombre de su inmersión y de su esclavitud en la naturaleza, le exalta de forma que parece realmente sacrificarlo todo al hombre. Esta exaltación no tiene siempre un desenlace feliz. A veces el hombre choca con un muro sin salida, de modo que el hombre se sacrifica en nombre de sí mismo, en nombre de lo que considera más esencialmente humano: su autónoma razón. Me parece que es el estoicismo la doctrina más fanáticamente humana de toda la Antigüedad, si bien la más trágicamente humana. "Para Grecia —ha escrito Pániker— el hombre era ciertamente una parte del mundo, una cosa más entre las muchas cosas del Universo, su razón era una partecita del Todo; pero no obstante, este hombre se rebela contra la sujeción del Universo y la tiranía de los dioses. Por esto el humanismo helénico tiene un carácter heroico fascinante; es la lucha del hombre por conquistar su puesto en el mundo del ser y que, aun cuando sucumba en su intento, sabe morir bella y heroicamente. *Homo res sacra homini,* dice Séneca. Es el humanismo natural y trágico." ("El cristianismo no es un humanismo." En *Arbor*, núm. 62, págs. 185-186; 1951.)

Más que en Séneca, en Epicteto el estoicismo llega a ser un fanatismo humano, que sacrifica a la razón la vida total del hombre, con sus sentimientos y sus anhelos. La ἀπαθεια estoica es el fanatismo de la razón humana. Pero este fanatismo tiene carácter individualista; sacrifica el todo concreto individual a un aspecto de sí mismo superiormente valorado. No es ésta la forma más decisiva y constante del fanatismo humano, sino aquella que somete la persona individual a la Humanidad, a una especie eterna que, como un dios insaciable, exige sin compensación sacrificios personales; que

exige una devoción en nombre de una fe en un futuro remoto de la humanidad, que sería el paraíso en la Tierra. Sacrificar lo individual, obligar a cada hombre a sacrificarlo en nombre de la Humanidad, supone la negación de todo fin humano que sobrepase la vida terrena, esto es, de todo fin sobrenatural.

Esta posición se advierte ya claramente en el positivismo. Augusto Comte ha escrito que "tanto en el aspecto estético como en el dinámico, el hombre propiamente dicho no es, en el fondo, más que una pura abstracción; no hay otra cosa real que la humanidad, sobre todo en el orden intelectual y moral". (Cours de Philosophie Positive, VI, 417.) Y, en efecto, su religión de la Humanidad llega a una deificación del hombre, pero en cuanto especie humana. La humanidad es para Comte el Gran Ser, que define como "el conjunto de los seres pasados, futuros y presentes que concurren libremente a perfeccionar el orden universal"; añadiendo que "toda especie sociable tiende naturalmente a tal convergencia". (Système de Politique Positive; abregée de Cherfils. París, 1912; pág. 433.) Esta religión de la humanidad es la que tiene "el amor por principio, el orden como base y el progreso como fin", combinando inalterablemente "el sentimiento, la razón y la actividad". (Ibídem, 25). Este humanismo estatuye una religión positiva fanáticamente humana, pues la devoción al Gran Ser lleva a una minuciosa regulación social, incluso en las actividades más personales, como la creación artística o la investigación científica, que deben ser dirigidas por el Estado, o por el poder espiritual del mismo, imbuyéndoles un destino social.

Es natural que el fondo positivista que, al lado de la dialéctica hegeliana, ha determinado el marxismo, suponga también un fanatismo humano del mismo tipo. De un modo acaso excesivamente simple suele decirse que la sociedad marxista anula por completo la vida individual, sometiéndola, bien transitoriamente —aunque en muy largo tránsito— a la dictadura del proletariado, o bien subsumiéndola en una colectividad humana mecánicamente organizada, donde cada hombre, falto de destino propio, es pieza de una máquina, con todo lo que supone de degradante para la persona humana esta condición.

De hecho, la doctrina no es tan rígida y simple, pero no por ello deja de estar animada por una aliento fanáticamente humano, como toda doctrina radicalmente antropocéntrica, en donde el hombre no tiene más que una transitoria vida terrena. Ciertamente que puede darse un marxismo menos antropocéntrico, como el de algunos científicos enrolados en el movimiento marxista. En éstos podría hablarse tal vez de un "humanismo cósmico" —valga la paradójica expresión—, puesto que consideran, desde luego, que no hay más vida para el hombre que su vida terrena, pero en razón de una totalidad cósmica en donde la vida humana se ha ido construyendo en lucha con el medio y las restantes especies de seres vivos, en cuanto el hombre puede mantener su solidaridad con los prójimos y no destruirse entre sí en luchas egoístas. El hombre, considerado como un mero ser natural entre otros seres del mismo orden, tiene como instrumento de lucha su razón y su posibilidad de construirse desde este punto de vista, lo que supone una

aspiración a que toda la especie humana afirme su posición en el universo en un plano de igualdad entre sí, justamente para destacar sobre los demás seres. Una concepción en sus líneas generales semejante expuso el biólogo J. B. S. Haldane en las "Recontres Internationales" de Ginebra, de 1949. (Véase "Pour un Nouvel Humanisme." E. de la Baconnière, Neuchatel, Suisse, págs. 137-158.) En esta concepción el papel individual del hombre concreto es poco acusado; es la humanidad la que cuenta. Pero sin duda su "humanismo" es menos fanático que el de aquella posición marxista que ha nacido de la consideración histórica del hombre, de la evolución económica social, y que considera la humanidad sin diluirla en la inmensidad cósmica del espacio y del tiempo. Hay aquí una matiz diferencial. Estas doctrinas consideran al hombre en su realización progresiva hacia un tipo ideal —lo que se ha llamado el "hombre total"— que se realiza dinámicamente en cuanto el hombre ha sido capaz de ascender de la pura animalidad a su condición propiamente humana en una acción recíproca del hombre sobre el mundo y del mundo sobre el hombre, en cuya reciprocidad se conforman desde los sentidos hasta la inteligencia humana. Lograr la realización del hombre lo más aproximada posible a ese modelo ideal, probablemente nunca alcanzado por completo, es la tarea del progreso humano; tarea que corresponde a todos los hombres y que ha de determinar unas condiciones de vida humana asequibles a todos. En cuanto se cree que ese ideal de humanidad es realizable, el marxismo supone una fe y una esperanza, y no solamente un conjunto de teorías racionales. Por estos supuestos extrarracionales es por lo que se puede exigir una devoción a ese ideal humano que justifique todos los sacrificios y todos los dolores individuales, que se suponen transitorios. Por esto se puede llegar al fanatismo, ya que la situación individual de los hombres se sacrifica a la salvación de la humanidad, como en una religión se sacrifica a la salvación del alma. Sin embargo, el marxismo se presenta como una doctrina racional, de modo que parece contradictoria esta apelación a motivos extrarracionales.

Se ha puesto de manifiesto en qué forma se ha dado y qué sentido tiene un fanatismo humano. Queda por aclarar qué puede significar, en la frase de Jaspers, ese rescate del fanatismo humano por la existencia de Dios.

Tampoco esto parece difícil de entender. Si Dios existe, el hombre, como toda la creación, no puede ser centro de sí mismo, pues su contingencia está asentada sobre el Ser Necesario. No se trata de un simple "dato fundamental del universo", como dice el biólogo Haldane, sino de la causa eficiente creadora del universo mismo, de este universo contingente, no de una totalidad englobante, fuera de la cual nada podría existir. En este sentido, según el cual Dios es transcendente, su existencia supone un centro para el hombre que no puede ser el hombre mismo; de aquí que los humanismos antropocentristas lleven a un fanatismo de lo humano, pues el hombre realmente se ha deificado, ya exaltándose cósmica o históricamente. Dada la existencia de Dios, la consagración del hombre a la humanidad pura, sin espíritu de caridad, o su inmersión en un dilatado universo, significa una verdadera *alienación*. Lefebvre ha glosado, en los mismos coloquios gine-

brinos, el concepto marxista de alienación. Y si por él se entiende que el hombre es enajenado de su propio ser humano cuando es "privado de sus posibilidades, mixtificado, engañado, frustrado, irrealizado, arrancado a sí mismo", entonces, para el creyente en Dios, la privación marxista del vínculo transcendental, es la alienación suprema. Las alienaciones en el mundo sólo lo son realmente cuando desvían al hombre de su fin último, y una forma de esa desviación es su desespiritualización y su consagración a la realización de una humanidad puramente terrena.

Se comprende en qué sentido puede decirse que una fe religiosa libera del fanatismo humano, aunque no es fácil que Jaspers quisiera significar exactamente esto que yo digo. Es, sin embargo, una interpretación a que se presta su pensamiento. La liberación del fanatismo humano se verifica porque el hombre ha de ser el centro de referencia, ya en sentido individual, histórico o cósmico, y este centro se traslada a Dios, de modo que la lugar a una posición teocéntrica a un *teandrismo*, en la expresión de Pániker. En la consagración de las criaturas a Dios el fanatismo humano desaparece, con lo cual no se quiere decir que se renuncie a todo goce terreno, a la alegría de la vida sobre la tierra, pues, por el contrario, esta alegría es elemento integrante de una vida cristiana reconocida a su creador y sostenedor. Sólo que, acaso, este goce y esta alegría no tengan el mismo significado para un marxista que para un cristiano; sin entender que se renuncia a las necesidades legítimas, el goce material no puede ser puesto en primer plano desde el punto de vista del cristianismo. Por lo demás, un verdadero espíritu de caridad no sólo libera del fanatismo humano, sino también de lo que se ha llamado fanatismo religioso, en donde una libre aceptación parece haberse confundido con una aceptación forzada, que no engendra vida espiritual ni puede ser camino de la salvación eterna.

EUGENIO FRUTOS

NOTAS SOBRE LA SITUACION ACTUAL DEL ESCRITOR EN ESPAÑA

I

1

Si en algún tiempo escribir en España fué llorar, hoy sobra el llanto: en afirmación exagerada en cuanto a la materialidad del hecho, pero exacta en cuanto a la esencial cualidad de lo escrito, podemos decir que hoy en España no se escribe. Y como consideramos que esta afirmación ha de ser aceptada sin condiciones por quienes quieran intentar la comprensión de estas notas, se nos plantea con urgencia exponer qué entendemos por *escribir* y por *escribir en España en 1952.*

2

Nuestro tiempo ha desvelado el secreto de la literatura. En realidad, ha sido ella misma la que por natural evolución ha hecho copartícipe de su misterio creador al que hasta ahora no era sino simple consumidor de los productos que el escritor generosamente le entregaba. Como indicábamos hace un tiempo en estas mismas páginas (1), los últimos cincuenta años han representado para la literatura —hecho especialmente destacable en la novela por la aparición de nuevas técnicas— la gradual pérdida de la noción autor-dios. Comparábamos entonces la pérdida de esta idea de jerarquía a su determinante en el campo del pensamiento, el nietzscheano grito de la muerte de Dios. Pues bien, correlativamente a la desaparición del autor de sus libros, el papel del lector creció en importancia. Y se volvió exigencia

(1) LAYE, núm. 12, "Las técnicas de la literatura sin autor".

lo que antes era aceptación. Consciente el autor de su nueva situación, cambia radicalmente su posición frente al lector: deja de ofrecerle su obra como un don gracioso, para presentársela como proyecto de trabajo en común. La literatura se oscurece, se indetermina. El lector no puede ya permanecer pasivo —como cuando leía para "pasar el rato"—, sino que la obra le exige para su comprensión un esfuerzo realmente creador. Sobre unos datos ordenados con habilidad por el autor, el lector ha de construir él mismo el sentido del libro, como ha de hacerlo en su vida cotidiana con los datos de la realidad para penetrarla. La literatura se ha hecho carne viva y ya no podrá jugar más que con la realidad. El autor revelará esa realidad al lector y se la propondrá como tarea para su liberación personal. Del lector depende que la obra escrita con autenticidad tenga eficacia. Con la incorporación del lector a la actividad literaria se puede decir, en usado símil marxista, que a la literatura de consumo ha sucedido la literatura de producción.

Escribir es, pues, por una parte *revelar* la vida del hombre en el mundo, y por otra, *proponer* esta revelación como materia sobre la que el lector debe trabajar, recrear. Esto en lo que se refiere a la creación-novela, teatro, etc. Para el crítico, para el ensayista, escribir será hacer consciente ese modo de entender la literatura, situar las obras en el punto exacto que ocupan en relación a su tiempo, a la evolución de la cultura.

II

1

Hemos afirmado al principio de estas notas que hoy no se escribe en España. Si nos atenemos a las ideas expuestas sobre lo que entendemos por escribir, no nos será difícil comprobarlo. En general, todo lo que se viene publicando desde el final de nuestra guerra civil parece hacerse todavía bajo un concepto decimonónico de la literatura.

Si aceptamos que escribir en España es revelar la totalidad de la vida del hombre español actual, para proponérsela como tarea al lector español, bastará con que elijamos al azar unos cuantos títulos de novelas y obras de teatro de los escritores españoles contemporáneos considerados como más representativos, para ver que ninguna de ellas cumple con los requisitos exigidos. Escribir ahora en España debería ser hacerlo sobre la vida del hombre español actual, sobre su esencia viva de hombre que lucha —como los de todo el mundo— por su libertad personal, y lucha porque está oprimido por sus propias negatividades, más las que le aporta su sociedad. Además, escribir debería ser hacerlo siguiendo la propia tradición literaria —que en nuestro país no es precisamente pobre—, incorporándola a las necesidades técnicas actuales.

Sin embargo, en un ecuánime examen de la literatura española de los

últimos trece años, ¿qué obras se ajustan a esas mínimas exigencias? De los Pombo Angulo, Carmen Laforet, D. F. Flórez, Suárez Carreño, Sánchez Mazas, Elena Quiroga, Agustí, Arbó, Zunzunegui, Delibes, Gironella, Mercedes Fórmica, Romero, etc., ¿quién ha escrito una novela que reúna íntegramente las dos condiciones de realismo y tradición, más la tercera, la de propuesta al lector, cuya forma es la exigencia de una técnica literaria al día? Hay obras de los autores citados que poseen alguna de las condiciones que pedimos, pero la falta de las demás esteriliza su posible eficacia. Y lo mismo —o peor— sucede con las obras de nuestros dramaturgos. Luca de Tena, Calvo Sotelo, Ruiz Iriarte, Pemán, Claudio de la Torre, López Rubio, el recién llegado Suárez Carreño ¿han estrenado alguna obra que pueda ser aceptada sin reparos fundamentales?

Con todo ello, el panorama de nuestras letras queda extraordinariamente simplificado. En realidad, en esos trece años, creemos que sólo dos obras literarias colman los requisitos de *revelación* y *propuesta*: "La colmena", novela de Camilo José Cela, e "Historia de una escalera", drama de Antonio Buero Vallejo.

En el campo de la crítica y del ensayo —que es donde deben decirse las verdades tal cual, sin benevolentes eufemismos que valgan— es todavía más difícil encontrar nombres, por las pocas obras que se editan y la, en general, escasa honradez o información de los artículos que aparecen. A lo más, sospechamos que tal o cual crítico o ensayista publicaría un artículo o libro importante si le dejaran. Pero esa es otra historia.

2

Más adelante daremos una ojeada a los problemas técnicos que puede plantear una censura en exceso rigurosa. Pero ahora conviene, en este brevísimo panorama de las letras españolas, desenmascarar a una importante corriente negativista que proviene de los grupos de pseudo-escritores diseminados por el país que unen a su irresponsabilidad intelectual —son gentes que sistemáticamente hablan y atacan a lo que no conocen— su negativa a vivir en nuestro tiempo. Les cualifica, también, su matiz diríamos para-oficial.

Ellos son los que aprovechando el actual momento de desorientación cultural, provocado en buena parte por la parcialidad de los libros y ensayos que se publican, han intentado dominar la panorámica literaria española, logrando —aparte de un bajísimo nivel intelectual, lo que no es de extrañar— que en el país se produjera una especial mentalidad que nos parece oportuno designar con el nombre de "mentalidad farwest". Consiste ésta en establecer como una especie de bandos —los buenos y los malos— en todos los órdenes de la vida literaria, filosófica y científica. Así, por ejemplo, Nietzsche, Sartre, Unamuno y Ortega son malos, tontos y feos, y Maritain, Claudel, Balmes y Menéndez Pelayo, buenos, listos y guapos. No importa mucho el grado de inteligencia respectivo ni el aporte hecho por cada uno de esos autores al acervo cultural de su patria o de la humanidad. Lo único que

cuenta es que sean del bando de los buenos o del de los malos. Y lo peor del caso es que esa mentalidad se ha infiltrado en el campo de la enseñanza, con la consiguiente anulación de posibilidades intelectuales objetivas en los jóvenes educandos.

Insistimos en la importancia que entraña para el escritor ese factor negativista, porque tiene su origen entre lo que viene a ser facción traidora de los escritores. Su resistencia, su traición a los ideales de la cultura no pueden tener la explicación que desde su punto de vista justifica al político. Este, cuando está establecido y firmemente asentado en el poder, sabe que, desde el momento en que precisa desarrollar una política de tipo conservador, su peor enemigo es el escritor que, por su condición de revelador de la verdad y de miembro dinámico del proceso histórico, es un revolucionario nato que propone al público lector —en potencia cada uno de los individuos integrantes de la nación— el perfeccionamiento de su libertad personal, muchas veces contra dogmas y sistemas. Nada más lógico, desde su punto de vista, pues, que intente poner limitaciones a la libre expresión del escritor. Lo que ya no es lógico es la actuación de los que llamándose escritores emplean su cultura, su tiempo y lo que de más noble deberían poseer, en una constante falsificación del pensamiento vivo y en absurdos intentos de animación de lo que son formas muertas. Este pecado de leso espiritualismo nos recuerda una frase de Camus en "Noces" que les va como anillo al dedo: "El más repugnante de los materialismos es el hacer pasar ideas muertas por realidades vivas."

Ante esta situación apenas se han producido reacciones en contra. Esto nos lleva a señalar otra característica de la vida literaria española: la inhibición de muchos. Hay un temor especial cuya manifestación consiste en considerar *tabú* aquellos temas que pueden comprometerle a uno. Hay un exceso de conservadurismo y aunque lo lógico sería que no hubiera que temer nada por una simple manifestación de pensamiento, la verdad es que a los "malos" tampoco nos comen vivos.

III

1

Poco a poco nos vamos acercando al escritor, objeto de estas notas. Hemos visto lo que entendíamos por escribir, hemos intentado averiguar si se escribía actualmente en España y, por fin, hemos señalado una situación anómala de la literatura del país. Conviene ahora que iniciemos la investigación de las causas que motivan la inactualidad e ineficacia de los escritores españoles, de los motivos que, aparte del valor individual de cada escritor, han hecho posible la situación que venimos estudiando.

2

Un escritor consciente —novelista, dramaturgo, ensayista (1)— debe conocer a fondo la tradición literaria de su lengua y estar al corriente de las técnicas literarias de su tiempo. Eso cuando menos. Sin tradición y sin técnica nunca podrá un escritor producir otra cosa que obras inocuas, impersonales e ineficaces. En una palabra, obras inútiles que nada aporten al acervo cultural de su país y, por lo tanto, tampoco al común de la humanidad.

Sin embargo, si repetimos el vistazo general al panorama de nuestra literatura, veremos fácilmente que los escritores españoles actuales se cansan de escribir obras que por uno u otro de los motivos señalados son absolutamente ineficaces, tristemente inútiles. Por ejemplo, se opina que "La vida nueva de Pedrito de Andía", de Sánchez Mazas, o "Viento del Norte", de Elena Quiroga, son dos buenas novelas. Efectivamente, ambas obras están bien escritas, bien construídas. Sin embargo, son dos novelas que pertenecen a otra época: en realidad, han sido escritas *antes* por otros autores. Son dos bellas e inútiles obras. A mitad del siglo xx hay que escribir de otra forma. No hay más remedio. Ahora bien, ¿está preparado el escritor español para escribir?

3

No, el escritor español no está preparado para escribir. El bajo nivel de cultura literaria general del país se refleja en el escritor, en sus obras. España no es un país de cultura literaria como pueden serlo Francia, especialmente, o Alemania. Así, son muy pocos los españoles que conocen nuestra magnífica tradición literaria. Y muchos escritores que limitan sus conocimientos a los adquiridos en la escuela o en el bachillerato. Sumidos —por la fuerza de la necesidad, generalmente— en la inmediata y casi siempre pasajera actualidad, olvidan que solo un constante buceo en la tradición puede darles el sentido de esa actualidad que infructuosamente intentan descifrar. Actualmente, son muy pocos los escritores que mantienen sus obras dentro de la línea tradicional. A su debido tiempo, dijimos que precisamente uno de los principales méritos de "La colmena", y lo que le daba su condición de autenticidad, era el haber sabido conservarse, por debajo de su precisa técnica moderna, dentro de la más estricta tradición. Con frecuencia se da el caso de autores que, poco enterados de su oficio, creen que deben mantenerse en la tradición literaria a base de calcar el estilo y la

(1) Se habrá fijado el lector en que omitimos a los poetas de las consideraciones generales que estamos haciendo sobre la literatura actual. Ello obedece a que modernamente la misión del poeta no es la de "revelar" el mundo, como sucede con el prosista. Además, sus problemas externos son distintos de los de éste. En otra ocasión intentaremos ocuparnos de ellos.

concepción de las obras clásicas. Esto es debido en la mayoría de los casos a un absoluto desconocimiento de las literaturas contemporáneas, lo que entraña el grave lastre que supone ignorar las nuevas técnicas de géneros que, como la novela o el teatro, se han renovado totalmente en los últimos cincuenta años. Ahora bien, la verdad es que del "Ulysses" de Joyce a "Las palmeras salvajes", de Faulkner, pasando por la trilogía "U. S. A." de Dos Passos y las novelas de Moravia, Sartre o Hemingway y todo el teatro moderno inglés, americano o francés, difícilmente podrá el escritor español encontrar algún ejemplar en las librerías de su país. No importa en este momento echar las culpas a nadie, sino resaltar un hecho. Pero, por una causa u otra, el escritor español no está preparado para escribir. Y lo que es peor, el crítico se encuentra en su mismo caso y no sabe orientar al novelista o dramaturgo, que necesitan, aohra más que nunca, que se les diga cuál es el buen camino.

Para el escritor joven todo lo que acabamos de citar constituye un *handicap* inicial que difícilmente podrá superar a lo largo de su carrera. Si a lo dicho se añade que a raíz de la guerra civil desaparecieron, ausentes o callados, algunos hombres que tenían categoría de maestros, y sus puestos intelectualmente no han quedado cubiertos, se comprenderá que el escritor joven se encuentre fundamentalmente desorientado y, si es consciente, sin demasiadas esperanzas en su carrera de escritor. Pero todavía ante él —como ante los escritores menos jóvenes—se alzan otros problemas que, sin referirse directamente a su formación intelectual, indirectamente también habrán de influir sobre sus producciones.

4

El primero de esos problemas afecta a sus obras. No vamos a tratar ahora de la conveniencia o no conveniencia de la censura. Por otra parte, *más arriba hemos expuesto lo lógico de su existencia para el político. Pero* para el escritor español la censura existe, y el hecho de que escriba pensando en ella debe ser tenido en cuenta. Esto, en primer lugar, quita algo de espontaneidad a las obras. Pero lo que más importa es la limitación temática. El podar al tronco de la realidad algunas ramas importantes —como son la política, la económica, la religiosa, la filosófica... alguna de ellas, como la primera, cortadas por la base; otras, como las últimas, eliminando ramificaciones *secundarias, arbitrariamente,* para dejar sólo las que más convengan— es causa directa de una literatura neutra, aséptica, que nace muerta, abortada. No hay realidad si no es total. En la literatura, como en la vida, una parte no tiene sentido si no está relacionada con el todo. Una literatura mutilada es una literatura ineficaz, inútil. Y si aceptamos la función reveladora de la obra escrita, convendremos en que una revelación a medias, cuando urge una revelación total, es tan inútil como peligrosa, por el engaño por omisión que puede acompañarla. Creemos que se ha olvidado que la literatura desempeña un importante, primordialísimo papel

catártico y que puede y debe llegar a ser la conciencia reflexiva de la comunidad.

Aquí es doloroso y necesario volver a levantar la voz para preguntarnos —como afortunadamente ya van haciendo muchos, "Indice", por ej.— por la literatura que no ha producido nuestra guerra. No puede ser que la más importante conmoción nacional desde el 98 no haya quedado plasmada de una manera definitiva en una novela o en una obra teatral española. ¿Por qué callan nuestros autores? Simplemente, creemos, por temor a no ser "comprendidos", lo que les obligaría, caso de ser así, a guardar en un cajón sus obras escritas en largos meses de trabajo. Y el escritor español no puede permitirse estos lujos. Precisamente, el otro problema externo importante que se le plantea es el económico. También éste ha de influir directa pero gravemente sobre su obra.

5

El dramatismo con que se le presenta el problema económico no se refiere tanto a la cantidad de dinero que gana, como a la manera de ganarlo. Actualmente, un buen escritor —no un escritor excepcional— puede vivir, y vivir relativamente bien, de la pluma. Y decimos un buen escritor. porque en cierto modo es lógico que un escritor mediocre malviva de sus producciones. Ahora bien —considerando aparte el caso del dramaturgo, que puede vivir bien de sus obras con sólo que obtengan un mediano éxito de público—, tanto el novelista como el ensayista o crítico han de colaborar profusamente en periódicos, revistas, radio, etc., para lograr los ingresos que les han de permitir vivir con decoro. Esto, que a primera vista no parece grave, lo es si tenemos en cuenta que lo que importa de la labor impresa de un escritor, no son los artículos, necesariamente escritos a vuela pluma, sino las novelas o ensayos madurados, trabajados con cuidado. Cada artículo escrito para la prensa o la radio es un tiempo precioso robado a su actividad principal. Un novelista difícilmente vive hoy en España de lo que le producen sus libros. En consecuencia escribe menos novelas y más colaboraciones periodísticas o radiofónicas. Todo ello, claro está, en detrimento de su carrera literaria y de las letras en general. Y lo que acontece al crítico, en el ensayista es todavía peor. Hoy día se publican muy pocos libros de ensayos en España. El crítico, el ensayista tiene que limitarse entonces casi exclusivamente a sus colaboraciones en periódicos y revistas. Allí se encuentra con *una serie de intereses creados, de compromisos —con editores, con escritores* amigos— que limitan su labor a artículos neutros, cuando más correctos en su forma, siempre sin interés auténtico. Al ensayista y al crítico les falta la autonomía y la autoridad que proporciona el libro. Pero mientras se sigan pagando de cinco a diez mil pesetas —cuando se pagan— por una novela y prácticamente nada por un libro de ensayos —gracias con que se lo publiquen—, al escritor no le queda más remedio que echar mano de las doscientas pesetas que regularmente le proporcionan sus artículos.

Lo mismo sucede con el escritor que trabaja unas horas al día en otra

ocupación. Cada minuto que emplea en ella no es un minuto neutro, sin importancia, sino un minuto que se quita a su verdadera profesión de escritor.

Así, pues, aunque actualmente se pueda vivir de la pluma en España, el escritor paga un precio muy caro para ello. Los libros, que son la tradicional base de la literatura, están mal pagados, y esto, al no permitir, como sería lógico, que el escritor pueda vivir exclusivamente de ellos, redunda en perjuicio notable de ella misma.

IV

Seguramente, la situación actual del escritor en España es más compleja de lo que puedan haber revelado estas notas. No se pretende, empero, agotar un tema que desborda todos los límites que se le quieran imponer. Una sociología del escritor es tema difícil y de largo desarrollo. Y mucho más ha de serlo una situación imprecisa como es la del escritor de nuestro tiempo.

Queríamos, sí, dejar constancia de que si se aceptaba que escribir era "revelar la vida del hombre en el mundo y proponer al lector esa revelación como tarea", en España —salvo casos aislados— no se escribía. Había que indicar, también, alguno de los motivos que impiden, molestan o malogran esos intentos aislados de escribir. Por ignorancia nuestra, unas veces, y por prudencia, otras, estas notas quedan también algo imprecisas, en parte quizás por lo que podamos tener en común con los escritores españoles actuales. Pero entiéndase que ésta es una excusa que no sirve. El escritor español, pese a todos los pesares, tiene que sentirse absolutamente responsable de cada una de las palabras que publica. Este es el primer paso para la superación de una situación anómala. Salvado éste —de moral profesional—, el escritor no puede olvidar que el aceptar y servir su vocación no sólo le impide inhibirse, sino que le obliga a tomar partido ante la realidad para llevar a cabo la misión que, por su misma aceptación, le viene impuesta, y que no es otra que la de procurar para sí y para el lector de su obra la plena libertad personal, su total liberación espiritual. Y —en paráfrasis de un autor contemporáneo— "como sus personajes, si son de nuestro tiempo, no disfrutan todavía de esa libertad, que sepa por lo menos mostrarnos lo que les cuesta poseerla".

J. M. Castellet

EL PRESENTIMIENTO EN EL TEATRO

CASANDRA presiente y profetiza acertadamente.

"¿Cómo te atreves a consumar ese crimen? Vas a hacer entrar en el baño al esposo que comparte tu lecho; le vas a lavar tú misma y... ¿cómo decir lo demás? Ello ha de suceder bien pronto. ¡Ya tiende la mano sobre la víctima una y otra vez!"

Luego añade:

"...¡Lazos suicidas! ¡Esposo degollado! ¡Suelo todo lleno de sangre!"

Esquilo, en su "Agamenon", se vale de Casandra, pitonisa cautiva del triunfador Atrida, para acercar emocionadamente al público a lo que "fuera de escena" está ocurriendo, en un mismo presente trágico y paralelo al agitado dialogar —temores y vaticinios— del coro con la adivinadora. Clitemnestra está efectivamente asesinando a su marido dentro, en la morada ya desdichada para siempre, como también prevé, junto con su propia muerte, Casandra, a continuación de lo reseñado en un principio.

Al introducirnos verdaderamente en la poderosa emoción eficaz de un hecho principalísimo para el posterior desarrollo de la acción, que no sucede ante nuestros ojos, consigue Esquilo, apuntamos, el más alto y digno dramatismo. Cala hondo en lo teatral, al promover en nuestro espíritu la más auténtica conmoción trágica, sin que el hecho trágico comparezca visiblemente. Apoyándonos abundantemente en aquello de la estricta pureza de los géneros literarios, realiza con ello, diríamos, el mejor teatro.

Destaca en este caso, como factor dramático esencial, el presentimiento. A través suyo, vemos en un primer examen rápido, cómo Esquilo soluciona a plena satisfacción el problema, de puro oficio si se quiere, pero importante, de hacer percibir con intensidad teatral suficiente al público, aquello que no ve y que sucede coetáneamente a lo que ve.

Ahondando más en el tema, observamos que el medio del cual se sirve el clásico, para que el factor dramático en juego —el presentimiento— produzca tan magníficos frutos emocionales, es la simple palabra. Casandra explica, habla, presiente y dice; conduce de la mano de su "palabra" las emociones particulares e indeterminadas de sus oyentes hasta la emoción universal y concreta que entrañaba el monstruoso crimen de Clitemnestra. Dos puntos de apoyo, pues: el presentimiento y la palabra. Y el edificio dramático se mantiene firme.

A través de los vocablos, la exposición de lo presentido convoca la emoción precisa en el público. Vemos aquí a la palabra en el teatro triunfando sobre la expresión plástica del hecho en cuestión. A la palabra creando la intriga, el clima adecuado, simultaneando lo de fuera con lo de dentro de la escena. He ahí el cauce de mayor enjundia teatral para jugar cualquier situación dramática: la palabra adherida a la acción, viviendo al unísono con ella, creciendo a su medida, posibilitando, en el caso de los presentimientos teatrales, el libre acceso a ese presente tenso, que invisible se agita en algún lugar, lejano o no, pero siempre fura del limitado escenario.

Asimismo Albert Camus, en la escena segunda del quinto acto de "Les justes" —una magnífica obra no comunista, dicho sea de paso—, obliga también a presentir a Dora. De nuevo el presentimiento y la palabra en juego.

Dora presiente la ejecución de Yanek, agitador compañero suyo y del cual ella está enamorada.

"...Pero para él se acerca el fin... Ahora quizás sale ya al patio. Todos permanecen en silencio al verlo aparecer... El verdugo se lanza sobre él. El cuello cruje."

Yanek, detenido tras haber asesinado al gran duque Sergio, parece va a ser condenado a muerte; es más, lo previsible es que se le ahorque, puesto que Yanek es un "puro", y precisamente lo que se le pide en el cuarto acto, a fin de que sea posible el indultarlo, es que deje de serlo, y ello no cabe en la bien mantenida línea lógica del personaje. A pesar de flotar, pues, en el ambiente tenso con que "Les justes" arriban a su último acto, la cuasi certeza de que Yanek ha de morir, Dora presiente, Dora explica, vive y hace vivir en escena lo que fuera está sucediendo en aquel preciso instante, consiguiendo con ello Camus reforzar extraordinariamente la ya muy buena altura dramática que la obra había tomado en su conjunto anterior.

Ambos llegan, por tanto, a lo mismo; llegan a la palabra, a la palabra y a lo presente, y cuando no es posible lo presente, se afirman en el presentimiento. Los dos ven más allá de la sorpresa, aun siendo ésta de consistencia teatral indudable. El uno, Esquilo, sorprendiendo a la vez que vaticina y utilizando únicamente en su vertiente de solemne ratificación, las posteriores declaraciones hechas por la propia Clitemnestra sobre su crimen. Y el otro, Camus, corroborando las sospechas sobre la muerte de Yanek, antes de afirmarla en definitiva; uniendo a Dora aquello que el público ha comenzado a creer ya y arrastrándola, en presentimiento, hasta la certeza de lo que está ocurriendo.

Es de notar al margen la magnífica sobriedad en que se emplea Camus para revelar que efectivamente era cierto lo presentido, en parangón con la ampulosidad, también magnífica, usada por Esquilo, en sinónima situación, en su "Agamenon".

También nuestro Lope, en "El Caballero de Olmedo", usa en la parte final de la obra del presentimiento, como punto de apoyo dramático, haciendo intervenir en el juego del mismo, como variante a los dos casos citados, un elemento nuevo. Usa, además, del referido recurso, diríamos que por puro goce de usarlo y de enaltecer con ello el drama en comentario. En "El Caballero de Olmedo", anteriormente a que Don Alonso presienta su muerte, sus enemigos la traman a la vista del público. Por otra parte, el luctuoso suceso, también ante sus ojos se desarrollará en el momento oportuno. Lope, pues, no se halla ante el problema de oficio mismo, ante el que se hallaron Esquilo y Camus. Lope se emplea en el presentimiento tan sólo para aprovechar la vertiente efectista que ese elemento dramático posee.

Y Don Alonso presiente. Y no contento con esto el Fénix apura el digno truco y hace intervenir a un elemento nuevo: el Labrador.

El Labrador, que corrobora lo que el Caballero presiente y que se transforma en su propio presentimiento, hecho carne y copla:

"Que de noche lo mataron
al Caballero..."

Redondea con todo ello el efecto y adelanta en el camino ya recorrido.

Es importante destacar, en consecuencia, reconocidas todas las diferencias existentes y variantes posibles, el que los tres autores citados, para alcanzar una determinada cumbre dramática, hayan llevado el mismo camino, tanto en la simple solución de oficio utilizada en los dos casos primeros, como en lo que se refiere al empeño en el logro de un mayor alcance en calidad dramática, en todos los casos.

Acerca de la mera circunstancia técnica, cabe señalar, se hacían posibles dos soluciones más, aparte de la empleada.

Primera. Se hacía posible al testigo de vista que irrumpe en escena y cuenta lo sucedido fuera —testigo que, en los casos anteriormente citados, aparece, en efecto, post-presentimiento desempeñando únicamente la *función de ratificador y no la de esclarecedor necesario—. También esta* solución es buena, aunque el hecho de substanciar un pasado, aún próximo, hace menores sus efectos dramáticos comparados a los que se consiguen, mediante el enfrentamiento directo del público con un presente oculto, a través del presentimiento. Aparte de que en este último caso, la situación tensa se logra espontáneamente, y en el caso del testigo revelador viene a depender de la fuerza narrativa alcanzada según la mejor o peor habilidad literaria de su autor, sin que se deduzca de ello su talento como autor dramático. No olvidemos que puede muy bien conseguirse una buena narración con eficaces efectos teatrales, sin que automáticamente se logre el "hacer un buen teatro".

Y *segunda.* Lo que pasa a la vista de todos tiene siempre una emo-

ción y una vivacidad muy superior a aquello que no nos es posible ver y vivir coetáneamente según sucede. Quizás, por tanto, se nos ocurre, lo mejor sea poner al espectador, si es necesario, ante varios acontecimientos importantes simultáneamente, utilizando la vía plástica para ello. Algunos autores americanos así lo han hecho y creemos se han desviado al hacerlo hacia lo puramente cinematográfico. En el cine la situación y expresión dramática vienen dadas por la imagen. En el teatro, no; las da la palabra y, por consiguiente, todo lo que sea no contar con ella como elemento principal, para hacer cualquier cosa sobre un escenario, habremos lógicamente de considerarlo como una desviación más o menos grave, según los casos.

Refiriéndonos ahora a la cuestión del alcance dramático, de la que más arriba hablamos, diremos nos parece conseguido en plenitud en las tres obras traídas a colación. En teatro, cuando se logra que el alcance dramático —y en las tres lo es— sea largo, se ha conseguido lo principal y, por lo tanto, el fin alcanzado convierte en el mejor al medio que sirvió para llegar hasta él.

Resumiendo, pues, tanto en "Agamenon", como en "Les justes", como en "El Caballero de Olmedo", el alcance se advierte consiguiendo igualmente y por el medio que nos parece más idóneo además —el mismo en las tres, en el momento concreto a que nos referimos—, esto es, el presentimiento. Caben, claro está, infinitas variantes, no entrando en absoluto en nuestra intención, el deseo de dogmatizar en teatro, habida sobre todo en cuenta, la enorme participación que lo milagroso tiene siempre en el fenómeno dramático, pero sí el elevar a general realidad como factor dramático de eficaces efectos, el presentimiento en el teatro, que hemos visto actuaban a plena satisfacción en la particular realidad de las tres obras estudiadas, tan distantes entre sí, como distantes por razón del tiempo en que fueron concebidas.

FRANCISCO SITJÁ PRÍNCIPE

HONOR A QUIEN CULTIVA SU HACIENDA

NOTAS APASIONADAS SOBRE ESPAÑA

IV *

PREDOMINA ahora en el país, en cierto grupo que se ha impuesto la misión de planificar nuestro porvenir cultural, una creencia asaz optimista sobre el camino ya recorrido desde el 18 de julio de 1936. Se ha hablado nada menos que de *una depuración existencial de España* (1).

Hace mucho tiempo —van ya para varios siglos— que aquellos españoles a quienes Dios nos metió en el dramático destino de trabajar socialmente para no hallarnos inconformes con nuestra conciencia, estamos discutiendo en torno a la salud o enfermedad del ser de España, es decir, hemos hecho problemática la fe en los valores de nuestra sociedad. Esta actitud no es el raro fruto de la rebelde porfía de unos hombres inquietos e insolidarios que permanecen al margen de la vertebración social. Puede —y debe— ser justamente condenada cuando se complace en sí misma y se transforma ¡como tantas veces hasta ahora! en pura literatura. Es en cambio una actitud positiva cuando el aguijón de nuestra inconformidad nos espolea a la acción para hallar las cosas a las cuales merezca inmolarse nuestra vida. Aparte de esto, en un caso como en otro, repito que no es el raro fruto de la inquietud de unos ciudadanos marginales. Muy al contrario, apenas es posible hallar, excepto en el tipo lleno de satisfecho egoismo del nuevo rico, un español que haya meditado alguna vez sobre los sorprendentes y varios acontecimientos de que ha sido testigo histórico, un español que haya sufrido el contacto de los órganos de la administración pública o de la justicia, que haya fundado una asociación con finalidades ideales (cuya vida misteriosa-

---

* Ver LAYE, núms. 17, 18 y 19

(1) Frase del catedrático Jesús Arellano, en "Arbor", agosto 1952, pág. 309.

mente se quebró por las sólitas disidencias entre sus miembros), apenas hallaremos un español con esta experiencia, digo, de cuyos labios no oigamos una expresión de pesimismo social. El convencimiento de que somos un pueblo de permanentes insolidarios, huérfanos de virtudes colectivas, constituye el único, dramático y real "complejo de inferioridad" del español.

Al cabo de varios siglos en que la autoconciencia nacional está lastrada de acentos de pesimismo, el vigía de nuestra historia halla a estos acentos tanto más vigorosos cuanto que han sido periódicamente escindidos por rasgos de creación, entusiasmo e incluso mesianismo, que parecían ir a abrir definitivamente épocas de un nuevo sentido. Uno tiene derecho a dudar que tal pesimismo, visible sobre todo, claro está, en la literatura, sea un hecho retórico y adventicio al que buenamente se puede negar un día, dándole un pasaporte sin retorno para el reino de la inexistencia. No hay otro pueblo europeo, con la excepción de Rusia, que presente a ojos del historiador un ejemplo más convincente del florecer humano de unos cuantos ideales que se marchitaron en el tránsito a la madurez, dando origen a una visión cruel y encenegada del hombre, del amor y en general de la vida. Desde Quevedo a Camilo José Cela los testimonios literario-sociológicos, desgarradores por su misma grosería, son claros y rotundos.

La creencia de que la sociedad española está enferma —o, si no se quiere usar este símil biológico— la creencia en que los hombres de esta tierra entrañablemente dura, poseen ciertos vicios cuyo reflejo social esteriliza las más ambiciosas misiones colectivas y políticas, es una creencia absolutamente ubicua, totalmente generalizada.

Para el pensador todo síntoma, en cuanto sea simbólico, tiene su importancia. Por esto hay que ponerse en guardia cuando gente responsable habla de "una depuración *existencial* de España". La frase es grave: depuración del ser mismo de España, acción quirúrgicamente ontológica. A mí me parece que es demasiado pronto para dar por hecho que una docena de años pueden realizar algo tan definitivo y trascendental como modificar la esencia del vivir de los españoles, re-crear nuestro ser auténtico. Creo que esto es no plantearse de raíz las cosas y poner las bases de una política cultural —que es lo que el grupo a que aludo pretende— precisamente en el mal camino para que alguna vez sea de verdad posible una depuración —yo no diría del ser de España— de la sociedad española. Los problemas no se resuelven con negarlos. Hay que encararse con ellos y ver lealmente qué exigen de nosotros. Pues a veces, ¡oh dolorosa sorpresa!, exigen que pongamos a prueba nuestra propia entidad, nuestra conciencia.

2 En primer lugar, cuando el pensador está manipulando, aunque sólo sea con el fantasmal vuelo de la mente, cosas tan delicadas como el ser, la autenticidad existencial, de una comunidad de hombres, hay que proceder con cautela casi similar a la del moderno cirujano del corazón. Las ideas son explosivas y hasta los más abstractos pensamientos han sembrado de sangre las calles. Por tanto —primer imperativo— ¡cuidado! Cuan-

do hablamos del ser de España no estamos jugando con un concepto de filología o con una pelota de dúctil goma que nos arrojamos de una acera a otra en una continua insolidaridad dialéctica. Estamos jugando con hombres, con seres humanos de cuyo destino nos será un día demandada cuenta. Ya hablaremos otra vez, Dios mediante, de en qué medida ahora que los sistemas de control social son tan concretos y efectivos porque están metálicamente templados con el racionalismo y la técnica, en qué medida, repito, todo proyecto políticocultural realizado se transforma en esencia en *operación sobre el destino personal de un grupo de hombres*. Yo creo que cuando se habla tan a menudo del ser de España o de que la salvación de España requiere o ha requerido esto o aquello, se olvida demasiadas veces que España no es una entidad ajena a nuestras vidas, sino que está fundamentalmente constituída por ellas.

Teniendo presente esta substancia humana de todo ser colectivo, hay que apurar el rigor cuando de él se trata y no confundir nuestros deseos particulares y subjetivos con la realidad del ser de las cosas. Recordemos lo que ya dije en otra ocasión: el conocimiento del auténtico ser de España todavía no ha sido realizado, y en rigor requiere un trabajo en el que se tengan en cuenta las conclusiones de una Antropología filosófica, de la historia nacional, de la filosofiía de la historia nacional, y de una sociología de nuestro pueblo. Sólo Américo Castro ha hecho últimamente un verdadero y vigoroso intento de establecer una ontología del ser español. En tanto no exista ese conocimiento del ser auténtico de España, no es lícito substituirlo por lo que un grupo cree o quiere normativamente que los españoles sean, pues esto supone la pretensión de erigir en norma una mera petición de principio. Un ejemplo de lo peligroso que es proceder con suplantaciones en este terreno —suplantaciones que desembocan en resultados muchas veces contradictorios y paradójicos— lo tenemos en la habitual vaguedad que dice que el Catolicismo es nuestro ser. Una religión no puede constituir el ser de una comunidad de hombres, porque si así fuera, ninguno de los seres humanos inscritos en el ámbito de tal religión podría —con absoluta imposibilidad física, como imposible es que el hombre se transforme en elefante— abandonar las creencias que le son esenciales. La apostasía sería un hecho borrado de las posibilidades humanas. Si el Catolicismo es nuestro ser, o si el budismo es el ser de los habitantes de la India, y el sintoísmo lo es de los japoneses, no debería existir ni un sólo español, ni un hindú, ni un japonés, que no fuera de raíz y hasta la muerte católico, budista o sintoísta... Cualquier testimonio de un español heterodoxo —¿cuántos señaló Menéndez y Pelayo?— o simplemente blasfemo, de un hindú no budista o de un japonés escéptico, sería la prueba concluyente de que no hay tal identificación del ser humano con un cuerpo de creencias. Creo que es bastante peregrino y estúpido tratar de demostrar todo esto. Pero es que, a efectos de la pretendida planificación políticocultural de nuestro porvenir, la cuestión no es ociosa. Además, por otro lado, ni siquiera a título de controversia nos sirve la vaga identificación de nuestro ser con el Catolicismo. Pues entonces nada nos diferenciaría a los españoles de otros

católicos no españoles, como los irlandeses, los bretones o los polacos; y entre esos grupos dotados de personalidad histórica y nosotros, hay diferencias —sobre todo diferencias de estilo realmente esenciales, permanentemente existenciales— muy notorias. Otra cosa muy distinta es que se diga con rigor que el Catolicismo es nuesto deber ser, es decir, un cuerpo de doctrina en el que los españoles, necesaria y normativamente, deben ser adoctrinados (1).

Pido cristianamente que se entienda bien lo que hasta ahora he querido decir. No se trata de sutilezas dialécticas encubriendo turbias maniobras; y mucho menos es mi propósito indignar al habitual fanático que, antes de enterarse de lo que lee, está ya dispuesto a saltar de la silla y enviarnos una carta que es la alegórica prefiguración del golpe de escopeta en la nuca. Al establecer una separación de conceptos entre ser de España y Catolicismo en sí, prestamos un favor a la espiritualidad católica y conseguimos, por lo menos, tres cosas: Primero: que, puesto que todos estamos absolutamente convencidos de que hay cierto número de vicios en la sociedad española que justifican nuestro ubicuo pesimismo social, estos vicios no tienen nada que ver con el Catolicismo, con el Catolicismo en sí como cuerpo de creencias sobre el destino último del hombre. (Otra cosa será, y es, que estos vicios tengan que ver con algunos aspectos de la ejecución socializada del catolicismo español; sobre este punto ya nos habló Ortega.) Segundo: yo no dudo de que si hay españoles que llenan el ánfora formal de su ser con un contenido ejemplarmente católico, éste sea uno de los medios para ejercer una acción fecunda contra los vicios de nuestro cuerpo social. Tercero y más general: el ser auténtico de España (nuestra condición humana modificada existencialmente por ciertos rasgos estructurales que constituyen nuestro estilo de vida) es algo instalado ontológicamente en nuestras vidas; ahora bien, aunque se realiza o actualiza mediante el soporte de la vida de todos y cada uno de los españoles, los condiciona suprahistóricamente, es decir, no se afecta con facilidad por las crisis que pueda sufrir en cierto año o número de años un individuo o un grupo más o menos grande de españoles. El ser de España es algo asaz sutil para que podamos aferrarlo, meterlo por las buenas en un baño de ácido ortodoxo y al cabo de un lustro sacarlo a la luz pública diciendo: "¡Ya está depurado!" La obra de muchísimas generaciones no se deja someter con tanto simplismo a la alquimia de la piedra filosofal.

---

(1) La frase "el Catolicismo es un ser y un deber ser de nuestra colectividad" (Jesús Arellano, en "Arbor", agosto 1952, pág. 297) contiene la contradicción que aquí señalo; pues si el Catolicismo es nuestro ser, no es preciso que nos exhortemos a ser lo que constitutivamente somos. Si somos hombres no tenemos que ir por ahí gritando que debemos ser hombres, o —negativamente— que no debemos ser elefantes. Recordemos esto: no hay en los españoles otro ser que el de nuestra condición humana, nuestra condición de hombres modificada existencialmente por ciertos rasgos estructurales (algunos tan remotos en su origen que tal vez sean anteriores a nuestra conversión histórica al cristianismo), rasgos estructurales que determinan nuestro modo de actuar y sentirnos en la vida, "nuestro estilo."

(Es fácil imaginar que las reflexiones anteriores dolerán o irritarán a cierta gente, sobre todo a quienes tienen miedo de encararse con la verdad cuando ésta no confirma sus *a priori* subjetivos. Pero uno, que es un modesto, humildísimo peregrino de la verdad, tiene la desusada pretensión de creer que sin conocimiento crítico de la máxima cantidad de perspectivas posibles no hay probabilidades efectivas de resolver problema alguno.)

Ahora bien, creer —como creemos— que la esencialidad de España es algo asaz sutil para manipularlo cotidianamente en el racionalista laboratorio de un ideólogo, supone la conclusión rotunda que será hoy nuestro segundo imperativo: ¡Dejemos de darle vueltas de una vez al problema de la esencia, del ser o no ser auténtico de España! Bástenos de momento saber que, racionalmente, uno no puede concebir que la esencia de España sea otra cosa que una determinante formal, un estilo, un modo de sentirse, estar y actuar en la vida. Que los antropólogos, historiadores y sociólogos hagan, sin prisas y sin prejuicios religiosos ni políticos, su tarea. Ahí están los estudios de Ortega, Sánchez Albornoz, Américo Castro y Menéndez Pidal que, directa o marginalmente, abordan el tema de la creación histórica de nuestra autoconciencia. Tengámoslos en cuenta; volvamos sobre ellos con amor si la vocación de conocimiento nos lo exige. Pero ¡basta ya!, no cometamos la gravísima frivolidad de hacer del tema del ser de España ninguna de estas cosas que hay que reputar como funestas: *a*) el caballete o trampolín para sentar *a priori* una dictadura o planificación cultural; *b*) un círculo vicioso que nos tiene como hipnotizados (caminos en el interior del bosque, en torno a los mismos árboles, sin asomarnos nunca al cielo abierto). Debemos huir de que nuestra vida se hiele tanto en una lucha agónica y estéril, a semejanza de caballos atados a la noria, como en la rígida dogmática de normas ajenas o toda fruición de la vida y de la cultura.

Estamos convocados a hacer actos de voluntad fraternalmente creativa. Al médico que ha de curar nuestros males no le preguntaremos antes de que nos visite: *¿Qué es el hombre?* La ausencia de su respuesta no nos obligará, antes de ser puestos en tratamiento nuestros desórdenes funcionales, a convertirnos en antropólogos o metafísicos. Ningún hombre sensato haría esto. Y sin embargo, cierto grupo optimista ha procedido de modo semejante en España. Ha sentenciado que todos los desórdenes funcionales eran ilusorios y fantasmagóricos o producto de una mala voluntad revolucionaria. Yendo aun más lejos que el ambicioso enfermo que se encarara con un médico para hacerle la preguntita antropológica *¿Qué es el hombre?*, ellos han aniquilado de un plumazo los papeles de enfermo y médico, diciendo que eran ociosos puesto que sabían muy bien lo que era, había sido, es y será España. Nosotros, mucho más modestamente, no pretendemos saber tanto. Nos limitamos a pensar —esto sí, con lúcida angustia en el corazón—: "No nos sentimos conformes con nosotros mismos. Nos sentimos mal." Y por tanto le diremos al médico: "Señor médico, veamos nuestra radiografía."

3 EMPEZAREMOS por la radiografía del citado optimismo de grupo. Y, como en toda radiografía, no se espere por el momento otra cosa que unas pocas y simbólicas manchas de luz y sombra.

Contemplados los hechos desde una perspectiva general —o, como ellos prefieren decir, de generación— no cabe duda de que el optimismo es fundado. Basta comparar la situación ambiente del país antes de aquel 18 de julio y después del 1.º de abril que cerró la guerra. Los ojos abiertos de pasmo de quien entonces era un niño, recogieron imágenes que difícilmente podrán hundirse en la riada cruel del olvido. Uno recuerda —escojamos por ejemplo el año 1933— una tarde en la que rápidas nubes plomizas espoleadas por el cierzo parecían ir a quedarse prendidas en nuestros erguidos y solitarios chopos castellanos. Entre la dehesa y el río está la tierra parda y reseca, tierra de labor a la que hay que arrancar su fruto metiéndoselo antes en la entraña con una mezcla de amor y de sombría desesperación. ¿Cuántos labradores habría en el campo aquella tarde de otoño revolviendo con la reja terrosa del arado el surco hosco? Sin duda muchos. Las piezas son pequeñas porque se las han repartido de abuelos a padres y de padres a hijos; al lado de la del hijo trabaja la madre, negra desde el vértice del pañuelo al círculo de la falda; más allá, un breve ribazo, y el hermano se encorva también sobre la esteva; unos pasos por el rastrojo y viene otra familia, y así hasta la linde del monte. Pues bien: cada vez que, cerca del río o lejos en el borde de la dehesa, la reja saltaba como un animal rebelde rebotando con una piedra para ir a herir las pezuñas de la yunta, o cada vez que la telera se adhería a la tierra como en el abrazo frenético de dos amantes, subía al cielo mudo y plomizo una horrible blasfemia que el viento llevaba desde los labios agrietados del campesino hasta los oídos vecinos y hasta el niño que estaba contemplándoles, atónito, en el ribazo. Una vez y otra las rejas o las yuntas se resistían a proseguir su terca lucha con la tierra pedregosa y hostil; y simultáneamente, como si el viento del Norte trajera el latigazo de un demonio sobre las corvas espaldas de los trabajadores, en la diseminada línea de hombres alguien se revolvía con una maldición contra el Cielo. ¡Quizá doscientas blasfemias en una tarde nubosa y triste, bajo un cielo indiferente!

Uno recuerda —pocos meses después, en la periferia peninsular— al profesor que desde su cátedra nos "parlaba en separatista", llenándonos de insultos a los pobres atrasados que veníamos de aquella tierra de chopos, ribazos pardos y piedras, cuya tristeza ya nos había hecho llorar desde la infancia. Uno recuerda la sucia incitación de la pornografía en el quiosco de la esquina, y las bombas en las fábricas, y los motines en el día de elecciones, con la blanca polvareda de las papeletas surgiendo de las urnas rotas para ir a alfombrar el entarimado sucio de la escuela. ¡Y tantas otras cosas que la memoria no pudo retener!

Bien: todo aquello se terminó. En las paredes del Ayuntamiento, en el atrio de la iglesia y encima del apolillado terciopelo rojo del único diván del café del pueblo se colgaron unos letreros contra la blasfemia; se procuró

que los hombres fueran a misa; se puso fin a las bombas en las fábricas y cesó el agitado revolar de las papeletas gritando los nombres de veinte partidos a través de los cristales rotos de las urnas.

Y sin embargo, ¡atención al optimismo fundado en intereses de grupo! Suponer que aquella eficaz acción de policía ha creado o recreado el auténtico ser de España, es confundir el instrumentalismo de los métodos con el ideal de los fines. La necesaria depuración de las apariencias no ha de tomarse por la sanidad de la estructura, pues hay enfermedades que se hacen más graves cuando se ocultan de la superficie para ir a afectar a los órganos del interior. Yo no puedo creer que una serie de síntomas históricos tan graves como los que revela la estructura social de España en los últimos cuatro siglos, pueda curarse con una depuración de las apariencias, con conseguir que en la cátedra ya no esté el profesor separatista o sectario o que en General Martínez Campos, 14, Madrid, ya no more la Institución Libre de la Enseñanza, Y no obstante, esto último, precisamente esto último, es lo que fundamenta el júbilo de los profesores del grupo optimista que sentenció la fantasmagoría de nuestro problema nacional. Parece que con que ahora se reediten las obras de Donoso Cortés y no se haga lo mismo con las de Giner de los Ríos, el país ha recorrido ya por lo menos la mitad de su camino. Pero las cosas no son así. Si fueran así, revelarían que nuestra ambición nacional es chata, muy mermada y puramente negativa. Uno no puede avenirse a identificar la rentable posesión de un buen número de cátedras por los miembros de cierto grupo, con la "depuración existencial de España". ¡Viejo barbudo que duermes el sueño eterno en el cementerio de Highgate!, ¿habrá que invocar tus demostraciones para decirles a estos monopolizadores de cátedras en qué medida han postulado sus intereses particulares como los de la totalidad de la sociedad?

Aunque es muy cierto que han desaparecido de la faz del país una serie de hechos sintomáticos de un "mal vivir", no es menos cierto que junto a ellos pueden aducirse otros que permanecen y son, si no tan ruidosos, sí tan graves como los anteriores. Acerquemos el oído al pobre labriego que tensa los brazos sobre la mancera y veamos cómo masculla —aunque ya no en voz alta— su estéril gesto de rebeldía contra Dios en los violentos tropiezos de la reja. Acerquémonos al sórdido burócrata que inclina sus dedos para liar un cigarrillo entre dos montones de expedientes en un polvoriento palacio de Justicia, y dudaremos de la fecha de su imagen. Oigamos la tertulia socarrona e ignara, símbolo de lo que son las conversaciones entre nuestras gentes, índice del nivel de nuestra cultura. Veamos las bandadas de chiquillos vestidos como pueden, jugando en las callejas del suburbio; o contemplemos el dramático espectáculo de los hombres ociosos en la plaza mayor de un pueblo andaluz mientras esperan, matando las horas muertas, a que venga el mayoral de un cortijo a contratar dos peones por el pago de unos cuantos reales. La vida indivisa y profunda permanece ajena a los mandatos de las leyes. ¿No fueron esos mismos profesores quienes nos hablaron de la utopía del racionalismo político?

Y sin embargo, el racionalismo político no es malo ni totalmente utópi-

co. Yo no concibo cómo se puede cambiar la estructura social de España, depurar la sociedad y vertebrarla *hasta que la máxima parte posible de los ciudadanos se responsabilicen de sus actos individuales y sociales, como miembros que son de una misma comunidad de destino,* si no es a través de una etapa de racionalismo político. Lo que se precisa es que no sea un racionalismo ingenuo como el de aquellos progresistas del siglo XIX que creían que en cuanto a una nación se le diera la máquina de tren y el teléfono, todo quisque iba a cambiar su mentalidad "reaccionaria" por otra progresista. (Pues no: en la Arabia Saudita se han construído los más modernos óleoductos y se han importado los más lujosos *Cadillac* americanos; pero la gente no varió allí su mentalidad wahabita.) Ha de ser un racionalismo con pleno dominio de los datos económicos,sociológicos, políticos, institucionales y culturales que, reobrando entre sí, pueden llegar un día a cambiar la actitud tradicional del hombre de cierto grupo comunitario, respecto a sus semejantes y respecto al grupo mismo.

Una vieja convicción del historicismo romántico contrarrevolucionario fué la de que el Derecho no debe cabalgar a vanguardia de la costumbre ni de los hechos. Según aquella escuela, el Derecho, que ha sido creado por la lenta e infalible acción histórica, tiene su misión muy concreta con normativizar las relaciones entre los hechos. Desde el primer tercio del siglo XIX, empero, han ocurrido demasiadas cosas, y nuestros epígonos del romanticismo contrarrevolucionario no han sido como el conde de Artois, "que nunca aprendió nada". La experiencia histórica les ha venido a enseñar no sólo que muchas veces el Derecho positivo crea los hechos, sino que incluso puede substituir una estructura social por otra, asesinar a toda una clase, o borrar del mapa un pueblo. Lenín e Hitler, dos hombres que según la teoría de la sociedad sostenida por los legitimistas y ultramontanos no debían de haber aparecido nunca en Europa (de modo que su misma aparición, a la luz de tales teóricos, continúa siendo un amargo misterio de las decisiones de la Providencia), han dejado su sutil veneno instalado en las mentes de nuestros contrarrevolucionarios. Estos, por otra parte, ya no sienten pasiva confianza en que esté con ellos la lenta e infalible acción de la historia, y por tanto han venido a construirse un neorracionalismo que consiste en la pretensión de planificar los hechos culturales del porvenir. ¿Cómo? A uno le viene a la memoria aquel episodio del "Quijote" en el cual Sancho, habiendo dejado suelto a Rocinante, éste se metió en una dehesa atraído por las jacas de unos yangüeses. Cuando Rocinante estaba en sus intentos de coqueteo, salieron los yangüeses y lo molieron a palos. Pues bien: de una forma similar, nuestros planificadores de la cultura se han apostado en unos cuantos puntos cruciales de la dehesa nacional, y se han dicho: "Por aquí tiene que pasar la riada de la vida; ¡apaleémosla a tiempo!"

No se han engañado: el tiempo es propicio. Bertrand Russell ha puesto de relieve que es ahora posible lo que nunca antes en la historia había sucedido: el control absoluto del pensamiento, de modo que, en una sociedad planificada, se quede trágica y eternamente mudo el hombre que aspire a jugar un papel como los que desempeñaron Galileo o Hume. Bien. El histo-

riador o el sociólogo de la cultura registra el dato y lo apunta en su fichero: "sociedad cristalizada para varios siglos" (Toynbee ha hecho algo similar al juzgar el anquilosamiento infecundo de la cultura irlandesa). El historiador puede proceder así porque sabe, desde una perspectiva histórica más amplia, que un día u otro vendrá la crisis y el cambio; el día en que, para decirlo con frase grata a la terminología stalinista, "un eslabón de la cadena resulte suficientemente débil".

Por el contrario, el hombre que es pasión creadora no se acomodará en absoluto a unos hechos que el historiador puede mirar con frialdad. La vida es corta y la ambición de hacer cosas grandes es poderosa. A menos que una sociedad se aletargue sin vida, siempre habrá el hombre al acecho que esté pronto a erigirse en protagonista al menor crujido de debilidad en los eslabones. La vida apaleada resurge siempre y se lleva los cadáveres. Si no fuera así, hace mucho tiempo que Europa habría muerto.

Pero nos hemos desviado del tema. Estábamos haciendo la radiografía del optimismo de un grupo. Tal vez nuestra desviación no ha sido estéril, empero, si nos ha ayudado a ver cómo este grupo se ha hecho heredero del racionalismo que atiende, antes que a lo que la sociedad es, a lo que, según su criterio, debe ser. Parecía que esta pretensión de imponer un deber ser sobre base racionalista era propia de los nefandos liberales y progresistas; pero la mente humana tiene sus jugarretas: hay sugestiones fáciles que se propagan misteriosamente como las grandes epidemias. Cuando los progresistas y radicales españoles a ultranza quisieron borrar de un plumazo nuestra condición religiosa, se levantó Ortega —siempre genial profeta— y les dijo: "El pasado es astuto y sutil, mucho más de lo que podemos imaginar. Cuando queremos herirle, fogosos, su cuerpo espectral queda indemne y luego vuelve a insinuarse en nosotros y vuelve a ahogarnos con sus múltiples lazos invisibles" (1). Ortega no se refería, claro está, al concreto pasado político, pues éste es el que nunca vuelve idéntico a sí mismo. ¿Qué les diremos nosotros ahora a los nuevos racionalistas que nos han salido? Para contestar a esta pregunta se nos hace necesario dar otro rodeo que nos evite el deslumbramiento de la meta.

Todo reformador social trata de imponer un deber ser contra lo que sea la sociedad que se le ha hecho injusta. El reformismo social no es en sí utópico, pues la historia está llena de reformadores que cumplieron en gran parte con su cometido. Ni de Owen ni de Lenin puede decirse que fueran unos fracasados. Ahora bien, la historia también está llena de reformadores totalmente utópicos. ¿Qué les distinguió de los primeros? ¿No fueron hombres suficientemente voluntariosos? ¿O no hallaron el eslabón débil en la cadena? El tema requeriría una investigación histórica, ciertamente apasionante, que no nos podemos permitir aquí. Hagamos, de momento, como los científicos, que provisionalmente deslizan, entre causa y fenómeno, una hipótesis.

---

(1) Discurso en las Cortes Constituyentes, 4 septiembre 1931.

Debemos descartar de entrada que su utopía consistiera únicamente en el contenido de su pensamiento, pues hay todo un abismo existencial y mental entre Campanella y Fourier, y, sin embargo, ambos se nos aparecen como igualmente condenados a ser utopistas de unos mensajes no realizables. Tal vez la piedra de toque más idónea para juzgar a un reformador resida en inquirir su concepto de dos cosas fundamentales: la naturaleza humana y la sociedad. El siglo XVII fué el siglo de las utopías basadas en una especie de despliegue geométrico de la razón, porque el hombre europeo acababa de descubrir una nueva y maravillosa dimensión de la mente humana. Los utopistas sociales del siglo XIX creyeron ingenuamente que las enseñanzas de las ciencias naturales (Dostoyevsky dijo de modo más concreto, *de la entomología*) se podían aplicar con facilidad a la planificación de la sociedad humana. Pero los hombres no son abejas ni hormigas, de igual forma que su entidad vital no está siempre dominada por el despliegue geométrico de la razón. En ambos casos existió una suplantación ideal de la realidad de la naturaleza del hombre.

Tenemos, pues, que entre el ser y el deber ser, hay que introducir un tercer término: el *creer ser*.

La compleja realidad de la vida no se deja aprisionar jamás en construcciones lógicas, que son como cestillo por el que se escapa el agua, y yo cometería ahora un grave pecado de irresponsabilidad si me pusiera a jugar estas tres cartas (ser, creer ser, y deber ser), para sacar unas bazas brillantes, pero sustancialmente falsas. No son los hombres o los hechos quienes se tienen que ajustar a la cuadrícula de unas abscisas y ordenadas lógicas, sino la tipología quien ha de realizar un esfuerzo para aprehender los perfiles más definidos de un caso concreto. Andemos, no obstante, hasta la mitad del camino y quedémonos oteando lo que, por hoy, es todavía horizonte envuelto en niebla. Por ejemplo, sería erróneo que aquí procediéramos a reducir la tipología de reformadores y utopistas a estos únicos casos genéricos: 1.º, el que afirma un deber ser, sobre base racionalista, sin cuidarse de si la naturaleza humana lo ha de consentir o no (racionalista nato); 2.º, el que afirma un deber ser, antiintelectualista en los fines y racionalista en los métodos, basándose en un aspecto de la subjetividad humana (como parece que es el caso de Hitler); 3.º, quien afirma un deber ser con absoluto valor normativo, pero partiendo de un conocimiento crítico de lo que es la realidad sobre la cual trata de reobrar (racionalista realista, como Lenin). Estas clasificaciones son sólo parcialmente verdaderas. ¿Dónde pondríamos a San Ignacio o a Calvino: entre los racionalistas natos, entre los antiintelectualistas, o entre los racionalistas realistas? Ambos tienen rasgos de realismo (un sombrío conocimiento de la tendencia de la naturaleza humana hacia el mal), de anti intelectualismo (ambos son una pasión hirviente hecha carne), y de racionalismo (ambos ponen manos a la obra con una fría lógica en sus procedimientos). Ya dije antes que hoy debíamos quedarnos sólo oteando el horizonte que nos puede mostrar el espectáculo apasionante de una fenomenología del reformador, prescindiendo de su condicionamiento histórico.

Concentremos, pues, la atención sobre un solo punto. El hombre que se

siente conforme con lo que es, o con lo que cree ser, y que nunca se ha hecho cuestión de sí mismo ni de su mundo, no será jamás un reformador ni un utopista. En cambio, el hombre que quiera imponer a su ser lo que él cree que es su ser auténtico, mantendrá consigo una agónica lucha de resultados imprevisibles. Si su personalidad no da más que para pintor de paredes, será dramático ver cómo destroza su vida en pos del ideal de ser poeta o actor de cine. Fijémonos en esta utopía: idealización del ser del hombre (o de la sociedad) e imposición de un creer ser como deber ser absoluto. En otros términos: querer ser lo que *no* se es, identificando ser, creencia y deber. Esta utopía es la más cruel y dolorosa, pues postula en lugar de un deber ser racionalista basado en una perspectiva de la mente humana, un deber ser fundado en una suplantación.

Nuestros contrarrevolucionarios se han negado a admitir que la sociedad española esté enferma y necesite una reforma revolucionaria, y con gran optimismo han creído poder determinar lo que la sociedad española será, no habiéndose hecho antes la menor indagación crítica sobre lo que la sociedad española es. Ellos no han idealizado al individuo español concreto (si lo hubieran idealizado, le dejarían en plena libertad para que "diera de sí", y por el contrario, nos proponen una planificación muy rígida de la cultura, bajo normas inmutables y con amplios cotos prohibidos). En cambio, nuestros contrarrevolucionarios, contradiciendo su actitud negativa ante el hombre español, han procedido a idealizar el todo social e histórico, dando a la nación española unos caracteres de espiritualidad, la perfección de un ser auténtico por debajo de impurezas temporales, etc., apoyándose en hechos singularísimos de un período muy acotado de nuestra historia, y, por otro lado, en los datos más pobres y menos valorables de nuestros modos de vida comunitarios. Y después de idealizar lo que ellos creen que la sociedad española es, en su entidad presente y en su proyección histórica, hasta poco menos que santificarla, han postulado ese creer ser, como un deber ser absoluto para todos y cada uno de los españoles.

Ya no se trata, pues, de reformadores, puesto que aquí no hay que reformar nada. Ahora bien, no por ello es menos una utopía. Y la índole de esta utopía es aún más antivital que la del progresista clásico, el cual pretendía reformar, rompiendo con el pasado, sí, pero al mismo tiempo haciendo un enérgico llamamiento a algo que a veces responde en el hombre: la perspectiva racionalista de la mente. Nuestros contrarrevolucionarios no hacen ningún llamamiento al hombre español, el posible despliegue de cuya personalidad les causa más bien temor. Se limitan a poner ante este hombre una imagen santificada y anónima, y a decirle: "¡Esto eres! ¡Y cuidado con que te desvíes!"

Naturalmente, así como Ortega pudo avisar a los ingenuos progresistas republicanos que al pasado religioso de España no se le mataba para siempre con inscribir un artículo en la Constitución, estos optimistas de ahora se verán sorprendidos de que la continuidad cultural que planean no se produzca... porque se caerá un día entre los huecos de la sociedad española desvertebrada. El inmenso anonimato de un pueblo que no vive ni actualiza

tradición cultural alguna, se tragará los esfuerzos de la actual minoría, como se tragó la pasión de tantos hombres no menos dispuestos a dejar huella en nuestra historia. Mientras no haya en el país un firme sentimiento de comunidad de destino, las minorías seguirán debatiéndose en el vacío con una realidad inasible —la realidad in-social—, que concluirá siempre por esterilizarlas. En tal sentido, todos, todos nosotros —revolucionarios y contrarrevolucionarios— estamos ceñidos por la misma cuerda. A ambos nos amenaza el mismo futuro de indiferencia.

He aquí cómo acabamos de arribar, en esta navegación, a las orillas de otro problema: el problema gravísimo de la continuidad. Demostrar que no puede haber continuidad sin una previa vertebración de la sociedad española, no será cosa difícil, ni tampoco seguramente dejaremos de hallarnos de acuerdo. Lo importante no consistirá, empero, en esa petición de principio, sino en esto: ¿Cómo vertebrar a la sociedad española? ¿Cómo conseguir el mantenimiento de un noble sentimiento de comunidad de destino, de responsabilidad colectiva?

Y aquí sí que nuestros caminos volverán a diferir. Pues uno cree con firmeza que una cultura acotada y planificada no es el medio más idóneo para despertar y perfeccionar la personalidad del hombre español. Sólo una educación personalista, una verdadera fruición de la vida y de la cultura, puede preparar la eclosión de formas más fecundas.

"Arevaco"

TRANSITO

POR

ALBERTO OLIART

Encontrar esta voz que se me niega.
Mi oscura voz, el centro de mi vida.
La palabra que rueda desprendida
de un mundo en sombras o de un alma ciega.

Aire sonoro hasta los labios llega
como un rumor de sangre dolorida,
como un lamento de nocturna herida;
corazón que en su noche no sosiega.

Hallar la voz para contar mi muerte,
para saber que soy, para quedarme
encima del silencio sostenido.

Para salvarme de esta piedra inerte
que pesa sobre mí, que habrá de helarme,
si no encuentro mi voz, bajo su olvido.

I

Tu boca fresca si es mi boca ardiente.
Tu brazo dulce si es mi brazo duro.
Tu aliento puro si es mi aliento impuro.
Tu voz veraz cuando la mía miente.

Rueda tu primavera por mi frente
ligada siempre a este pensar oscuro.
Tu luz, tu primavera, pie seguro
de este camino incierto, oscuro, ausente.

Mi vida nada tiene. Nada tengo.
Mi juventud, un sueño arrebatado,
un aire vano, un corazón perdido.

Te abrazo fuerte y ciego te retengo.
Sólo te tengo a ti. La muerte al lado
celosamente espera nuestro olvido.

II

Celosamente espera nuestro olvido.
Nada podremos. Nada la detiene.
Nada puede el amor cuando ella viene
como un viento amoroso y dolorido.

Casi suena a lamento y a gemido
este reír que ahora nos sostiene.
Vano esfuerzo mi brazo te retiene.
¡Ay corazón mortal dulce y prohibido!

Eternidad. La cuenta no se acaba.
La sombra que los cuerpos proyectaron
sí ha de rodar vencida por el suelo.

La dulce sombra tuya que yo amaba.
Nada nos dieron. Nada nos quitaron.
Fuimos muertos soñando bajo el cielo.

Vida que fluye, vida en que me muero,
sorbo de luz a orillas de la nada.

Vivir para saber que voy perdiendo
todo lo que guardaba.

Imposible parar. De nada sirve
volver atrás el ansia.

Los viejos días, las antiguas risas
como el aire se escapan.

Imposible parar. Hacia adelante
las horas van guiando nuestra marcha,

las horas que el misterio va marcando,
las horas lentas, pasan.

Nada podré esperar. Todo concluye;
la cárcel es segura y bien cercada.

Y por la estrecha celda la memoria
graves paredes alza.

Pastos, pastos. Voy pensando,
en esta tierra tan mía,
cuánto sol, cuánta alegría
van la tierra perfumando.

¿Adónde me irán llevando?
¡Qué alegre es este pasar!
¿Y la muerte? Preguntar
por el fin que no sabemos.
En la tierra dormiremos.
¡Qué dorado despertar!

El color de la vid es cárdeno y dorado.
Platea el olivillo cuando lo peina el viento.
La vid está abundante y el olivar cargado.
Este año, Señor, nos protegió tu aliento.

Septiembre se aproxima, pasamos ya el invierno.
Ya quedaron atrás los cierzos, las heladas.
Nacieron en Febrero los retoños más tiernos
y las espigas luego crecieron a bandadas.

Llegó la primavera y el campo florecía,
todas las esperanzas se iban alcanzando.
Era toda la tierra una mansa alegría
que las lluvias de Mayo iban después mojando.

En Junio se doblaron los trigos conseguidos,
se presentía el gozo de entrar en los graneros
y ver los dulces granos, pequeños y oprimidos,
de la avena temprana y los trigos primeros.

Y ya de nuevo estamos ante la sementera,
se acerca la vendimia, otoño está cercano.
No más ayer dejamos de trabajar la era
y otra vez el arado se nos viene a la mano.

Otoño se aproxima. De nuevo comenzamos,
y se cumplen los años y se cumple la vida;
a cada nuevo tiempo otro tiempo esperamos
mientras vamos ahondando la tierra ya escogida.

La tierra es tu riqueza y a los hombres la diste.
La tierra es un planeta pequeño y olvidado
que dulcemente existe donde Tú lo pusiste,
en el inmenso espacio en que estás recostado.

La tierra en primavera se cubre de trigales:
en verano se dobla la mies ya conseguida;
en otoño verdecen los tiernos pastizales,
y en invierno los ríos desbordan su avenida.

Además de la tierra el mar has entregado
donde viven los peces profundos, silenciosos.
Bajo el verde esmeralda rebaño plateado
que apacientan las redes y ardides ingeniosos.

Diste además el árbol que en el aire levanta,
susurrante, sus ramas de pájaros ceñidas.
Y la raíz profunda y la pequeña planta,
y el corazón humilde de las bestias uncidas.

Y diste aún el aire para el trino y el vuelo.
A la vela otrevida la inmensidad del viento.
Y ese sueño profundo del ingrávido cielo
lejano y luminoso como Tu pensamiento.

Y después de entregarnos el cielo, el mar, la tierra,
Te volviste de espaldas y quedaste dormido.
Y aquí estamos, Señor, atados a Tu tierra,
girando por Tu espacio, rodando por Tu olvido.

Quizás un vasto mundo iluminado
ascua de luz en otro cielo existe.
Cielo supremo ingrávido resiste
este nocturno peso constelado.

El pecho herido sabe deslumbrado,
cuando el amor su soledad embiste,
que hay otra claridad fuera del triste
sentido que lo tiene encadenado.

Abrir solo los ojos un momento
y ver su luz, su venturoso vuelo.
Quedar después a oscuras nuevamente.

Oscuro el aire, oscuro el manso viento,
doloroso el amor, sin paz el cielo.
Y abrir los ojos luego inútilmente.

PAGO MAS QUE NADIE

POR

JUAN JOSÉ MIRA

A J. J. Mira acaba de serle concedido un importante premio literario. Publicamos hoy un capítulo de una obra suya que por el momento no podrá conocer el público español.

IX

No, aquel argumento no lo admite. Conoce bien a su padre. "Es que he perdido la confianza" —le explicó a Paulina cuando ésta le hizo los naturales reproches a su desaforada conducta—. "Yo trabajaba en la calle y él en la tienda. Y ahora me entero de que me roba. Las pesetas no me interesan, Paulina. Es que yo confiaba en mi hijo y me ha engañado." ¡Hipócrita! Lo que le duele es el dinero, aquellas cochinas dos mil pesetas. Las ahorrará céntimo a céntimo y se las tirará a la cara. "¡Toma, miserable, viejo cochino, trágatelas!" "¿De dónde las has sacado, Leoncito?" (porque entonces le llamará Leoncito). "¡Del infierno!" Ay, sí; del infierno las sacaría León para devolvérselas a su padre, porque aquellas dos mil pesetas son sagradas para él. Ahora están en poder de Lucía.

A solas en su cuarto, el pensamiento le compensa sobradamente de todas las amarguras pasadas, porque Lucía es feliz, feliz... Lo sabe, está seguro. La ha visto saltar y reír en su dormitorio de charla con el abuelito. Anoche, acostada en la cama, estuvo mucho tiempo inmóvil y abstraída con la cabeza sobre la almohada. No leyó ninguna novela. Había una sobre la mesilla, pero Lucía ni se dió cuenta. Soñaba. Valiéndose de los prismáticos, León acechaba sus menores gestos. Una leve sonrisa se insinuaba en su boca, una sonrisa alada, sutil. En los ojos estáticos él leía sus pensamientos. Sobre todo, cuando a veces los cerraba con un ligero temblor de los párpados, acompa-

ñándose de un suave movimiento de la cabeza sobre la almohada, León tenía la certeza de que pensaba en él, en el hombre que escribiera aquellas escuetas palabras en un papel que acompañaba al dinero: "Sea buena y proporcione felicidad aceptando este sobre. Muchas gracias. Su admirador." El texto no acababa de convencerle. Delicado sí era, o al menos, se lo parecía. No mencionaba la palabra dinero, se daba las gracias por el favor que se hacía y —algo muy sutil— se sobreentendía que, aceptando el dinero, haría feliz al desconocido remitente, pero no se declaraba expresamente, sino de una manera genérica: proporcione felicidad, reparta felicidad. Sí, no estaba mal, pero la firma era pedestre. "Su admirador" resultaba de una vulgaridad abrumadora. *En fin, ¿de qué serviría lamentarse ahora? Es verdad que* estuvo más de tres cuartos de hora meditando el texto, pero entonces aun estaba nervioso, alterado. Tenía motivos sobrados para ello. ¡Qué trago más amargo! Cuando escribió la carta todavía no hacía dos horas que había estado con Lucía, hablando con ella, frente a frente, a menos de un metro de distancia. *¿Y qué ocurrió, Dios mío? Una escena odiosa, increíble, algo* de pesadilla. Ayer precisamente, alrededor de las seis, sucedió el hecho. El estaba en la tienda en compañía del dependiente. Ahora comprende que fué lo imprevisto de su presencia, el marco insólito en que se desarrolló la escena, la ocasión que motivó la entrevista, todo esto, lo que contribuyó a que él reaccionase de aquella manera absurda y criminal. Pero, no hagamos consideraciones; ya entonces León no se las hacía. Estaba con el dependiente. Por cierto: le agrada el nuevo dependiente. Parece un poco simple, pero es respetuoso. Sabe colocarse en su lugar. El anterior, Julio, que saliera hace dos meses para establecerse con un capitalista, le conocía desde chico y lo trataba sin la menor consideración, lo mismo que Francisco, el mozo.. ¡Leoncito! No le gusta que le llamen Leoncito. Un día se lo dirá a Francisco, *un día que dispute con él. El nuevo dependiente le dice Don León. No* se trata de que él sea orgulloso. En absoluto. En absoluto. Pero cuando las circunstancias encasillan a cada cual en determinados puestos, se establecen categorías con sus prerrogativas insoslayables. En un cuartel, por ejemplo, al coronel se le da el tratamiento de usía, y al soldado raso se le habla de tú. Y, sin embargo, el coronel no desprecia al soldado que, en otros órdenes, puede ser un individuo de indiscutible valía. Por eso el nuevo dependiente sabe estar en su puesto. Cuando duda de algo (todavía no tiene mucha práctica), le dice: "Don León, ¿dónde coloco esto?" Y él se lo explica amablemente. No ocurre como con el padre, que de una manera arbitraria le grita: "¡Pero, hombre de Dios, ¿dónde tiene usted los ojos?" ¡Qué estúpido! Pero... no nos separemos del tema. Decíamos que León estaba *solo con el dependiente. Entró una mujer que colocó un envoltorio sobre* el mostrador para desatarlo. El dependiente se encargó de ella. Traía una mantelería sin estrenar de algodón. La mujer regateaba. Quería ocho duros y sólo le ofrecían cuatro. Intervino León y quedaron en cinco. Le entregó el dinero mientras el dependiente extendía el talón. Y en aquel preciso instante se abrió la puerta y penetró ella, dirigiéndose a León, que estaba a la derecha, cerca del escritorio. Hasta que llegó al borde justo del

mostrador, no la reconoció. Lo esperaba todo en el mundo menos aquello. Quedó paralizado, mudo. La impresión fué tan violenta que su espíritu se inhibió, volatilizándose. Ahora, en frío, por más que se esforzaba, no conseguía captar su estado de ánimo en aquellos momentos. Tenía recuerdos de una precisión física asombrosa, pero vacíos de todo contenido emocional, como si allí, en la tienda, sólo estuviese su envoltura corporal, y su ánima hubiese huído espantada. Aquello parecía un sueño de una claridad alucinante.

—Quiero vender esto.

León veía sobre el mostrador un pequeño rebujo de papel de seda y unas manos que danzaban en él poniendo al descubierto su contenido. Las manos eran un poco regordetas, pequeñas, de uñas estrechas poco cuidadas. Surgían de las mangas de un jersey azul oscuro, y del borde de una de ellas pendía un cabo de lana suelto. Sobre el papel extendido aparecía una pulsera de gruesos eslabones con el cierre de lengüeta abierto y una cadenilla de seguridad uniendo ambos extremos. La pulsera era hueca, porque en uno de los eslabones se apreciaba una abolladura.

—¿Cuánto quiere?

—Diez duros. Es de plata.

La cogió del papel apartando éste a un lado. En la lengüeta leyó el contraste. Se fué a la mesa donde estaba el balancín. La pesó. Cuarenta gramos justos. Podía pagar hasta ochenta céntimos el gramo, pero redondeó una cifra bastante inferior.

—Cinco —le dijo volviendo frente a ella.

—Vale más. Déme ocho.

—Cinco —tornó a repetir depositando la pulsera en el papel, que empujó hasta el borde.

—Seis por lo menos. ¿No puede darme seis? Es de plata de ley.

Denegó lentamente con la cabeza, grave.

—Cinco.

Lucía cogió el papel y envolvió con lentitud la pulsera. El sólo le veía las manos. Sabía que vacilaba. Efectivamente, las retiró del papel y dijo:

—Bueno. Démelos.

Con un ademán le pidió el talonario al dependiente que ya había terminado con la mujer de la mantelería.

—¿Su nombre?

—Lucía Martín.

—¿Trae cédula?

—Sí, señor. La última.

La sacó del bolsillo del jersey y él la desdobló sobre el mostrador, cubriendo rápidamente la hoja de la matriz.

—Firme aquí.

Dió la vuelta al talonario, con la pluma sobre él, y le señaló con el dedo el lugar adecuado para la rúbrica.

Rígido, de pie, miraba a la muchacha que estaba con la cabeza inclinada. Escribía con bastante dificultad y, antes de terminar, tuvo que echar

la cabeza hacia atrás para apartarse un mechón de pelo que le caía sobre la frente. A la derecha el escote se ahuecaba y se le veían las dos cintas del sostén y la combinación. La del sostén se le hundía en la carne y no aparecía muy limpia. Cuando concluyó, depositó otra vez la pluma sobre el talonario y le miró. Entonces León se fué al escritorio en donde, con parsimonia, contó cinco duros que, una vez frente a ella, recontó depositándolos sobre el mostrador.

—¿No puede darme otro duro? Este está estropeado.

—No. Es bueno — replicó él con sequedad.

Guardó el dinero con la cédula en el bolsillo del jersey y, sin mirarlo, dió la vuelta encaminándose a la salida. La falda de un azul desvaído le hacía dos grandes arrugas transversales y los talones con las gruesas costuras de las medias sobresalían bajo la correílla que sujetaba el zapato. La campana de la puerta —¡tlinn!...— sonó vigorosamente y la resonancia perduró en su cerebro mientras ella cruzaba frente al escaparate de las ropas, en dirección a la plaza de Santo Domingo.

Se refugió en la trastienda. Oyó al dependiente:

—Don León, se ha dejado usted esto en el mostrador.

—Póngala en la mesa del balancín.

Naturalmente, reaccionó. Fué algo así como si el espíritu ausente volviese de nuevo a albergarse en su cuerpo, un espíritu lleno de una desesperación y de una angustia locas. ¡Dios mío!, ¿qué había pasado? Se apretaba las manos y se mordía los puños.

Se encerró en el lavabo y allí lloró convulsivamente, sin ningún dominio de sus nervios, mientras la campana de la puerta seguía resonándole en la cabeza: ¡Tlinn...! ¡Tlinn...!

* * *

Cuando de nuevo volvió a la tienda ya estaba completamente normal; *mejor dicho, ya veía otra vez las cosas claras. Durante la odiosa* entrevista, León había actuado como un criminal. No sólo eso: la había mirado como un criminal. Su ojo, como el objetivo de una máquina fotográfica, había trasladado a su retina todos los detalles prosaicos que algún demonio interior seleccionaba: el cabo suelto de la manga del jersey, la cinta sucia del sostén, las arrugas de la falda... Y, Dios mío, se trataba de ella, de Lucía. ¿Todo aquello qué significaba? Nada, no significaba nada; sólo una cosa: que la vida era dura y cruel para Lucía. Nunca le había pasado por la cabeza la idea de que a Lucía le pudiesen afectar aquellas mezquindades de la vida cotidiana y material. ¡De qué manera más estúpida y egoísta reaccionó! *Infinidad de veces se había visto al lado de ella en sitios de* moda, elegantes. Lucía en un teatro luciendo un sugestivo traje de noche; Lucía en una playa de moda, en *maillot*, bajo una gran sombrilla a rayas blancas y azules; Lucía en un cabaret de lujo... ¡Imbécil! Y Lucía, entre tanto, pasaba hambre, así: HAM-BRE. Ha tenido que verlo con sus propios ojos para convencerse. En casa de Lucía pasan necesidades, miserias. Y le han dicho: "Lucía, coge esa pulsera, lo último que nos queda, y vete a

venderla. Date prisa, Lucía." Y ella, aquel ángel, ha contestado: "Voy, mamá." Después ha entrado en la tienda y, tímidamente, le ha pedido diez duros por aquella pulsera que Dios sabe los recuerdos entrañables que evocará en su alma. Y él, como una mala bestia, ha dicho: "Cinco." ¡Para volverse loco!

Naturalmente, en su ánimo cobró cuerpo un propósito firme: tenía que ayudar a Lucía, no podía tolerar que la miseria rondase por su casa. Por desgracia, León no tenía dinero. Su padre sólo le da al mes quinientas pesetas para los gastos menudos; lo justo para tomar café, ir de vez en cuando al cine y comprar cigarrillos. Su padre es un miserable. León lleva la dirección de la tienda. Si tuviese que pagar un encargado tendría que darle por lo menos dos mil pesetas mensuales. ¡Ah! pero resulta mucho más barato decirle a León: "Mira, como eres mi hijo, te daré quinientas pesetas al mes para tus gastos, y como lo demás lo tienes pagado..." En principio la propuesta parece espléndida, pero hagan números; los números son los que cantan. León ya los ha hecho y sabe a qué atenerse. Su padre le estafa quinientas pesetas todos los meses porque no desembolsa más de mil en mantenerlo y vestirlo, cosas éstas que, por otra parte, constituyen la obligación de todo buen padre. Pero dejemos este capítulo desagradable. La realidad es que ayer, después de salir Lucía de la tienda, León sólo tenía en la cartera veinte duros. Como es lógico no iba a enviarle aquella miseria. El no puede darle una limosna a Lucía. Entonces, faltando poco para echar los cierres, penetró en la tienda un cliente que venía a desempeñar un solitario. Dos mil y pico de pesetas. Aquello era providencial. Bastaba no registrar el ingreso, demorando su inscripción hasta reunir otra vez aquella cantidad, porque, desde luego, León pensaba ahorrar de lo suyo las dos mil pesetas para reintegrarlas en su día a la caja. La cosa parecía sencilla y el peligro mínimo, ya que su padre sólo podría enterarse si hacía el recuento de las partidas en depósito, tarea que muy pocas veces llevaba a cabo. Pensado y hecho. Entregó la alhaja, cogió el dinero y se fué al escritorio en donde fingió escribir algo por si Francisco o el nuevo dependiente lo miraban. A las seis y media mandó bajar los cierres, se marcharon los empleados y media hora más tarde llegó su padre cuando ya tenía hecho el arqueo. El viejo lo revisó sin que, naturalmente, observase nada anormal. A las siete León ya estaba en la calle. Se fué a un café de la Gran Vía y allí escribió la nota que metió con el dinero en un sobre. Llamó a un botones y le instruyó convenientemente. A las ocho y media estaba de vuelta y la misión cumplida con toda felicidad. El botones le dió el recibí en donde aparecía la firma de Lucía. Entonces regresó a su casa. Paulina aun no había vuelto y su padre estaba en su dormitorio. Se fué al cuarto de los trastos y atisbó por la ventana, pero en la habitación de Lucía no había nadie. Durante la cena León se sentía nervioso. Ansiaba que pasase rápidamente el tiempo, que Paulina se fuese a la calle y el viejo se retirase a su cuarto para poder asomarse a la ventana. Por otra parte, la cena no resultaba muy animada. En general, los ánimos estaban en tensión y cada cual tenía sus preocupaciones. No fal-

taban motivos. Desde que llegó Manuel se ha roto la rutina del hogar; *mejor dicho, desde que Paulina salió con él hace cuatro noches.* Según parece, su hermana regresó muy tarde, hacia las tres de la madrugada, y el viejo la estaba aguardando. Disputaron. Esto lo sabe León por Juana, que se despertó a las voces. Ahora el viejo se hace el puritano y declara que no le gusta que su hija salga por las noches. Lo que pasa es que le han estropeado el pasodoble. Esperaba *hacer con Manuel aquel sucio negocio del* juego —también de este asunto está informado León por Juana— y babosear con su mujer. Ambas cosas le han fallado. Irene no ha vuelto a dejarse ver por la casa y Manuel le ha dicho que renuncia a la idea. Naturalmente, después de su negativa también Manuel brilla por su ausencia. Pero Paulina se entrevista con él. Nada le ha dicho, pero León lo sabe. Lleva dos noches seguidas saliendo después de la cena contra viento y marea. Y esta noche precisamente, cuando la tensión de ánimos después de las peleas de la mañana hacía muy dudosa la autorización paterna, se ha curado en salud y ha telefoneado diciendo que cenará fuera. Todo esto es muy significativo. Además, desde que salió la primera vez con Manuel, guarda absoluta reserva con él. ¿Tiene acaso miedo de que León le pregunte algo? Desde luego él no piensa romper el silencio. Será ella la que *tenga que humillarse. Sería el colmo que se hubiera enamorado de Manuel,* precisamente de Manuel, que además está casado. Bonito y edificante panorama. León aprecia a Paulina, siempre la ha querido, pero aquello no lo tolerará. Ya hablará él, ya tendrá ocasión de decirle unas cuantas palabras bien claras.

La noche anterior, como de costumbre, Paulina se echó a la calle después de la cena y el viejo se recluyó en su dormitorio. A las once León entraba en el cuarto de los trastos. Había visto desde el suyo cómo se encendía la luz de la habitación de Lucía. Una escena conmovedora. En seguida se dió cuenta de que Lucía estaba muy contenta. Se notaba en la vivacidad de sus movimientos. *Estuvo frente al espejo, peinándose el ca*bello. Después entró el abuelito que debe trabajar en alguna compañía a distintas horas, por turnos. Sin duda llegaba en aquel momento de la calle porque Lucía soltó el peine y saltó a su cuello, besándole. Le debería referir el acontecimiento que ya sabría él por la madre de Lucía. Ella se lo explicaba de nuevo entre *grandes transportes de júbilo. Su voz apenas so*naba a través del cristal, pero sus ademanes eran elocuentes y expresivos. Le mostró un papel que guardaba en la mesilla —León reconoció la carta— y el abuelito lo leía rascándose la cabeza con asombro mientras ella reía. Después estuvieron hablando, haciendo proyectos con seguridad. Entró también la madre que reía *satisfecha* —una risa muy poco atractiva, por cierto—. Los cambios de impresiones se prolongaron desmedidamente hasta las once y media. Al fin dejaron sola a Lucía que se desvistió sin cerrar los postigos. Unos momentos sofocantes, febriles. Nunca como entonces se dió tan exacta cuenta de cómo Lucía se había infiltrado en su sangre. Después se recreó en el espectáculo de su rostro angelical sobre la almo-

hada. A las doce apagó la luz y León se encaminó a su cuarto por el pasillo a oscuras. Y a la mañana siguiente se planteó la tragedia.

El estúpido del mozo descubrió involuntariamente el pastel hablándole al padre del cliente que desempeñara el solitario el día anterior. Estaban en la trastienda y el viejo salió de ella encaminándose al escritorio en donde León repasaba unas sumas. Le pidió la liquidación del día anterior. León se la dió extrañado. La miró por unos instantes y dijo:

—Aquí falta un ingreso.

—¿Un ingreso?

—Sí, un ingreso de más de dos mil pesetas de un solitario que desempeñaron ayer a última hora.

León se puso pálido. De manera automática, estúpidamente, siguió haciéndose el ignorante.

—¿Un solitario? No creo.

—¿Que no crees? —le miraba atónito y, al final, reaccionó. Volvió la cabeza y gritó—: ¡Francisco!

Vino el mozo. Como es lógico, la situación resultaba insostenible. Entonces León cambió de táctica.

—¡Ah, ya sé! Vino a última hora.

—Sí, a última hora. ¿Y dónde figura aquí el ingreso? — inquirió mostrándole la liquidación.

—En ningún sitio —le dijo León—. Ya se lo explicaré en casa.

Arrojó el papel con ira. Se dirigía a él con las manos abiertas y el semblante colérico.

—¿En la casa?... Pero ¿y el dinero?

—No grite usted, padre. Le digo que se lo explicaré en la casa.

—¿Pero qué pantomima es ésta? ¿Por qué no registraste la entrada? ¿Dónde está el dinero?

—Lo tengo yo.

—¿Lo tienes tú? —le miraba de una manera odiosa—. ¿Es tuyo, acaso?

La situación resultaba insufrible. León se mordió nerviosamente los labios y adoptó una decisión súbita.

—Mire, padre, subo a la casa.

—¡No, señor! ¡Tienes que explicármelo ahora mismo!

Pero León no estaba para dar explicaciones. Dió la vuelta, cruzó a grandes zancadas la tienda y salió al zaguán cerrando la puerta con violencia.

Cuando llegó al piso le temblaban las piernas. Paulina se extrañó al verlo a aquellas horas y lo miró a la cara.

—¿Qué pasa?

—Nada — díjo él secamente encaminándose a su cuarto.

A la media hora, después de cerrar la tienda, subió el padre. Le oía vocear en el comedor contándole a Paulina lo sucedido y su hermana procuraba calmarle. León había cerrado la ventana de su dormitorio para evitar que el escándalo trascendiese al patio y que alguien de casa de Lucía, escuchando, pudiese entrar en sospechas sobre la procedencia de aquel

dinero que les había llovido del cielo. Se armó de valor y salió al pasillo, encaminándose al comedor.

—¿Qué ha pasado, León? —le preguntó Paulina.

El padre permanecía sentado ante la mesa, con los ojos odiosamente clavados en él.

—No ha pasado nada. Me hacía falta ese dinero para algo imprescindible y lo he cogido.

—¡Ah! —intervino el padre sin poder contenerse—. ¿Te hacía falta? ¿Y por qué no me lo dijiste? ¿Por qué tratabas de engañarme?

—Pensaba reintegrarlo.

—¡Bonita excusa!

—¡No es excusa! ¡Es la verdad!

—Claro, papá. ¿Por qué va a mentir? —se interpuso Paulina, pero el viejo no pareció oírla.

—¿Y dónde está el dinero, si se puede saber?

—Ya lo gasté.

—En la tienda me dijiste que lo tenías; ahora que lo has gastado. ¿Qué lío es éste?

—No es ningún lío, padre. Lo necesitaba de toda urgencia. Por eso lo cogí. Nunca lo he hecho hasta ahora.

—Eso no lo sé yo. Mañana lo revisaré todo.

—¡Haga usted lo que le dé la gana! —gritó León alzándose de la mesa—. Yo no soy ningún ladrón.

—¡No gritéis, por Dios! —decía Paulina—. Y tú, León, siéntate.

—No, no quiero sentarme —se sentía acalorado y las lágrimas se le agolpaban a los ojos—. Le digo que lo necesitaba y no me cree y me insulta. Le devolveré ese dinero, tenía el firme propósito de devolver ese dinero. No quiero que me dé un céntimo hasta que haya reintegrado esas dos mil pesetas.

—¡Pero, demonio, óyeme! —le dijo el padre algo más calmado—. ¿Para qué quieres esas pesetas si tienes todos los gastos cubiertos? ¿Padeces, acaso, de alguna enfermedad?

—¡No! —declaró León con violencia, comprendiendo.

—¿Tienes algún lío con alguna mujer?

—Yo no tengo líos con mujeres. Yo soy una persona decente.

—¡Tú eres un ladrón y un marica! — saltó el padre, que se sintió aludido, cogiéndose con ambas manos a la mesa.

León salió precipitadamente del comedor, mientras Paulina intentaba calmarlo. Iba ciego. Desde el cuarto oía sus voces. León se sentó en el lecho, apretando convulsivamente los puños que se llevaba a la frente. ¡Le odiaba, le odiaba a muerte!

Cuando a las tres y cuarto Paulina penetró en su cuarto, ya estaba calmado. Le traía las llaves de la tienda para que bajase a abrir. El se negó a cogerlas.

—No pienso pisar más la tienda. Que baje él.

—Vamos, León, toma las llaves —las puso en la mesilla—. A padre ya

se le ha pasado el sofoco. Estuve hablando con él en su cuarto. Me dió las llaves de la tienda y él se fué a la calle.

—Pero, Paulina, ¿es que no lo comprendes?

—Sí, lo comprendo; pero también comprendo a papá. Quiere saber para qué necesitabas esas pesetas.

—No. Es un miserable; le duele exclusivamente el dinero.

—No discutamos. Anda, baja a la tienda.

Cogió las llaves de la mesilla y salió rápidamente del cuarto sin volver a despegar los labios. En el fondo, se sentía aliviado.

Por la noche, después de cerrar, dejó al padre en la tienda y se fué a la calle regresando al piso a las nueve y media. La mesa ya estaba puesta. Paulina le había telefoneado a Juana diciéndole que comía fuera. Aquello, dadas las circunstancias, resultaba insólito. Probablemente Paulina comprendió que de venir a cenar a casa, aquella noche se le frustraría la acostumbrada salida nocturna. No quiso correr el albur y se puso la venda antes de recibir la pedrada. ¡Dios mío, qué cena! Aquello parecía más bien un banquete de fantasmas. El viejo estaba de un humor fúnebre y no despegaba los labios, él tampoco se mostraba muy eufórico y Juana servía los platos en silencio. En el comedor no se pronunció una sola palabra y el ambiente estaba tenso como una cuerda a punto de romperse.

¡Uff...! León respiraba ahora con alivio en su cuarto. Acababa de abandonar el comedor y su padre también se había recluído en el dormitorio. Se asomó a la ventana y, con la luz apagada, se estuvo fumando un cigarrillo y contemplando el cielo. Después se desvistió, se puso el pijama y se tumbó en el lecho. Allí, contra aquellas cuatro paredes de su dormitorio, se estrellaban las más furiosas tormentas, como contra un poderoso acantilado. La tensión fué cediendo y al poco rato se sentía tranquilo y fantaseaba. Poco antes de las once y media se encendió la luz del cuarto de Lucía. Juana y su padre permanecían ya recluídos en sus dormitorios y Paulina se encontraba en la calle. Abrió la puerta con sigilo y, de puntillas, se encaminó por el pasillo hasta el cuarto de los trastos.

Cuando León se asomó a la ventana, Lucía, sentada en el lecho, empezaba a quitarse las medias.

2.

«TEORIA DE LA EXPRESION POETICA» de Carlos Bousoño

Viene la "Teoría de la expresión poética", de Carlos Bousoño, a cumplir una misión tan necesaria y esencial cuanto desconocida entre nosotros: la de ocuparse teórica y científicamente del conocimiento de la obra literaria.

Es normal, hasta cierto punto, que en nuestro país, eminentemente subjetivo y en cuyo carácter predomina lo intuicional, no se haya desarrollado suficientemente esta parte de la ciencia de la Literatura que sin duda habrá de constituir el futuro de esta ciencia en cuanto tal.

No obstante, no ha sido sólo en nuestros tratadistas, sino de un modo general en todos los escritores dedicados a la crítica literaria en quienes podemos apreciar la ausencia de preocupación, el desconocimiento de tema tan fundamental. Pues si empiezan a ser corrientes los estudios de psicología de la creación aplicados a diferentes manifestaciones artísticas, en cambio ha quedado, a menudo, totalmente impenetrable la obra literaria como un arcano cerrado, ya que el crítico se acerca generalmente a ella extremando la capacidad receptiva normal de todo espectador medio y procurando exteriorizar su reacción frente al fenómeno artístico; pero la obra literaria, como entidad sustantiva, queda muchas veces lejana de su investigación, permanece virgen y desconocida.

El crítico, en muchos momentos, se encuentra incapacitado por la falta de una visión ancha y viva de los problemas que se suscitan de la pura existencia de la obra analizada, que se retrae en sí misma, impasible ante sus manos ciegas.

Acaso podía solamente intentar este acercamiento peligroso quien aunara a la capacidad crítica la especial psicología del creador, para penetrar en el secreto de un fenómeno: el literario, al que primero pudiese conocer tamizado

por la sensibilidad, para volver sobre él con el bisturí de una cirugía científica, exacta.

Entre nosotros algunas grandes figuras de poetas vocados a una severa investigación crítica han venido a confirmar este aserto —entre ellos Antonio Machado, Dámaso Alonso, etc.—. Es así como ha resultado esencialmente eficaz la labor de Carlos Bousoño, el poeta de *Subida al amor* y de *Primavera de la muerte*, que con el libro que estamos reseñando corona sus tareas de crítico científico, dentro de las que nos ha ofrecido libros tan relevantes como *La poesia de Vicente Aleixandre*, ya reseñada en estas páginas de LAYE, y las *Seis calas en la expresión literaria española*, este último en colaboración con Dámaso Alonso, gran crítico que reuniendo asimismo la condición de creador literario ha podido llevar a cabo una obra densa e importantísima en nuestra literatura crítica contemporánea.

En la *Teoría de la expresión poética* no se propone Bousoño una tarea nada fácil, pues empieza por no existir una clara delimitación en la frontera de los temas que emprende. Como él afirma, "El volumen que ahora se abre no es un tratado de Estética ni una Preceptiva literaria; tampoco se encierra propiamente en el interior de las fronteras estilísticas". Pero si no se incluye enteramente en ninguna de estas ciencias, es porque Bousoño no admite para su trabajo ninguna limitación apriorística. Quiere agotar las posibilidades que le ofrece un tema de tanta novedad sin reconocer ningún freno que le obligue a aminorar la marcha de su investigación, sin querer observar una directriz predeterminada y pudiendo en todo momento recoger de cada una de estas disciplinas los elementos necesarios para el desarrollo de su pensamiento científico. No quiere permanecer en el estatismo que alguna de estas manifestaciones impone, hasta su desembocadura, a menudo, en un puro narcisismo intelectual, sino que se adentra, con una interior dinámica de la más pura creación, en una tarea que, como él afirma, hace un siglo hubiese sido descabellada, pero que hoy, en cambio, no lo es porque "la actual teoría del lenguaje, la filosofía y la estética modernas han proporcionado ya elementos más que suficientes para que nosotros, modestamente y en la medida de nuestras fuerzas, nos atrevamos a dar este paso" (pág. 16).

En efecto, cada una de estas disciplinas ha aportado, a lo largo de su camino, conocimientos y experiencias suficientes para que, en el momento histórico presente, exijan una sintetización, y entendemos la palabra en el sentido de una codificación de los elementos aportados.

Otro hombre había intentado un tipo semejante de crítica: E. A. Poe, pero su construcción crítica en la "Filosofía de la creación" falla al querer aprehender vivencias de lo inconsciente con medios puramente lógicos, al querer dar, acaso irónicamente, como lógico y *a priori*, lo que en el poema es inconsciente y *a posteriori*.

Y en otro plano de investigación sobre el fenómeno poético, solamente otro poeta, Rilke, se había preocupado con tanta acuciante solicitud, aunque sin preocupación científica, del camino del creador en poesía, porque siendo la obra de Rilke excepcionalmente lúcida respecto a la totalidad de los fenómenos abordados ("Cuadernos de Malthe Laurids Brigge", "Cartas a un joven poeta"), no obstante no se pro-

pone nunca un conocimiento científico de la obra literaria.

Para lograr esto, Bousoño cuenta con una posibilidad más adecuada: él supo recoger la herencia de los hombres de la anterior generación que se habían convertido en profesores de Literatura porque aprendieron que les era necesaria una tarea afín a su propia labor poética.

Bousoño escoge, pues, este camino de profesor, y el libro que hoy tenemos ante nosotros es el fruto de sus interiores experiencias, cuanto de la claridad y rigor preconizados a lo largo de su docencia en España y en el extranjero.

Y así llega este libro a nosotros por un camino interior, abierto a todos los problemas que se suscitan de lo poético, pero también ostenta un esqueleto científicamente preciso que, a cada momento, nos recuerda la objetividad que reviste para confirmar las subjetivas e interiores aseveraciones.

En este análisis consciente es en lo que se nos muestra la obra con una plena exigencia científica y un logro absoluto de todo lo propuesto.

Carlos Bousoño acude para lograr sus fines de una mayor expresividad, no sólo a las ciencias emparentadas con la literatura, sino a cualquier manifestación científica, experimental o espiritual que le valga. Evidentemente, el momento actual no puede enfrentarse con el panorama de la poesía moderna con las únicas armas prestadas por una lógica tradicional. Existen varias manifestaciones de lo poético que escapan a una disección puramente lógica. Y ante la imagen tradicional, que comportaba, según analiza Bousoño con precisión, un parecido físico de objeto o de comportamiento, se levanta lo que él calificó certeramente de imagen visionaria, tipo especial de evasión emparentado, en cierto modo, con la imagen onírica estudiada por el psicoanálisis y diferenciada de la primera "por su validez universal", como precisa el autor.

A este efecto ha sido particularmente útil a Bousoño el conocimiento profundísimo de la obra cimera de Vicente Aleixandre, que estudió certeramente en su libro *La poesía de Vicente Aleixandre*, bello cumplimiento de una deuda que toda una generación de la poesía española contemporánea tenía contraída con el autor de *Sombra del Paraíso*.

En este libro anterior había insinuado Bousoño muchos de los problemas que mayor vigencia han obtenido en la "Teoría de la expresión poética". Y muchos de estos problemas debieron de plantearse, precisamente, al entrar en contacto con la obra de Aleixandre, una de las más sugerentes y densas que podían presentarse a la exégesis de una crítica moderna. Nada, en efecto, podía enriquecerla más que el análisis general a que Bousoño dedicó el capítulo V de esta obra, sobre las "Consecuencias literarias del tipo de creación superrealista". En él Bousoño habla ya del fenómeno visionario, en cuya intensificación ve una de las fuentes más directas de la poesía contemporánea. Y en esta obra Bousoño empezó ya a introducirnos en su especial terminología, que tan imprescindible habrá de ser para quienes se dediquen a la investigación literaria.

Acaso la ciencia no sea más que la expresión de la ordenación necesaria entre lo que aparentemente no sustenta un orden propio. Y conforme a esta apreciación no cabe ninguna duda de que el libro de Bousoño es una verdadera obra de ciencia, ya que en él se

reseñan y estudian una serie de procedimientos poéticos novísimos y desconocidos, y sin restarles la personalidad y la novedad que aportan se les compara con algunos de los procedimientos conocidos —a menudo insuficientemente conocidos— por la anterior Preceptiva. Si estudiamos, por ejemplo, el capítulo en que el autor analiza a las "Superposiciones", vemos que el autor delimita el procedimiento por él llamado "Superposición temporal". En éste se superponen dos tiempos distintos en un mismo sintagma lírico, a la manera que en el procedimiento conocido de la metáfora se superponían dos objetos diferentes, de cuya unión imaginativa provenía la fuerza poética; de tal manera que, como él afirma, "ambos procedimientos se parecen genéricamente y se distinguen en lo específico: se parecen en ser ambos el resultado de superponer dos esferas que la realidad mantiene separadas. Se distancian por la naturaleza de tales esferas" (pág. 155).

Y estos dos procedimientos, uno de ellos perfectamente desconocido, que aparentemente no mostraban una relación entre sí, se encuentran unidos en virtud del talento discriminador del autor, que cala en lo más hondo de sus respectivas significaciones.

Y sin embargo, no se cumpliría todavía el proceso científico sin ahondar en una íntima unicidad que representa toda obra científica cuya misión, según expresó José Luis Cano, es "hallar semejanzas entre lo aparentemente desemejante y divergencias entre lo aparentemente idéntico". Remontándonos, de nuevo, en el procedimiento de la Superposición vemos que el autor engloba bajo esta denominación una serie de procedimientos: Superposiciones temporales, espaciales, significacionales, y los más corrientes de metáforas y superposiciones significacionales. Y estos procedimientos, que aparentemente constituían mundos diversos de significación, en virtud de este proceso de unicidad que representa la obra de ciencia, se encuentran en el libro de Bousoño unidos conscientemente. Y lo mismo podemos afirmar respecto a la totalidad de los procedimientos estudiados que nunca se habían visto reunidos y que en la "Teoría de la expresión poética" se complementan mutuamente, nos permiten alcanzar el valor de cada uno al estar en una relación activa con los demás; algunos de ellos conocidos, como el contraste o antítesis, la ironía, la reiteración, el clímax o gradación, la paradoja; la mayoría no estudiados hasta este libro, como los "desplazamientos calificativos", "signos de indicio", "imagen visionaria", "símbolo bisémico", "superposiciones" y las "rupturas de sistema", a su vez lúcidamente diversificadas en nueve tipos distintos y representativos.

Cumpliendo esta necesaria unicidad, se precisaba reunir a la totalidad de estos procedimientos en una interior sistemática que Bousoño encuentra cuando los considera agrupados, con anterioridad, en la manifestación que estudia, al iniciarse el libro, con el nombre de "Sustitución".

En efecto, el autor ha visto a la poesía como un grado superior de la expresividad idiomática, que le diferencia, desde su raíz, de fenómenos puramente lingüísticos a los que podría, en algún momento, conferir parecido poético determinada situación extralingüística, siendo así que la poesía no precide ninguna circunstancia exterior a ella misma para que el milagro de la comunicación se realice. Con anteriori-

dad ha definido a la posía como un fenómeno de "*comunicación*, establecida con meras palabras, *de un contenido psíquico* sensóreo-afectivo-conceptual, conocido por el espíritu como formando un todo, una síntesis" (p. 18), definición que sólo se puede comparar a la del gran poeta Vicente Aleixandre, para quien en el "poder de comunicación está el secreto de la poesía, que, cada vez estamos más seguros de ello, no consiste tanto en ofrecer belleza cuanto en alcanzar propagación, comunicación profunda del alma de los hombres".

Carlos Bousoño, después de examinar la comunicación de la unicidad psíquica a través de la palabra del poeta y de dejar sentado el concepto de "lengua" que ve en función de *acto* cuanto de *depósito*, con terminología distinta a la clásica saussuriana, se eleva hacia un plano interesantísimo. en el que consigue aislar a la poesía como una isla milagrosa en el mar del lenguaje. Esto lo logra definiéndola como un fenómeno de *sustitución* del lenguaje, para el que determina con exactitud los elementos intervinientes en esta interior transmutación, de tal modo que "en toda descarga emotiva debe intervenir siempre un *sustituyente* (o elemento poético reemplazador), un *sustituído* (o elemento de lengua reemplazado), un *modificnate* o reactivo que provoque la sustitución, y un *modificado* o término sobre quien actúa el *modificante*" (pág. 44).

Y en esta sustitución se englobará después, como hemos visto, todos los procedimientos estudiados, se nos dará la única expresión propia, pertinente de la comunicación poética, de tal modo que a su lado la lengua es sólo un instrumento incompleto que permitirá únicamente una determinada intuición intelectual, pero no la "transmisión intuitiva" y creatriz inserta en la poesía. Sólo ésta puede comunicar por su carácter sintetizador y aglutinante, en contraposición al carácter analítico de la lengua, generalizadora de lo individual. Teoría que sólo encontraría paridad en las investigaciones de Heidegger sobre la palabra poética como generatriz y ordenadora.

El autor se detiene amorosamente en el planteamiento y análisis del modificante, al que encuentra tanto en el interior como en el exterior del poema, de tal modo que advierte, en ciertos casos, como modificante la totalidad de un grupo de poemas respecto a otro determinado ("Ese grupo lo *modifica*, lo carga de significación"), o la obra completa de un poeta ("Los libros anteriores *modifican* al que les sigue, y éste o aquéllos"), o, incluso, la totalidad de una generación ("los diversos escritores se vivifican entre sí, se dan recíprocamente sentido"), o una época literaria, o el ensamblaje general de una literatura, de tal manera que "el pasado existe en el presente, y el presente se proyecta sobre el pasado, coloreándolo con iluminaciones cambiantes, distintas a cada momento histórico" (pág. 48).

Hemos citado esta nota del libro de Bousoño porque, además de su intrínseca belleza conceptual, nos da claramente una de las características de la teoría poética bousoñiana, para la que el tiempo tiene una proyección definitiva sobre la obra literaria, lo que le presta una decidida intención historicista, próxima a gran parte del pensamiento contemporáneo, con sus representantes máximos acaso en Heidegger y en Ortega, y en contraposición a una parte eminente de crítica

que ve a la obra literaria como intemporal.

Para Bousoño la poesía, como obra del hombre, está sujeta a los mismos embates de un fenómeno que al hombre alcanza; como él atada a su transcurso impasible; como él dirigida a un ignoto mar final que puede, en todo momento, "modificar" y de hecho "modifica" la fluencia interior de lo poético.

El proceso de esta teoría le conduce al último capítulo del libro en el que se plantea el problema de la contingencia de la poesía, problema que, contra la secular afirmación de la eternidad del arte, hubo de preludiar Ortega cuando pusiera dicha afirmación en entredicho.

Bousoño se adentra en este terreno y nos habla de la especial caducidad del fenómeno artístico. Y esto que ha llegado a ser corriente cuando nos referimos a la labor contingente del intérprete —en música, por ejemplo—, Bousoño lo refiere a la misma obra del creador, ya que encuentra presentes en todo síntagma lírico circunstancias exteriores a las vivencias personales del creador, íntimamente arraigadas al substrato de la obra, que podrán constituir un elemento de posible futura aminoración del poder poético si desaparecen por el paso del tiempo. Y aunque el autor señala esperanzadamente que "la poesía, en buena parte, surge acaso desde una materia a prueba de siglos", no obstante, en algunos casos estos elementos externos pueden influir de tal modo que hagan que la poesía no cumpla con total eficacia su destino primordial de comunicación entre los hombres, o que al menos disminuya la intensidad de su penetración, la fuerza que se suscita de esta comunicación.

Y sin embargo, siempre es en esta nota de la comunicación en la que radica la gran base de esperanza de la teoría de Bousoño. Por esta nota su pensamiento constituye una verdadera superación de la dualidad sujeto-objeto. Y sin embargo, no se detiene en una pura especulación idealista, en la que únicamente inquiriese la expresión interior —antes de ser comunicada—, tratando el objeto de su investigación poética como puro conocimiento de un estado de alma, ni tampoco se fija en una posición puramente objetivista que conviniese a la definición aristotélica del Arte como una imitación de la naturaleza.

Para Bousoño el Arte es una cosa, si se nos permite usar la terminología heideggeriana —para Heidegger una estatua, por ejemplo, "puede transportarse", es una cosa—, pero esta cosa que de un modo objetivo se presenta a nuestro conocimiento es portadora de un reflejo interior, es vehículo de un estado de alma que reúne, como un haz mágico, reflejos mediatos de objetos exteriores acompañados de una valoración sentimental, de tal modo que todos estos conceptos propios del alma del hombre sirvan a la creación de la obra artística.

La alta calidad del estudio científico abordado permite a Bousoño entrar en zonas de estudio que nos revelarán multitud de problemas ante los cuales se había detenido la investigación estilística. Y es esto posible porque siempre Bousoño parte para su análisis de una intuición de espectador apasionado, para procurar a continuación someter esta vivencia inicial a una cierta metodología. No se detiene en la posición de Vising que en "La stylistique est-elle possible" considera a ésta como ciencia de

las impresiones que preceden a la intuición; tampoco en las actitudes parciales de escuelas como la *ginebrina* preferentemente lingüísticas; jamás cae en una concreción peligrosa al modo de Spitzer que limita sus estudios a la diferenciación idiomática, a la que supedita toda intención estética. Bousoño inquiere todos los extremos que pueden servir al esclarecimiento de su teoría. Y si parte de este primer planteamiento intuitivo, eleva siempre su preocupación a un alto sistema de valoración científica.

Uno de los temas que le acucian en el desarrollo de la obra es el deslindamiento de lo poético y la comicidad, que a veces aparecen reunidos en una masa confusa, hasta tal punto que ostentan una comunidad de manifestación, pero el autor, con el severo criterio de exégesis analítica a que somete la mayor parte de los capítulos de su obra, los diferencia hasta mostrárnoslos como fenómenos contrapuestos, de tal modo que, como él afirma: "La emoción lírica resulta al comunicarse un contenido psíquico; pero tal contenido para pasar al lector precisa de su aquiescencia... El chiste se fundamenta en lo contrario: en un *disentimiento* con el lector u oyente" (p. 291). Y estos fenómenos, "anverso y reverso de una misma medalla", ofrecen idénticos procedimientos, aplicando Bousoño los procedimientos poéticos analizados a las diversas clases de chistes existentes, lo que al requerir ejemplos concretos presta gran vivacidad a esta parte de la obra.

* * *

La fuerza sistemática de este libro hace, pues, que converjan hacia el centro de interés, en un sistema de unidad profunda, las investigaciones que se reúnen bajo los distintos capítulos: entre ellos cabe, por ejemplo, para ilustrar *extremos concretos de la obra, uno* de los estudios más clarividentes que se han llevado a caba sobre la poesía de Antonio Machado (1), poeta complejo en su aparente sencillez y que Bousoño nos presenta en un análisis entrañable, por el que encuentra presentes en su obra muchos de los procedimientos poéticos analizados: entre ellos algunos de interferencia significacional que Bousoño llama alianza de contrarios en los símbolos bisémicos. También hace alusión a la huella que ha dejado en la poesía contemporánea, la voz de Bécquer, a quien el autor había dedicado con anterioridad su ensayo monográfico "Las pluralidades paralelísticos de Bécquer" (2).

Y no sólo este libro, sino que toda la otra crítica de Bousoño la apreciamos hoy convergente hacia el centro prestado por la "Teoría de la expresión poética", y ahora vemos totalmente unidas a la totalidad de su investigación en el sistema de interés que esta obra habrá de presidir.

Es sorprendente, cuanto necesaria, esta íntima unidad en la obra de un autor que se siente solicitado por un tema concreto. En el caso de Bousoño la "Teoría de la expresión poética" centra y resume su posición frente al fenómeno de lo poético, legándonos un libro en el que la preocupación científica, sin perder en absoluto una máxima eficacia, está manifestada en un lenguaje que excluye casuísmo innecesario o exégesis fatigosa para hacerse más íntimamente entendedor, más lu-

(1) "El símbolo bisémico en la poesía de Antonio Machado".

(2) "Seis calas en la expresión literaria española".

minoso y ferviente como conviene, al fin y al cabo, a la palabra del poeta. Que si el autor necesita usar de una terminología precisa y científicamente exacta, y adentrarse en un terreno de severa investigación, lo hace con palabra clara y sugerente, de tal manera que el libro ha podido saltar el valladar de los especialistas, que en él han encontrado sin ninguna duda la obra más clarividente que se ha escrito sobre la expresión poética, y ha podido dirigirse a una gran mayoría no especializada en poesía, preocupada acaso por la aparente complejidad moderna de la manifestación poética o simplemente requerida por la voz, siempre reveladora, de Erato.

JAIME FERRÁN

CRONICA MUSICAL

MEDITACIONES PARA EL NUEVO CURSO

La presente crónica debía, en principio, titularse, poco más o menos, como "Resumen de la actividad musical en el curso que ahora comienza". Naturalmente, el artículo debía adaptarse al estilo humorístico, con un humorismo amargo, satírico en extremo, mordaz hasta más allá de codornicescos límites. Una pirueta, una parodia, comentando unos conciertos que se imaginaban —con poca imaginación bastaba— como ya escuchados. El cronista, empero, ha debido pensarlo mejor. Decididamente, el auténtico humorismo no es su vocación. De ahí las breves meditaciones que siguen.

LAS OBRAS. — Para el curso que comienza el camino está trazado. Poco sabemos con respecto a los planes generales de las grandes entidades artísticas pero ello nos basta para comprobar, una vez más, que reproducen con la fidelidad del calco los resúmenes de cursos precedentes. Lo que más nos angustia frente a la incógnita del nuevo año no es adivinar si la combinación de los conciertos y programas responderá a tal o cual fórmula estética, sino la cruel seguridad de que en la fórmula en cuestión habremos de identificar los mismos componentes, la misma forma de preparación y la misma enfermedad a que va destinada.

Oiremos cerca de un noventa por ciento de obras sobradamente conocidas. El diez por ciento que resta se compondrá de novedades sin interés, en parte, y de novedades interesantes que pasarán fugazmente sin despertarlo. No se piense en modo alguno que incurrimos en la clásica niñería de criticar la insistencia beethoveniana. El cronista ha sufrido, como cualquier universitario, la enfermedad de la beethovenofobia. Enfermedad aguda con síntomas aparatosos, pero afortunadamente breve, sin consecuencias, y que, después de la convalecencia, deja despierto el apetito. Para el caso Beethoven merece recordarse un comentario oído al maestro Toldrá—buen humorista—, que propugnaba por una abstinencia total de dicho compositor durante dos años, como mínimo. Y el cronista debe añadir, de su propio ingenio, que es menestar recordar también que nuestro ayuno es perpetuo.

Oiremos, pues, una pequeña cantidad de novedades —y hablamos también de novedades con la misma disposición de ánimo con que podríamos piropear a una señora otoñal— mediocres, sin interés alguno casi, ni

estético ni histórico. Pero, en fin, bienvenidas sean. Lo más grave del caso, de la angustia que mencionábamos, será la indiferencia con que aparecerá en el firmamento musical de la ciudad el meteoro del concierto número tres para piano de Bela Bartok —buen ejemplo de ello. En la noche de su presentación por la Orquesta Municipal, dentro de pocos días, la sala no acabará de llenarse, meses y meses de estudio del solista nos regalarán con el fruto de su trabajo, con una interpretación más o menos perfecta del terrible dramatismo de aquella obra. La crítica dedicará a la misma unas breves líneas y su belleza, de auténtica mujer joven, dotada de infinitos matices, no dejará otra huella que su figura entrevista, como si se tratase de aquellas estrellas cinematográficas que de vez en cuando asoman su rostro a los aeropuertos, en escala de sus viajes transoceánicos.

Tanto o más que la presencia necesitamos el recuerdo, la huella. Para ello, lo único, lo trascendente, ninguno de los actores de la comedia musical presta por completo su concurso, frente o tras el público.

LOS ACTORES .— Hemos hablado ya de la Orquesta Municipal. La labor del maestro Toldrá, recientemente premiada con la Encomienda de la Orden de Alfonso X el Sabio, siempre al frente de aquel conjunto, es meritoria en extremo. Estamos plenamente convencidos de que sus propósitos superan la realidad de su labor, no por ello menos digna de encomio.

La Orquesta Filarmónica lucha también con el bien triste papel que le está encomendado. De ello hemos hablado ya en otras ocasiones. Efectivamente, serán cinco, diez o veinte los conciertos que ofrecerá durante la temporada pero su labor se reducirá, como siempre, al triste papel de acompañante del solista de moda. Porque con los solistas —y también tendremos ocasión de confirmarlo nuevamente— existe la institución de la moda. Apareció otrora Lewkowikz, Szeryng, Niedzielsky y otros acaparando por unos meses la atención y el favor del público.

En realidad, lo lamentable de este caso es que de ello resulte únicamente beneficiado el "virtuoso" de turno. Frente a ellos, la actuación de la Filarmónica no es, ni mucho menos, despreciable, pero tampoco trasciende de lo que llamábamos "Gebrauchsorchester", usando una trasnochada denominación germánica. Orquesta utilitaria u ocasional.

Artistas de calidad, bien pocos veremos porque las cifras en divisas prohibitivas que exigen permiten tan sólo rarísimas actuaciones para las que la empresa debe arriesgar demasiado. Bien poco veremos y oiremos de todo ello si no surge un talento organizador de la altura de don Pedro Balañá, por lo menos, que sienta la empresa musical como un hecho de altos vuelos. De la vertiente social, de todas formas más vale no hablar ya demasiado. Es del público, del oyente, del que habría que hablarse en primer lugar y tal cosa se deja para otra ocasión, cuando haya necesidad de comentar la temporada del Gran Teatro del Liceo.

Sin embargo, la alusión a los precios prohibitivos para los grandes artistas, mundialmente famosos, sean solistas o directores de orquesta, que de estos últimos es de lo que más necesitados estamos, pone el dedo en la llaga en uno de los problemas candentes de nuestra cultura musical. ¡Y escribimos estas palabras desde Barcelona, en don-

de podemos considerarnos más que satisfechos frente a otras capitales de la nación a tal respecto!

Lo lamentable, la angustia del cronista, la ansiedad del buen aficionado —llanamente, simplemente— a la música reside en no poder oír "al natural" a Furtwängler o a Toscanini, a Menuhin o a otros tantos de su talla. Nos admiramos al pensar cómo pueden ciertas instituciones como la Asociación de Cultura Musical, por ejemplo, dar a conocer a pianistas, especialmente, de renombrada fama, cuando los balances que anualmente ofrecen a sus asociados nos revelan que a "todos" los ejecutantes de una serie anual de cerca de veinte conciertos, entre los que actúan además violinistas, cantantes y orquestas de cámara y sinfónicas, se les ha satisfecho "en total" unos gastos y honorarios de actuación que, por una sola vez, rechazaría Carlos Arruza. Tristísimo y bochornoso.

El corolario triste —el de siempre— es que tampoco este curso tendremos entre nosotros a Furtwängler ni a Toscanini o "mutatis mutandi" a todos aquellos que hay que ir a oír "desde la parte de fuera".

José Casanovas

«CUENTO DE HADAS»

Los dos arduos problemas con que se enfrenta nuestro cine son: 1. Falta de auténticos cineístas capaces de crear una producción comercial y artística perfectamente razonada y orientada. 2. La ausencia de una crtíca que oriente y despierte el interés del espectador hacia los auténticos valores de nuestro cine.

Como labor negativa de nuestra cinematografía tenemos cincuenta años de constante fracaso e ineptitud de quienes han intentado hacer cine: en su mayoría, gente sin preparación cultural y artística, carentes del más elemental sentido comercial. Contamos asimismo como negativas las buenas intenciones: 1. *Inquietudes técnicas:* Nos parece totalmente equivocado considerar un film como una coordinación de recursos fotográficos, negando el único valor positivo del cine, su contenido. No olvidemos que la expresión formal es algo que el cine no ha conseguido aún. 2. *Influencia literaria:* Grave error es el traducir en imágenes un libro, por excelente que sea y por seductoras que puedan parecer sus posibilidades cinematográficas. El cine literario ofrece una sensación de obra madura, conseguida, pero no resiste el más ligero análisis. Casi todas nuestras películas, oficialmente buenas, para ser comprendidas es preciso leer antes las obras que les dieron origen; sin lectura previa no pasan de ser algo sensitivamente bueno, sobre todo cuando decoradores, modistos y guionistas

han coordinado sus esfuerzos al fin previsto por el director. A pesar de esto hay que reconocer que ese cine es una obra de artesanía, no un arte: algo así como una lección de historia literaria y decorativa de nuestro clasicismo.

Como labor positiva, los esfuerzos de un equipo técnicoartístico, en formación, de gente dinámica, no fosilizada, con amplia visión de nuestro tiempo, virtudes y defectos: la primera mitad de "Yo no soy la Mata Hari" y "Mi adorado Juan", de Mihura —el autor de "Tres sombreros de copa", la mejor obra de teatro y más sana escrita en España durante los últimos años— y "La vida en un hilo", "Cuento de hadas" y "El último caballo". Estas son las obras que hemos de tener en cuenta al hablar de cine. Las únicas ideas trascendentes del cine español.

La labor de Conchita Montes —la única mujer de nuestro cine que carece de prejuicios, honestidad y arte mal entendidos, dotada de una auténtica sensibilidad femenina y un envidiable y justo sentido del humor, del buen humor—, Julia Lajos, María Bru y Fernando Fernán Gómez —nuestro actor mejor dotado —y José Luis Ozores, parece indicar que nuestro cine está a punto de madurar definitivamente, que hay un equipo de actores capaces de asimilar una nueva dimensión del humor y la ironía española: el cine de humor nacional, digno descendiente de la picaresca literaria, uno de los mejores períodos de nuestra literatura.

Traemos a cuenta estas notas, un tanto deshilvanadas, con motivo del estreno clandestino de una de las mejores cintas que hemos visto esta temporada: "Cuento de hadas", una feliz idea de Neville captada perfectamente por Conchita Montes. Esta pareja nos ha recordado, muy oportunamente, que en esta sociedad de nuestros pecados la honestidad y la decencia, en su aceptación más pacata, son considerados dogmas, aunque ignore que la murmuración, sobre todo si es ociosa, es el peor de los pecados. La película es una visión del paraíso de las hadas, reflejo fiel de nuestra sociedad. No olvidemos que a fin de cuentas es ella quien vivifica este paraíso y crea las pundonorosas hadas, sus preceptos morales y sociales a imagen y semejanza suya.

El camino para un cine español genuíno y trascendental está en esta modesta cinta, sin pretensiones y muy mal dirigida. Un tema y un sentido universal por la amplitud de su concepción y genuinamente nacional por su desarrollo.

Esto el público sigue ignorándolo: no ha sido preparado para recibirlo y mucho menos para asimilarlo. Precisamente en aquellos días se había estrenado "¿Se puede entrar?", aceptada elogiosamente por la crítica. Film en donde los ángeles al encarnarse pierden los pantalones y al perder su envoltura humana se ponen de un sentimental subido: rompen una cuerda del arpa, producen un escalofrío en los personajes y una evocadora corriente de aire. Los decorados son de cine, los actores "glamourosos". No importa que la leve idea argumental sea exprimida hasta perder su gracia y escasa originalidad, ni que la película naufrague en la vulgaridad. En ella todo es caro, divertido y está al alcance de todas las entendederas.

Y nuestro público lo seguirá ignorando, porque nuestra crítica cree de buena fe, esto es lo peor, que labor positiva de crítica es denunciar "Alba

de América" y "Agustina de Aragón" como un engendro. Esta perspicacia les halaga su heroísmo al afirmarlo; creen carecer de prejuicios y admiran su patriotismo. Esta preocupación por asuntos puramente domésticos, que nada tienen en común con el cine ni con el arte, les aparta de su labor y no llegan a percibir el valor de un auténtico cine nacional en gestación. Un cine nacional que no se nutre de literatura clásica, ni de estrellas extranjeras de tercera magnitud, importadas para encarnar personajes clásicos de nuestra literatura, cuyo españolismo se intenta exaltar. Ante estas producciones que por una hábil labor artesana y un derroche de millones son acogidas con admiración y respeto por nuestros críticos, se les presenta una buena oportunidad para afirmar que frente a una buena cinta nacional carecen de prejuicios, aplauden muy fuerte estos aciertos artesanos —formas de narración descubiertas cincuenta años atrás por otras cinematografías— y afirman su patriotismo puesto en entredicho por los envidiosos, criticados.

Y es que en su innata buena fe se creen disculpados de prestar atención a estos segundos términos de nuestra producción, no definidos en los catálogos como rematadamente malo ni como halagadoramente bueno. Son consideradas medianías a las que se dedica un cumplido, indignas de ser fulminadas o de ser encumbradas. Dedicarles un extenso comentario, pretender descubrir precisamente en ellas el mensaje de nuestro cine, es un despropósito que sólo puede cometerse por afán de destacar o para cobrar un servicio.

Tras esta lapidaria afirmación yace todo intento serio y desinteresado de hablar sin prejuicios de cualquier tema cuya trascendencia o interés no es lo suficientemente vocinglero y partidista para atraer la atención y ser clasificado como oficialmente importante o, en una palabra, que no está incluído en el catálogo de valores nacionales.

ALFONSO GARCÍA-SEGUÍ

«LA CORTESANA», de Claudio de la Torre

Esta obra fué galardonada hace dos años con el premio "Ciudad de Barcelona", el primero instituído para obras teatrales. Nos parece acertada la obra. Tan acostumbrados estamos a que los jurados defrauden las esperanzas que en ellos se hubieren depositado, que en casos como éste la discriminación justa añade mayor dignidad a quienes eligieron la obra del señor Claudio de la Torre.

Tal vez no hayan sido muchos los que hayan sabido mirar y hayan advertido el carácter profundo de Lys Delacour. Sin embargo salta a la vista. Hay una frase en el tercer y último acto de la obra que aclara todo el sentido de ésta. Es la protagonista la que pronuncia esa frase. Una cortesana de inteligencia clara que juega con el mundo y contra el mundo su propia existencia. La vida es lucha. No existe la compasión. Los seres pelean por lo suyo o por lo del prójimo que también ambicionan. La gente es ingrata. La gente es falsa. Aunque la lucha exige generosidad, generosidad para poder salvarse a sí mismo, ella, la cortesana, cree en todo eso. Es posible que en esos momentos ame a Alberto, el hombre más joven que ella que la mantiene desde hace ya tanto, en esos momentos en los que está perdiendo la que fué su gran belleza. Tal vez lo ame por eso. Mas su amor más fuerte es el dominio. Pero no es ella sola la despiadada, también lo son los demás. Esos que fingen ser más sensatos, menos intrépidos, más buenos en el sentido vulgar, pero también infinitamente más mezquinos. En esa mujer, Lys Delacour, andando un tanto más lejos del remolino de sus intrigas para lograr lo apetecido, se concibe la vida como un trágico deporte de lucha en el que hay que ser el mejor, en este caso la mejor, para no sucumbir. Aun pesa en la protagonista algo más. Es la pérdida de su belleza, es el olvido en que la dejarán los hombres mañana. Es el paso del tiempo por encima de la cabeza del mundo. En el paso de infinitos minutos que hacen vida incesantemente. Más allá, la muerte espera. Por eso mismo, no se resigna nuestra heroína a perder mañana a su amante en el que intuye, más que aprecia claramente, un desapego que la tortura. Ese es el motivo que la impulsa a atraer primero y a conservar después a su lado a una muchacha joven que gustó un día a su amante; y también el que la impulsa a convencer al zafio amigo de la infancia, que vive en

la misma casa, para que una noche, al volver de un baile con Alberto, se precipite sobre él en la oscuridad, echándole vitriolo sobre los ojos. Después logrará lo que quería: que Alberto, *que posiblemente quedará ciego*, no huya, que tal vez se case con ella. Le cuida amorosamente con brutal pasión, la que pone en todas las cosas, la pasión de los fuertes. Pero algo se le derrumba. El amigo de la infancia no se sacrifica como ella creía, la traiciona a su vez en el momento en que iba a entregarlo a la policía. Ese es el momento, ya final, en el que dice a un antiguo amigo suyo: "Todo esto al fin ha terminado." Es decir, ha terminado esa vida, esa lucha a la que se siente obligada como ser nacido en un mundo poblado de egoísmo y de mezquindad. Y añade: "Voy a cumplir mi castigo." Y aquí también, el castigo que le corresponde como a ser nacido que ha perdido su juego. Uno de los tantos juegos humanos. Hay en la actitutd de esa mujer una moral de combate que nos impresiona, ya que trasciende de la esfera del vulgar egoísmo, para llegar a una visión del mundo en el que ella ha comprendido la mala fe de la gente y se ha hecho responsable de esa misma mala fe, apropiándosela.

"La cortesana" es una buena obra. Detalles de menor importancia, como el que la acción suceda en París, nos parecerán un tanto absurdos, ya que cortesanas existen en todas partes, incluso en España. Pero eso carece de importancia. Que ocurra en el tiempo de "La dama de las camelias", también nos tiene sin cuidado. Los mismos caracteres podrían vestir nuestros trajes de hoy. Sin embargo, algunos han hecho hincapié en esa circunstancia para afirmar que es una obra pasada de moda por ocurrir en tiempo anterior al nuestro.

La obra fué estrenada en el teatro Calderón por la compañía Guerrero-Romeu. La interpretación fué digna, estando la señora Guerrero a la altura de la psicología del personaje.

La crítica, esa crítica —debiera hallarse otro nombre— que aparece en esos periódicos que a diario la gente lee, ha reaccionado violentamente. Habla de un público al que forzosamente hirió el tono y poca finura de la obra. Los hay también que después de criti*carla, hablan de lo mucho que quieren* y admiran al señor Claudio de la Torre. Esos críticos ignoran bastantes cosas; entre ellas que la vida no es un lecho de rosas y que a través de las actitudes e inmoralidades, como ellos las llaman, de algunos seres, el látigo de la vida fustiga a las almas desde el tiempo. Por favor, no más falsos optimismos.

ROMÁN ROJAS

BIBLIOGRAFIA

ERICH AUERBACH. — *Mímesis. La representación de la realidad en la literatura occidental.* — Fondo de Cultura Económica, Méjico, 1951. 536 págs.

Al hablar de *realidad* habría que hacer una distinción probablemente decisiva para la Antropología filosófica y la Historiología: de un lado realidad es lo que se encierra en el ámbito de los conocimientos empíricos y su *contenido es justamente objeto de crítica* sin consideración a sus supuestos no empíricos ni respeto por los posibles motivos de error; su adquisición y desarrollo empieza con el hombre y al hombre inevitablemente acompaña en todo tiempo y en todo lugar; su verdad es, o puede y debe serlo, objetiva, en el sentido más obvio del término; su forma actual son las ciencias y las técnicas. En ella no muerde el diente de la historia: son sus contenidos intemporales. El otro concepto de realidad se nos ofrece en las decantaciones de la vivencia de totalidad cuya expresión actual se halla en la *religión, la poesía y la filosofía* (pero no en todo lo que es religión, filosofía y poesía). Podría hablarse a este respecto de *Weltanschauungen* o Cosmovisiones, siempre que con ello no se prejuzgue nada acerca de su posible contenido; cuanto más, su elemento cósmico hay que entenderlo en sentido puramente intencional y emocional. como el correlato de una intención y emoción totalizadoras, cuyo objeto, empero, puede ser cualquier cosa ("un papel sucio en las aguas del Liffey", como en el *Ulises* de Joyce) e incluso una mera nada. En este segundo sentido la idea de "realidad" es un producto histórico y puede ser explicada, si no como superestructura, sí por lo menos como correlato de una estructura económicosocial determinada.

La obra del romanista Erich Auerbach objeto de estas consideraciones puede ser explicada a la luz de lo antedicho. *Su tema, la interpretación de lo* real por la representación literaria, fuerza es descubrirlo en la historia y, *a través de ella, en las obras en las* que dicha interpretación ha decantado en representaciones firmes y accesibles al presente. No hay una realidad propuesta de un modo unívoco y estable a la "imitación" que opera el arte literario; imitar es interpretar, y ello a partir de supuestos ideológicos, esto es, sociológicos, irrenunciables en cada momento. No hay una obviedad sobre la que operar, sino modos cambiantes de ser real el hombre, a los que corresponden cambiantes modos de interpretación *de la realidad.*

Pero el tema sociológico incide en el problema crítico planteado en esta *obra también en otro aspecto.* Su autor tiene a la vista ante todo la peculiar forma de representación literaria que es la novela moderna. La "realidad" que en ésta se descubre es su tema estricto, y esa realidad es eminentemente social. Por consiguiente, no sólo la investigación sobre supuestos,

sino el análisis del contenido de las formaciones estudiadas, se apoya en la consideración sociológica.

Pues lo peculiar de la novela moderna es el poderoso impulso con que ha recabado para sí la explicación del hombre como ser social, inmerso en conexiones sociales y sujeto de una conciencia social. Este se hace manifiesto ya de modo espléndido y consciente en Stendhal y Balzac. La mutabilidad de la realidad social, su constitutiva labilidad, siempre corriéndose de uno a otro extremo sin permanecer estable en ninguno de sus aparentes reposos, es por demás experiencia peculiar de su época. En el siglo XIX y con la Revolución Francesa nace la novela moderna en sentido estricto, porque sólo entonces podía y debía nacer. Sólo entonces fué posible ver en serio y con toda su plenitud dinámica los extremos de la fortuna humana, la sordidez y la opulencia, que ya el mundo clásico tuvo presentes, pero para resbalar sobre ellos satíricamente o con estrecha visión de moralista. Porque sólo entonces la idea misma de la fortuna cobra sentido real, esto es, social. Las causas de la riqueza y la miseria, la idea de la buena y la mala fortuna, se ve secularizada en la idea de la fortuna social, dependiente de causas sociales. El hombre deja de ser juguete de la fortuna, para serlo de la sociedad en que vive y con la que se enfrenta. Con ello, paradójicamente, el hombre deja de ser definido por sus conexiones sociales, pues éstas no son ya bastante estables, y es visto cada vez más en su condición de mero hombre capaz de serlo todo y a la postre de no ser nada, miserablemente hombre y sólo hombre, e incluso hombre escaso con la irrupción niveladora de la masa. Este es nuestro presente.

Con el nacimiento de la novela moderna perece la distinción clásica de los "niveles de estilo" correspondientes a los diferentes estamentos sociales que podían ser objeto de representación. Es cierto que por toda la literatura europea corre una línea heterodoxa a este respecto, cuyos antecedentes se hallan en la peculiar experiencia oscilante del mundo que tarnsmiten los textos bíblicos. Esta línea de representación de la realidad, a la que Auerbach llama "figural", y cuyo aislamiento es tal vez su mayor mérito, discurre a través de la literatura medieval junto a la línea "culta", formalista y formulista, esquematizadora y a la postre *noble*, en la que la influencia de las fórmulas y esquemas clásicos tiene, al parecer, algo que ver. La línea de referencia es a su modo también *realista*, en cuanto que en ella el hombre es visto en su condición humana, sin distinción de niveles y estamentos, de sujeto de salvación. Lo peculiar, sin embargo, frente a la idea moderna, es que a los estamentos sociales, aunque no se los tome en cuenta de modo primario, se los considera estables y a la postre justos. No hay una visión crítica de la realidad humana, como es condición esencial del realismo pleno, el realismo moderno.

Estos son los motivos principales de obra tan señalada e importante. La exposición discurre a través de XX capítulos centrados en uno o más textos a los que se ciñe el comentario estilístico, para descubrir en ellos las implicaciones características. El comentario es de una calidad excepcional, de una finura y sabiduría nada corrientes. En un primer capítulo sobre Homero *Odisea* XIX 386-508 y el relato bíblico del sacrificio de Isaac se analiza la contraposición fundamental ya referi-

da entre el mundo clásico y el hebreo, cuyo influjo conjunto determina los rasgos principales de la literatura europea. En los tres capítulos siguientes, con ayuda de textos de Petronio, Tácito, Marco, Amiano Marcelino, Agustín, Apuleyo y Gregorio de Tours, se describe en sus rasgos generales la interpretación de la realidad propia de los romanos imperiales y algunos puntos esenciales de la línea figural. Ya con el capítulo V *(Cantar de Roldán)* se entra en materia más adecuada para la iluminación de conexiones características europeas. La selección del autor se ciñe en general a la literatura francesa, aunque también analiza algunos textos italianos, ingleses y alemanes. Un capítulo sobre el *Quijote* (lo mejor que hemos leído sobre el tema) es adición posterior, motivada por la presente traducción castellana. No es posible entrar en el detalle de la argumentación del autor. Baste decir que ésta se halla conducida de mano maestra, sin fallos y con claridad y precisión completas.

La exclusión de la literatura española no es esta vez un olvido, sino que está justificada a juicio del autor por ser la línea realista española demasiado peculiar. En ella, es cierto, se abarca la representación de la realidad corriente, pero no como finalidad. Esta literatura sobrepasa la mera realidad, por lo menos en el Siglo de Oro, y por otra parte no penetra en Europa lo suficiente ni del modo adecuado para influir en la formación del realismo europeo. Sin embargo, acerca de esto esperamos aclaraciones decisivas del estudio de Dámaso Alonso sobre la novela española. Dicho sea de paso también, los juicios de Auerbach hallan confirmación y desarrollo independiente y profundo en la gran investigación de Américo Castro titulada *España en su Historia.*

* * *

El realismo de nuestro tiempo halla su correlato sociológico en la enorme expansión económica y política del mundo moderno, y la nivelación social mundial que es su consecuencia. La *realidad,* empero, se ha reducido a cuatro cacharros, de tan áspera y angustiosa inmediatez qu el hombre ni siquiera sabe si es capaz de comprenderla. Esta simplificación de la vida en lo elemental y común de ella, señalada por Auerbach, tiene sin embargo dos caras muy distintas. Muchos se sentirán inclinados a ver en la uniformidad que en lo externo al parecer domina el anuncio de una época simplista, masificadora, en la que la intimidad debe perecer ahogada. Es tal vez lo que pensaba Auerbach cuando escribía este libro en Istanbul durante la guerra, exilado de su patria alemana. Paradójicamente, ésta es, entre otras, una de las bases dialécticas sobre la que los nazis edificaron su reaccionarismo y en definitiva su aterradora violencia de fanáticos.

Pero tal vez sea posible una consideración más libre de estos anuncios. La simplificación, para un impulso valeroso, encierra posibilidades de vida íntima mucho más esenciales que las antiguas y al parecer irreparables formaciones sociales. Es fácil renunciar a todo, cuando nada obliga en serio, para concentrarse en lo necesario. El problema político sigue siendo pavoroso. Pero el problema ético y humano se halla tal vez ya resuelto. Resuelto, se entiende, en la intimidad de cada cual, y cuando éste *quiera.*

Tal vez de aquí pueda surgir una literatura más esencial, y un nuevo en-

tendimiento de lo elemental sin mezquindades pintorescas — así como una filosofía más objetiva, libre de irrelevantes subjetivismos.

J. F.

ALFRED TARSKI.—*Introducción a la Lógica y a la Metodología de las Ciencias deductivas*. Buenos Aires. Espasa-Calpe; 60 ptas.

Al comentar la publicación de alguna traducción de un manual acerca de una de las numerosas disciplinas científicas que nuestro país cultiva escasamente, es costumbre señalar que viene a "colmar una laguna" y a "ayudar al lector español". La verdad es que el lector español ha tenido ocasión sobrera para aprender a ayudarse a sí mismo. Sin embargo, en lo que concierne al libro que ahora reseñamos, se hace obvia la consideración de que, si no el lector español, por lo menos el lector exclusivo de libros en español (suponiendo que exista semejante personaje), dispone de medios notoriamente insuficientes para el estudio de la lógica: el breve manual del Sr. García Baca —interesante en algún detalle, y bien orientado en conjunto, pero inutilizable por su redacción confusa y por la extraordinaria cantidad de erratas de impresión—, y la mediocre rapsodia del Sr. Granell.

La conocida obra didáctica elemental de Alfred Tarski, publicada primero en polaco, luego en alemán y en inglés, aparece ahora en lengua española. La principal virtud de este librito es la claridad. Claridad tal vez excesiva: nos parece que el espacio ocupado por innumerables ejercicios que se resuelven por aplicación mecánica de las reglas dadas en el texto, hubiera podido servir más provechosamente para profundizar un poco en alguna de las tres teorías cuyos principios se exponen en la primera parte del libro: el método de las "tablas de verdad", la lógica de las clases y la lógica de las relaciones. Pero nuestro parecer en este punto no tiene gran valor, porque el libro se destina explícitamente al uso escolar, y sólo la comprobación de hecho de su eficacia en una clase puede dar lugar a una apreciación justa. Además, la insistencia del autor en la rutina del formalismo se justifica al pensar que su obra puede ser manejada por filósofos; por esas extrañas gentes que, como es sabido, hallan dificultades en "unir" el "concepto" de 12 al "concepto" de 7+5.

Las secciones más interesantes del libro que comentamos son la admirable exposición de la teoría de la igualdad según Leibniz, y la segunda parte de la obra. Titulada ésta *Aplicaciones de la Lógica y de la Metodología a la construcción de las teorías matemáticas*, constituye una introducción al sistema de ideas que guiaron el trabajo de la gran escuela polaca de lógica, a la que Tarski pertenece, o, mejor, perteneció. Se expone en esta segunda parte una construcción axiomática de una aritmética parcial, y se discute su ampliación a la aritmética entera. Gracias a esta parte, el libro de Tarski tiene alguna posibilidad de que se cumplan en España sus intenciones didácticas. No existe otra obra, en efecto, más indicada para servir de texto a la humilde asignatura "voluntaria "de Teoría del Conocimiento, que figura en los planes de estudio de nuestras Facultades de Ciencias Matemáticas.

La traducción, debida a los señores T. R. Bachiller y J. R. Fuentes, es muy

superior a las usuales traducciones publicadas en la Argentina. Es correcta y, aparte de algún desliz ocasional, sólo puede reprochársele una excesiva carencia de gracia estilística. Desgraciadamente, los tipógrafos han colaborado con suma actividad para acrecentar el número de los deslices. Tal vez no sea del todo inútil señalar los más importantes: pág. 29, no se indican las variables a que afectan los cuantificadores; pág. 40, l. 12, debe leerse "implicación" en vez de "proposición"; pág. 60, l. 7, debe leerse "proposiciones" en vez de "funciones"; pág. 69, línea última, debe leerse "(-p)Vq" en vez de "(-p)Vp"; en el cap. III, casi siempre que un signo aparece entrecomillado, no debe estarlo, y viceversa; pág. 81, l. 3, debe leerse "al menos" en vez de "a lo sumo"; pág. 120, l. 20, debe leerse "notación simbólica"; página 125, enunciado B) del ej. 16, debe suprimirse "*y t*"; pág. 154, ej. 13, axioma VIII, debe leerse "V" en vez de "Λ"; pág. 177, l. 1, debe leerse "N" en vez de "Zl"; pág. 192, l. 8, debe leerse "es absurdo" en vez de "carece de sentido"; pág. 194, l. 1, debe leerse "segundo" en vez de "primer"; pág. 209, l. 3, debe leerse "x + (z + y)" en vez de "x + (y + z)"; y, en general, las referencias a los párrafos numerados del libro son casi todas erróneas.

G. F.

Adolfo Muñoz Alonso. — *Andamios para las Ideas.*—Colección "Aula de Ideas", vol. I. Murcia-Madrid, 1952; 232 págs.

Debería intentarse un género de crítica de libros haciendo abstracción del nombre del autor que figura en la portada. Como en esos concursos literarios en cuyas bases se especifica que los trabajos presentados deben ir anónimos, con el nombre del autor pudorosamente oculto en sobre aparte, así también el crítico desearía algunas veces que el volumen que ha caído bajo su lámpara de trabajo llegara sin ningún nombre propio impreso en la variopinta cartulina de la cubierta. De esta suerte obtendríamos varias cosas que uno modestamente cree que no dejarían de poseer su importancia. Ante todo, la crítica se basaría única y exclusivamente en lo que un libro dice o pretende decir. No existiría la coacción del nombre al que hay que respetar por compromiso, o del autor consagrado.

*En España no hay una crítica profe*sional responsable. Todo fenómeno sociológico obedece a causas muy complejas y sería atrevido meterse aquí a buscar la razón de esta ausencia. Sin duda se trata de razones humanas muy comprensibles — ¡demasiado humanas! —: el crítico carece de independencia personal, la propiedad del periódico o de la revista siente miedo a perder suscriptores, hay intereses de grupo o camarilla, o en último término, pero no lo menos doloroso, ejerce la función de crítico quien no siente la menor responsabilidad social. Hace ya mucho tiempo Ortega denunció un vicio de la sociedad española consistente en una auténtica fobia contra todo hombre egregio que se distinguiese de la común mediocridad. De aquella pasión contra los mejores, que llevaba a los españoles a negar los valores de los coetáneos más sobresalientes, hemos pasado ahora, por efecto de la citada ausencia de crítica, a una situación de autobombo continuo, de forma que aparecemos como un país rico en genios.

Casi todos —mejor dicho, todos menos quienes se complacen en vivir del engaño— sabemos que las cosas son muy otras. Esa insobornable pasión de objetividad que el español lleva dentro (pasión al servicio de la verdad que yace en las cosas) se rebela furiosamente contra el adjetivo falso aplicado a lo que carece de valor. Pero ¡ay!, la pluma queda en alto y la *conciencia* se bate en retirada ante la fría especulación del cálculo. Uno sabe que este o aquel catedrático ha escrito una memez y, sin embargo, uno no puede decirlo, pues... ¿qué ocurrirá si el día de mañana ese catedrático es juez en unas oposiciones a las que se presenta su crítico de otrora? Uno sabe que el libro que acaba de publicar un amigo debe ser tratado con un rigor parejo a la ambición que su autor puso en él; pero si su pobre esqueleto se desmorona a la primera mirada rigorosa, ¿por quién hay que optar: por el servicio objetivo a la conciencia y al derecho del lector a no ser engañado, o por la limosna de unas frases no sentidas ni verdaderas, pero capaces de alimentar las vanidades de tanto ambicioso?

De tal forma la vida intelectual española se ha hecho inauténtica en los últimos años y se ha enrarecido. Las palabras han sido violentadas continuamente para encubrir la mentira, y aunque todos gritamos mucho que somos muy "espirituales", hoy un crítico sincero, veraz y responsable sería una criatura de perfil tan triste como Don Quijote. El remedio a esta situación es largo y difícil, porque requiere nada menos que un recobramiento del sentido de responsabilidad, virtud que no es exigible a un individuo sino a través de su posesión y ejercicio por la totalidad de la comunidad. Por esto la mente del crítico, a través del presente dilatado exordio, habíase complacido en imaginar el remedio saludable, aunque juguetón, de que durante unos cuantos años los libros se hicieran anónimos. Ahora que los poderes del ejecutivo son tan amplios en todas partes, podríamos legislar la obligatoriedad del anonimato de los libros (digamos por un período de "cuarentena" de cinco años), para que las obras fueran juzgadas por lo que realmente valen en el ámbito de la cultura, y no por el miedo a las represalias del autor o de los amigos de los autores.

Todo esto viene a cuento del libro que el crítico halla hoy ante sus ojos, descansando sobre el ya agrietado barniz de la mesa, en una tarde de estío y mientras una radio ajena borbota la voz hermafrodita de un cantante.

El señor A. Muñoz Alonso se ha creado un óptimo lugar en el panorama cultural del país. Manteniéndose siempre dentro de la rígida red de normas de las enseñanzas recibidas, ha sabido, sin embargo, jugar un poco al *enfant terrible*. Con prudente discreción y al mismo tiempo con travieso gesto, ha lanzado de vez en cuando una frasecita elogiosa para Kant, otra para Hegel y otra para Heidegger, las cuales iban a rebotar con sonoro eco sobre los oscuros caparazones de sus asustadizos lectores. El método de A. M. A. poseía el mérito de traer la frescura de una especie de juego inocente, la ágil pirotecnia verbal del coqueteo con el vitando ejemplar de la *cultura de allende los Alpes... para* luego concluir que de lo dicho no había nada. Bien: todos los métodos son lícitos cuando están sancionados por la inteligencia, y A. M. A. ha demostrado que sabía distinguirse por una postura original —y justificarla— den-

tro del rebaño de los condignos seguidores de la tradición de Ortí y Lara que pueblan hoy nuestro país.

El éxito, sin embargo, tiene sus exigencias. Es preciso mantenerse en forma, renovarse y, sobre todo, crear. Por esta causa el crítico se llama a engaño cuando cierra la última página de *Andamios para las Ideas*, nuevo libro de A. M. A., volumen primero de una colección dirigida por el propio A. M. A., y en cuya solapa de cubierta se lee: "Este libro hará época en la filosofía española como modelo de exposición diáfana, de rigor conceptual, de belleza de expresión." Tal promesa se halla en tan desfavorable relación con el balance que arroja la lectura del volumen, que el crítico no tiene más remedio que salir gritando: ¡trampa! ¡trampa!

Sin duda el propósito de A. M. A. era asaz ambicioso: tres partes componen su nueva obra, a saber: "Sobre el intelectual", "Sobre el hombre" y "Sobre España". De ellas la más extensa y trabajada es la central, donde no faltan en efecto algunas bellezas literarias y cierto gusto por la paradoja. Veamos como ejemplo (págs. 129-130) las frases: "El hombre no es problema. Hombre-problema es hombre-perdido. El hombre es más misterio que problema, más sacramento que comercio, más melodía que clave, más gracia que algoritmia." Todo esto suena bastante bien, pero ¿tiene realmente rigor conceptual? Un poco más adelante (página 132) se nos dice: "Algún sociólogo nos descubrirá algún día cómo el gran pecado de la historia moderna consiste en problematizar el misterio." Aquí el crítico se queda un instante perplejo. ¿Cree realmente el señor A. M. A. que es ésa la misión de la Sociología y de los sociólogos? La investigación de los pecados de la historia moderna ¿puede ser acaso el objeto de una ciencia no normativa, de una ciencia fenoménica como la Sociología? Y ya en plan de apurar lo del rigor conceptual, presentemos un tercer y sabroso ejemplo (note el lector que no hay en la frase que va ahora transcrita ni una sola coma): "La historia de la Humanidad es la leyenda del pecado de la técnica falseando la inequietud por la trascendencia en intranquilidad vital por asegurarse el dominio de su inmanencia en las estrellas o en los sótanos" (pág. 91). (Después de leer el edificante párrafo, el crítico pone los ojos en blanco, invoca al espíritu de Hegel y le dice: Amigo Hegel, baja y entérate.)

Tampoco en las definiciones A. M. A. ha tenido precisamente la asistencia del Espíritu Santo que él invoca en otra página. Veamos su definición de nuestro tipo humano (pág. 80): "tipo de hombre con fe en la mirada y prisa en el corazón que sabe para amar y ama para mejor saber, que canta al morir cánticos de segura perennidad con el gozo de la esperanza; que tiene el heroísmo por sencillez y el bienestar por pecaminoso, que reza con la espada y avanza con una jaculatoria, que lleva el pan en la mano y el hambre en el cuerpo, que se olvida de sí de tanto acordarse de los demás... este tipo de hombre existe, por una gracia de Dios sobre la tierra, y es el hombre hispánico. De propósito no digo el español: el hispánico. O si queréis el ibérico, o si alguien prefiere, el latino". (Maravillosa concreción. Pues esos rasgos definitorios lo mismo pueden aplicarse al sufrido campesino ruso que idealizaron los nacionalistas rusos del siglo XIX, que al místico hindú.)

¡Literatura, admirable literatura que todo lo encubres! Y es que el libro de A. M. A. es un puro trabajo de orfebrería con bellas y sonoras palabras y conceptos abstractos que no definen nada. Se nos presenta así el deprimente espectáculo del tejer deshumanizado de unos conceptos huérfanos de cualquier fruición vital y de latido humano. Las frases se alinean una tras otra porque hacen buen efecto, pero el panorama que el libro ofrece al lector es el de un yermo infecundo y, sobre todo, repelentemente frío. Pues para que cualquier reflexión sobre el hombre y la esencia del hombre sea válida ha de tener siempre a punto el ejemplo cálido de una existencia concreta que, en un instante dado, puede aducirse como simbólica. Lo otro, la elaboración conceptual alejada de la realidad, es edificación en el vacío. Así sucede, poniendo otro ejemplo, con la oposición que en la primera parte A. M. A. formula entre el intelectual y el político, separándolos radicalmente como dos *tipos de hombre, el que piensa y el que* vive. Mera sutileza argumental. Clémenceau, Mussolini y Lenin desmienten, entre otros muchos, esa pretendida separación absoluta.

Como uno ya se iba temiendo a medida que avanzaba en su lectura, el libro de A. M. A. *quiere traer también* su mensaje político. En el capítulo "Sobre España", epígrafe "Sentido Providencialista", después de dirigir unos ataques a la aspiración de que el hombre trate de usar lo más ampliamente posible, en el campo de la acción histórica, de su libertad, el autor ha escrito la siguiente frase: "La libertad del hombre español sólo tiene sentido al servicio de España." Claro está, la afirmación es impecable; a nadie le es lícito usar de su libertad para traicionar a su patria. Ahora bien, después de todo un contexto sobre la conveniencia de la rendición de la libertad en el altar de la tradición, la frase cobra un significado distinto: la libertad del hombre español sólo tiene sentido al servicio de determinado concepto de España.

A nuestro entender, España está constituída fundamentalmente por los españoles, es decir, por hombres. España no es una cosa concreta que ande por ahí en los altares,sino una realidad existencial hecha de nuestra propia vida. Si nuestra vida es roma, sin horizontes, si vivimos de tal modo confundidos por la impresionante coacción de nuestra circunstancia, que carecemos de la claridad mental previa a la forjación de nuestro propio destino, España no será mejor que la pobre realidad existencial de cada uno de nuestros hombres. (En este instante el crítico levanta la cabeza y escucha a través de la ventana abierta el borboteo de la voz hermafrodita que soli-*taron, con jarana de guitarras, veinte* radioyentes españoles; y a la tez seca de las mejillas del crítico, sube una oleada de rubor.)

Poner la libertad al servicio de España —empresa noble en verdad— debe querer decir algo muy distinto de *inmolar a la libertad en el ara de un* transpersonalismo abstracto. La hermosa frase de A. M. A. sólo es justificable cuando, mordiéndose la cola, signifique lo siguiente: "La libertad del hombre español sólo tiene sentido al servicio del hombre español."

Y esto no son meras ganas de complicar las palabras. Uno pretende trabajar con el arma de la libertad para enriquecer moral y materialmente al hombre español —para que sea más dueño de sí mismo y viva con mayor

plenitud su propio destino—. Conseguir que el mayor número posible de españoles se hagan cada día más capaces, más rigurosos, más responsables de su destino, es ciertamente algo asaz arduo y difícil. Requiere nada menos que esto: que cada día un español pueda liberarse alegremente de las garras de un destino no deseado. Resulta que en este país donde tan pocos hombres —unos por razones económicas, los más por causas sociales y casi todos por falta de auténtica educación del pensamiento— donde tan pocos hombres, digo, se han hecho verdaderamente libres, el señor A. M. A. y los que como él piensan, vienen a pedir que hagamos rendición de nuestra libertad. Para ello han inventado una inefable excusa que justifica todas las perezas y mantendrá por los siglos de los siglos nuestros defectos: la cien mil veces maldita excusa de nuestras relaciones bienaventuradas con la Providencia.

¡El hombre español actual, este pobre hombre sin educar, zarandeado por mil adversidades, objeto de la predilección de la Providencia! Los ojos del crítico se nublan de lágrimas. La radio sigue vomitando jarana de guitarras y tonalidades hermafroditas. ¡No me haga usted reír!

E. P. H.

ETTORE LO GATTO.—*Historia de la Literatura Rusa.*—Luis de Caralt, editor. Barcelona, 1952; VIII + 405 pp.

Sabido es que en la Unión Soviética la literatura debe estar al servicio de la ideología comunista, norma que acaba de ser recordada en el XIX Congreso del Partido. Quiere esto decir que si un historiador de la literatura —de fuera de Rusia, por supuesto— se enfrentara con las obras de crítica, novelas o poemas del momento presente, sin tener en cuenta aquello que el Estado soviético espera de sus escritores, tales obras le serían en buena parte ininteligibles. En una situación semejante, ¿puede ser ignorado el condicionamiento político en la creación literaria y en la crítica?

A primera vista, no. Y sin embargo, los muchachos rusos que se hacen escritores, poetas o novelistas, no crean sus obras obedeciendo a una inmediata vocación política, sino a una vocación literaria. Su contenido político nos es conocido y se repite impersonalmente y con idéntica monotonía en críticos, autores de teatro o poetas. Ahora bien, el género (oda, verso libre, comedia, novela, etc.) que cada uno de ellos escoge para expresarse, y la forma o estilo que adopta para vestir su "carga intelectual", dar su opinión de la vida, el amor, el trabajo o el paisaje, ¿pueden ser abstraídos del contenido político y considerados en sí mismos con independencia de sus factores sociológicos? Hasta qué punto una investigación de esta índole —una investigación formalista— pueda constituir una historia de la literatura, es cosa discutible. De lo que no cabe duda es que, pese al carácter problemático del empeño, los resultados no dejarán de ser interesantes.

La presión político-social no siempre ha sido en Rusia tan ubicua y concreta como ahora, y claro está que un método que trata de poner entre paréntesis el contenido de una obra literaria, es susceptible de rendir sus mayores frutos cuando se aplique a autores y textos de ciertos períodos en los cuales la subjetividad del creador no

se vió entremezclada con motivaciones ajenas al arte. Esto es lo que ha pretendido llevar a cabo Ettore Lo Gatto en su *Historia de la Literatura Rusa*, en particular por lo que respecta al siglo XVIII, a ciertos poetas del XIX, los orígenes del realismo ruso y el simbolismo.

Sin embargo, el intento no ha sido llevado a su último término, precisamente porque la obra de Lo Gatto es una *historia* de la literatura. El autor se ha impuesto, con prudencia, un método alterno o de síntesis, que él mismo nos explica en el prólogo diciendo: "mi tentativa consiste en conciliar la tendencia tradicional de la crítica y la historia literarias que estudian los fenómenos literarios rusos en relación con los problemas sociales, con esa otra tendencia más específica, pero sólo muy reciente en Rusia, que tiende a considerar el arte literario independientemente de tales problemas, al menos allí donde los escritores no los colocaron con plena intención en la base de su creación artística."

No podemos embarcarnos ahora, en esta reseña bibliográfica, en una discusión sobre hasta qué punto, entre las diversas literaturas europeas, es la literatura rusa la más idónea para ser estudiada bajo un método formalista. Pues precisamente en Rusia varias generaciones de escritores se sintieron convocadas por el estímulo de problemas sociales muy entrañablemente sentidos, de suerte que la literatura fué muchas veces, politica o sociología. El problema, por otra parte, no se reduce a un puro desentenderse de las condiciones sociales en que un escritor creó su obra. Por lo menos hay cuatro perspectivas a tener en cuenta: 1.º, el ambiente social en que vivió el escritor, los problemas que le tentaron y que hirieron su subjetividad (base social de su vocación); 2.º, lo que el escritor quiso (o la censura le dejó) decir, el mensaje que nos trajo y el sentido de sus fines (contenido de su pensamiento); 3.º el género literario que escogió para vestir su mensaje; 4.º, la forma y estilo personales de su creación.

Lo Gatto ha optado por usar en bastantes capítulos el método formalista, completándolo en otros con el cuadro de las condiciones sociales de cada época. Ha hecho así una obra que aporta considerables sorpresas para quien esté acostumbrado a las historias de la cultura rusa de base sociológica. Lo sólito en la tradición expositiva era tomar el ambiente social de un escritor, el contenido de su pensamiento, y su forma, como una unidad no desmenuzable a la que se podía abordar, bien desde el ángulo del ambiente social (consideración materialista), bien desde la perspectiva del contenido del pensamiento (idealismo). Ahora el espejo se ha enriquecido con una nueva faceta.

El texto de Lo Gatto abarca desde los orígenes mismos de la lengua rusa hasta los años inmediatamente posteriores a la victoria sobre el III Reich alemán, está ilustrado con generosidad y se nos presenta con una nutrida bibliografía. Atención a los navegantes: este libro es una de las pocas publicaciones fundamentales que han aparecido en España en lo que va de año.

E. L.-H.

JUAN ROGER. — *Ideas políticas de los católicos franceses.*—Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Departamento Internacional de Culturas Modernas. Madrid, 1951; 541 páginas.

El título de esta voluminosa obra produce cierta desorientación en el lector a medida que avanza por sus nutridas páginas. Pues no se trata de una exposición de las teorías políticas sustentadas, desde el siglo XVIII en adelante, por pensadores franceses que pretendieran realizar en la vida política los principios católicos tal como ellos los entendían; en realidad el texto de M. Roger es una exposición histórica de las relaciones entre la Iglesia y el Estado en Francia. Sólo en los casos de Lamennais y de Marc Sangnier, los dos claros antecedentes de la actual democracia cristiana, se hace una excepción para dibujar, con trazo ameno, los perfiles de sus personalidades, y dedicar varios párrafos a su particular actitud política y los angustiosos avatares de sus relaciones con la suprema jerarquía católica. Así, pues, en el libro únicamente se habla de pasada, en alguna página aislada, de gentes como Bonald, De Maistre o Maritain. A este último, por ejemplo, pese a su extraordinaria importancia para la conciencia católica moderna, se le cita dos veces, en la página 534, junto con Mauriac y Bernanos, para decir que su posición frente a los católicos españoles es "sencillamente intolerable", y en la página 526 para referirse a la influencia de Leon Bloy sobre algunos conversos, entre ellos el propio Maritain y su mujer.

La obra de M. Roger vuelca toda su atención sobre la labor práctica de los *católicos franceses, como comunidad* ideológica, en la vida política, y sobre las vicisitudes del *status* del clero frente al poder civil desde los años finales del antiguo régimen hasta nuestros días. La exposición de los hechos y de sus consecuencias, es sumamente flúida, a veces algo superficial, recogiendo datos que están en todos los manuales y renunciando a profundizar por debajo de ellos; pero en todo momento hay un *savoir faire* en la presentación de los diversos períodos y en el modo de introducir al lector en el ambiente de cada época.

Hay que destacar algunos puntos. El capítulo más logrado es, sin duda, el que lleva el título de "Nueva Alianza entre el Trono y el Altar (1814-1830)", donde el autor se muestra insistentemente crítico contra los ultramontanos y los que en frase ya tópica, "no habían olvidado nada ni aprendido nada". Citando pequeñas anécdotas, M. Roger traza un cuadro muy vivo del ambiente neoaristocrático de la Restauración; por ejemplo (pág. 138), el párrafo del arzobispo de París en 1821, que avergonzado del origen humilde de Nuestro Señor Jesucristo, decía en un pasaje: "No solamente Jesucristo era hijo de Dios, sino que era de muy buena casa por parte de su madre, y hay excelentes razones para ver en él al heredero del Trono de Judea..." También señala el autor con énfasis los males que se derivaron para la Iglesia de la intransigencia de la política religiosa, de la excesiva vinculación con el poder del Estado, y nos ofrece una pintura triste de los excesos que generaron el anticlericalismo francés: "Aparecen —dice M. Roger— una serie de hechos casi increíbles: el príncipe de Croy, arzobispo de Ruan, invita a los curas de *su diócesis, por medio de un manda-*

miento, a colocar a la puerta de las iglesias la lista de los que no comulgan, y a llevar un registro de los que no están casados por la Iglesia; un cura propina una paliza a uno de sus feligreses para convencerle de que debe ir a misa; un sacerdote esparce los huesos de un esqueleto en el lugar donde unos aldeanos van a bailar..." (página 154). Y después de referir otros muchos ejemplos de orden similar, el autor comenta: "la Iglesia francesa, con gran ceguera, creía encontrarse en un país unánimemente católico, en el cual la Revolución no había sido más que un accidente. Resulta de esto un aumento inaudito del anticlericalismo, que llegó a confundirse con el odio político a la Restauración" (pág. 155).

Capítulos también notables son los dedicados a Lamennais, al Segundo Imperio y al movimiento del *Sillon*. Puramente informativa es, en cambio, la parte final del libro, donde se trata del régimen de Vichy y de la IV República, aquí con algunos acentos polémicos contra los políticos del M. R. P.

En general, el autor se esfuerza en poner de relieve las dificultades de la Iglesia para su libre desenvolvimiento, insistiendo en que, para comprender los rasgos distintivos de los católicos franceses frente a los de otros países, es preciso tener en cuenta los datos condicionantes de la sociedad y de su historia. Tal vez no valora suficientemente lo que en el catolicismo francés *hay de inquietud* creadora, y, por ejemplo, tanto al juzgar a Marc Sangnier, como más adelante, al dedicar un epígrafe lleno de interés a la "Nueva Teología", M, Roger se carga de *una excesiva prudencia* y deja la palabra a otros, como a Garrigou-Lagrange.

En dos puntos la obra aporta cierta novedad que conviene destacar como saludable medida para deshacer tópicos, en un caso novedad de actitud, en el otro trayendo al lector documentación hasta ahora poco conocida. En las páginas 54-60, M. Roger rechaza la tópica leyenda de la influencia predominante de la masonería en la *Enciclopedia* y en la preparación de la gran Revolución: de 159 colaboradores de la vasta obra de Diderot y D'Alembert, sólo diez eran francmasones. En las páginas 141-154, trata en cambio ampliamente de la labor de las sociedades secretas católicas y de su influencia en la política de la Restauración.

Por último, dos palabras respecto al estilo y el modo de coger las pinceladas ajenas para formar el cuadro humano y social de cada instante histórico. El estilo es desenvuelto, con preferencia de lo anecdótico: "la señora de Montijo, madre de Eugenia, era muy española y muy americana; iba de Madrid a París, de París a Londres, y sus amantes habían dado mucho que hablar; sus hijas aspiraban a un buen matrimonio. Eugenia no carecía de mundo, pero tenía... un aire gitano muy distinguido" (pág. 239). Cuando M. Roger bebe en fuentes ajenas, puede reprochársele que coge casi siempre la frase que revela una actitud más extremista, por ejemplo, la tremenda frase de Proudhon que se cita en las páginas 257-258.

Al valor de enseñanza histórica que poseen tantos datos en torno a un problema que ha apasionado a generaciones, el libro de Roger añade también una nutrida selección bibliográfica, epilogando a cada capítulo.

E. P. H.

J. MAROUZEAU.—*Précis de Stylistique française*. Troisième édition, revue et augmentée. Paris. Masson, 1950. 22pp.

Este estudio se basa en los supuestos siguientes:

(implícitos)

a) La literatura es *expresión* de determinados "contenidos" (intelectuales, imaginativos o emocionales) de la intimidad de quien recurre a ella;

b) dicha expresión tiende a manifestar por medio del lenguaje aquellos "contenidos", con la máxima claridad, orden y precisión;

c) en consecuencia, el arte literario tiene un fin ornamental (en sentido *amplio*) *cuyo instrumento es el lenguaje*;

(explícito)

d) la estilística debe estudiar los medios que ofrece el lenguaje para dicha *expresión*, teniendo en cuenta que ésta se mueve en los límites de lo en el lenguaje permitido, más allá de los cuales no puede ir; por lo cual, la estilística debe reducir su tema de estudio a las posibilidades de elección que ofrece el lenguaje mismo.

Corolario particular de todo lo dicho es que entre prosa y poesía no existen otras diferencias que las de grado y forma.

Tal vez no sea aventurado sostener que estos prejuicios son, todos ellos, en lo que se refiere a la estilística *literaria*, falsos:

a) la literatura, en sus formas más altas, únicas que a la estilística literaria interesan, no es expresión de lo "contenido" en el espíritu del autor, sino representación de la realidad, íntima o exterior;

b) dicha representación extrae su peculiar contenido, de la realidad, por medio del lenguaje como instrumento propio de clarificación, ordenación y precisión (no incompatible con un alto grado de oscuridad, desorden y vaguedad en el lenguaje mismo);

c) la literatura, lejos de pretender revestir de un ropaje hecho de claridad, orden y precisión una realidad *que no lo es homogénea, como* peculiar operación del espíritu halla su objeto en sí misma;

y *d*) la estilística *literaria*, en vez de estudiar las posibilidades de elección que ofrece el lenguaje como instrumento "general", indiferenciado, de expresión, debe proponerse tal vez todo lo contrario: hacer ver que, en la obra hecha, no hay posibilidad de elección; que, dentro de la multiplicidad de sentidos posibles, uno solo es el verdadero, y cuál sea éste; en último término, que el lenguaje se expresa de un modo único en una obra única.

Nada se decide aquí acerca de la esencia peculiar de la poesía y sus diferencias con la prosa; pero no se excluye el que éstas encierren algo más que meras peculiaridades intensivas o formales.

Con lo dicho no se pretende oponer *a la estilística del señor Marouzeau* otra estilística más de nuestro gusto, ni mucho menos dar con ello una definición de lo que dicha estilística sea: antes bien, precisar el carácter y límites peculiares de aquélla, por desgracia ocultos al mismo autor.

La suya no es una estilística literaria. La noción de elección (*choix*), tan importante para el señor Marouzeau, está ligada a aquella actitud en la que el lenguaje interviene sólo para dar realce a lo trivial. Las posibilidades

expresivas del lenguaje toman sobre sí la misión de potenciar algo que en sí mismo requiere la expresión más simple, porque está ya dado, aunque latente, en la situación. Esto sólo puede ser algo social, no personal; una relación interindividual, no un logro de la personalidad, sino lo patente y abierto de ella.

La elección tiende, pues, a la *elocuencia*, no a la revelación de la expresión. Busca la magnitud requerida del efecto, no la formulación de lo expresado. Lo expresado ya es conocido, no es preciso descubrirlo.

La estilística del señor Marouzeau es una estilística de la lengua en este sentido, como *medio* de intercambio social. Parte el lingüista francés de la noción de la constitutiva imprecisión del lenguaje, paralela a la del pensamiento mismo (en cuanto contenido psíquico), y de la multiplicidad de significaciones que aquél conlleva (notificativas, emocionales, imaginativas...); y su propósito es reducir a sistema dicha imprecisión, al objeto de facilitar el recurso consciente a las distintas posibilidades expresivas del lenguaje. Se dirige principalmente al maestro, al profesor, y le orienta en su labor de formación del gusto lingüístico y de la capacidad expresiva de sus alumnos. Su obra es eminentemente práctica, aunque no incurre en la manía de dar reglas, antes bien sabe mantenerse en general en la mera descripción objetiva propia del científico. La utilidad de esta obra y de cualquier otra similar, como habría que intentarla en nuestro país, estriba en la necesidad constante que en la sociedad moderna a todos se presenta de expresarse para fines prácticos y sociales con la claridad, el orden y la precisión de que arriba hablábamos. Del comerciante al periodista, del político al amable versificador ornamental (de su vida o de la de los demás), toda una serie de profesiones y aficiones exigen una y otra vez expresarse lingüísticamente con claridad, decencia y eficacia.

En la obra del señor Marouzeau se recorre todo el campo de la gramática, desde la fonética a la sintaxis y el orden de las palabras, con este laudable fin. La exposición es, en conjunto, discreta y clara. Particularmente fino es el análisis de los valores del adjetivo antepuesto y pospuesto. Es un error haber dedicado tanto espacio a los ejemplos poéticos, y no haber considerado digno de estudio lo que exceda de la simple frase o, todo lo más, el período.

J. F.

NIKOLAUS PEVSNER. — *An Outline of European Architecture.* — 2.ª edición revisada. Penguin Books, Harmondsworth, 1951.

En la portada de este libro, los editores lo describen como "historia de la arquitectura como forma de expresión de la civilización occidental, desde el siglo IX al XX, en la que se estudia el modo de edificar de cada período, estilo y país". Frases que pecan de inexactas, y sobre todo por pesimistas; el lector cree hallarse ante una nueva muestra del detestable género del llamado "*breve manual*", lo cual es para descorazonar a cualquiera. ¿Quién no ha sufrido leyendo alguno de aquellos tomos en los que se asegura con toda seriedad, valga por ejemplo, que "también la región murciana fué alcanzada por los ecos del renacimiento florentino, como muestra la hermosa si-

llería del coro de...", y así sucesivamente, a un *tempo* de dieciocho sillerías por página, y en cuyo prefacio el autor nos declara que "deseando componer una obra de lectura tan grata cuanto lo permite el árido tema". ha suprimido las indicaciones de fechas y las referencias bibliográficas que hubieran podido acaso constituir la única justificación de su trabajo? Afortunadamente, el libro de Pevsner es algo muy distinto, y muchísimo más grato. No puede decirse que se trate de una obra original y sin precedentes. Podemos catalogarla con toda precisión en un género muy típico y bastante prodigado en nuestra época: el de la propedéutica de la apreciación artística. Abundan los libros recientes orientados a un fin en apariencia humilde: indicar a los espíritus imprevenidos los rasgos generales de una obra de arte, en sentido más o menos lato, y aguzar sus instrumentos de percepción y proveerles de algunos conceptos críticos. Son autores de tales libros, y con distinta excelencia, Eugenio d'Ors, André Lhote, Lionello Venturi, Herbert Read, Matteo Marangoni...

Algunos de los autores que acabamos de citar (y el mismo Pevsner, que ahora se añade a la lista) son críticos de rango tal, que basta para librar a un género por ellos atendido de toda sospecha de trivialidad. Los libros de propedéutica artística han de ser en nuestros días, y lo son en efecto, *necesarios* y *posibles*: hieren algún nervio vivo de nuestra conciencia artística, y lo hacen con alguna apreciable eficacia. Es fácil determinar la razón de su necesidad —el vivo nervio a que apuntan. Consiste ella en un rasgo de nuestra época que no debemos estimar con ligereza, porque tal vez, a la hora del recuento, resulte ser su *único* rasgo distintivo en lo concerniente al arte: la absoluta incultura visual de nuestras gentes contemporáneas. No queremos decir que los museos tienen pocos visitantes; la verdad es que probablemente tienen demasiados, y que en todo caso, lo característico, por *anormal*, sería la existencia de museos. Pero el fenómeno a que aludimos es más profundo. Cultura —repitámoslo una vez más— es vida, y vida es acción, y acción es vocación y preferencia. Nuestros contemporáneos carecen de preferencias visuales, de voluntad visual; carecen de *forma*. En el continente europeo, nuestra época se inicia en 1789; y pocos años más tarde, la Convención confesaba su absoluta carencia de imaginación formal, confiando la *mise en scène* de sus procesiones y ceremonias, incluído el proyecto de los trajes, a David; quien, naturalmente, las convertía en carnavales grotescos. Decimos naturalmente, no porque David fuera un mal decorador, que lo era excelente; pero una ceremonia colectiva no puede ser más que una trasposición al modo solemne del porte y el gesto cotidiano de las gentes; y es una fuerte insensatez convertirla en la exteriorización de la inventiva de un artista; tanto más, cuanto más original y enérgicamente creador sea éste. En el último siglo y medio, las cosas no han hecho más que agravarse. A las gentes de nuestra época les ocurre algo mucho peor que tener mal gusto: no tienen gusto, ni bueno ni malo. Ahí está el inmenso corral del Ensanche barcelonés, donde todos vivimos tan campantes. Mientras que la gente, al parecer, oye todavía, y sabe aficionarse a musiquillas estúpidas seguramente, pero que son música al fin y al cabo,

nadie sabe ya servirse de sus ojos. *Aparte los estetas de profesión, nunca* vimos a nadie manifestar agrado o desaprobación de un cartel o de una fachada. Los automóviles son los únicos objetos que la gente mira; pero el automóvil es hoy día un símbolo de poder mágico, y su apreciación es más bien de orden religioso que formal. Y Hollywood, con innegable éxito, propone continuamente, como excitación a la fantasía erótica de nuestros contemporáneos, a mujeres la mitad de las cuales son propiamente monstruosas. Perdone el lector tanta insistencia; pero quizá no se ha destacado lo bastante este rasgo de nuestra época: el único, acaso, repetimos, verdaderamente original: no recuerda, en efecto, la historia otro ejemplo de civilización *informe* —lo cual acaso signifique tan sólo que la historia no recuerda a las civilizaciones informes. Y aunque la apreciación del arte, desde luego, no depende tan sólo de la sensibilidad formal, está claro que depende de ella radicalmente. El artista, además de inventar o aceptar formas, las organiza expresivamente; se pueden muy bien percibir las formas sin penetrar en su organización; pero quien sea ciego para las formas, no llegará siquiera a darse cuenta de que la obra de arte es algo más que un pedrusco de complicado relieve o un pedazo de trapo manchado. Ciegos son casi todos nuestros contemporáneos; y este señor, a quien todos conocemos, que nos dice que ciertos cuadros (malos siempre) le gustan, y otros (buenos algunas veces) le disgustan, miente; por lo menos, si pretende que su gusto es de orden visual. La verdad es que recurre a otras medidas de valoración, cuya indudable ventaja consiste en que permiten ahorrarse la (para la mayoría) fatigosa y, en último término, *irrealizable tarea de mirar.*

Los tratados de propedéutica artística —los libros en los que se definan las formas y se enseñe a reconocerlas— son, pues, necesarios; pero no bastaría con eso para salvarles de la mediocridad. Tienen que ser además posibles: el género debe ofrecer a sus cultivadores una apreciable garantía de éxito. No nos referimos, naturalmente, al éxito de público; queremos decir *simplemente que* el autor no debe verse condenado a decir tonterías, como sucede con tantos otros géneros que (y resulta incomprensible) todavía hallan algún despistado que en ellos se ocupa. No es evidente, ni mucho menos, que haya de ser posible describir y mostrar una forma visual con medios verbales; y el hecho es que no ha sido posible hasta hace muy pocas décadas. La percepción de una forma artística es un acto muy complejo, enteramente distinto de la percepción de un autobús que se nos echa encima cuando cruzamos una calle. Durante siglos, las gentes han inventado formas refinadísimas y de heroica expresividad, sin que dispusieran en absoluto de conceptos aptos para transmitir verbalmente, siquiera de modo rudimentario, su apreciación de aquellas formas. Ahora empezamos a poseer tales conceptos; empezamos tan sólo, conste; pero ya es mucho. Los debemos, en parte, a la abundante exégesis de los artistas de la *Ecole de París*, producida por los mismos artistas y por sus amigos literatos; pero los debemos, sobre todo, a la ciencia alemana. Todo el mundo conoce, más o menos directamente, el ciclo del pensamiento alemán sobre el arte que se abre con Winckelmann y Herder y se cierra con Hegel y sus seguidores, y todos seguimos utilizando,

sin saberlo a veces, alguna de las ideas entonces formuladas. Pero es mucho menos conocido —y resulta ahora mucho más directamente útil— el movimiento de crítica científica cuyo doble origen se encuentra en un historiador, Burckhardt, y un escultor, Hildebrandt. En la generación siguiente a la de aquellos iniciadores, alcanzó ya el movimiento una de sus cimas: la obra de Heinrich Wölfflin —egregio picacho crítico, no superado hasta ahora. Wölfflin era ya profesor de Universidad y "especialista" en el sentido académico; y profesores de Universidad han sido los proseguidores del movimiento.

Entre ellos se cuenta Pevsner. Discípulo de Pinder, y profesor luego en Göttingen, alcanzó la celebridad años antes de la última guerra. Su libro *Barockkunst in den Romanischen Ländern*, publicado formando parte del *Handbuch für Kunstwissenschaft*, forzó definitivamente la admisión de que un nuevo "estilo" debía ser intercalado, para la consideración histórica, entre el Renacimiento y el Barroco: el Manierismo. Emigrado luego a Inglaterra, el profesor Pevsner detenta ahora la cátedra de Bellas Artes en Cambridge. Bajo su dirección, los mejores especialistas ingleses preparan una historia general del Arte, en forma de una extensa serie de monografías, cuya publicación será iniciada próximamente por la admirable Colección *Pelican*.

La misma colección incluye el libro que ahora reseñamos. ¿Deberemos considerarlo como una introducción a aquella vasta obra? En cierto sentido, sí. No en el sentido de que este breve tomo nos ofrezca un casillero esquemático, capaz de ser luego rellenado con mayor acopio de "datos". Repetimos que no se trata de un manual histórico; pero sí de un manual para aprender a ver. El lector cumplirá sus intenciones si, terminada su lectura, no se lanza a la ingestión de extensos tratados, sino a la contemplación inteligente de los edificios que le salgan al paso. La utilidad del libro está en que proporciona precisamente las bases para que la contemplación sea en efecto inteligente. Claro que hay que colaborar...

No desmenuzaremos ahora el contenido del libro. Bástenos señalar que realiza admirablemente el, al parecer, dificultoso *tour de force* de no presentar la Arquitectura como un sucedáneo de algo distinto, como "música solidificada", como seudo-pintura o seudo-escultura o seudo-matemática. Para Pevsner, la Arquitectura es algo que existe *per se*, obedeciendo sólo a las leyes de su legitimidad espontánea. La Arquitectura, nos dice, es "organización del espacio" —del espacio real, del espacio en que se vive. No es objeto para la contemplación de un "aspecto" (para comprender un edificio, nos dice el autor, el plano superficial importa más que la fachada), ni para la descomposición en relaciones formales de mayor o menor abolengo pitagórico.

Una ínfima observación. Cita Pevsner los nombres españoles con una ortografía a veces ligeramente fantástica. En principio, esto es normal. Pero un detalle nos intriga. El nombre de Guillem Bofill, el arquitecto de Gerona, aparece escrito "Guillermo *Boffiy*". La doble *ff* procede, evidentemente, de fuente francesa, alemana o inglesa. ¿Pero qué erudito andaluz habrá inventado la *y* final?

G. F.

JORGE PRAT BALLESTER. — *La lucha por Europa.* — Editor, Luis Miracle; colección patrocinada por el Instituto de Estudios Europeos, volumen 2.º; 303 páginas. Barcelona, 1952.

"El problema es sencillo: *Il faut faire l'Europe ou il faut faire la guerre.* Europa no se salvará escogiendo entre la libertad individual y la justicia social, puesto que la libertad sin justicia no es más que desorden; y la justicia sin la libertad lleva fatalmente al campo de concentración. Europa sólo salvará sus intereses salvando en primer lugar la dignidad del hombre."

Así rezan los párrafos iniciales de la declaración final de la Conferencia Europea de la Cultura (8 diciembre de 1949). Convencido de la verdad que vive en esa declaración de principios, J. Prat Ballester los ha recogido en el texto que contiene las resoluciones de la citada conferencia, el cual figura en el segundo apéndice (pág. 279) a su libro *La lucha por Europa.*

Sin embargo, no nos hallamos en presencia de una obra de tipo ideológico. Hay que agradecer al autor que no se haya metido a la fácil tarea de dar consejos para el recobramiento de lo que, con frase tópica, se llama la "civilización cristiana". Un primer capítulo, discreto, historía levemente la época de la hegemonía europea (la del "concierto") y su crisis, y da noticia de los precursores de la idea de una paz general europea basada en nuevas instituciones de Derecho Público. El resto de la obra se dedica a detallar la labor cumplida desde 1923, año de aparición de *Paneuropa,* hasta 1951, inicialmente por el movimiento del conde Coudenhove-Kalergi, y después de 1945 por las numerosas asociaciones creadas en la postguerra y por los estadistas europeos contemporáneos (Spaak, Churchill, Schuman, Adenauer, etcétera). Esta labor, a veces confusa, y para cuyo juicio carecemos de perspectiva puesto que la estamos viviendo día a día, es lo que J. Prat ha definido como "lucha por Europa".

La modestia del libro está en este caso en razón directa de su utilidad. Manejando una documentación realmente notable, el autor ha procedido a sistematizarla y extractarla para dar a los lectores españoles una visión general, y en ciertos casos detallada, de las realizaciones acometidas en el camino de la unidad europea. Los capítulos IV y V están dedicados respectivamente a historiar lo que han hecho los movimientos no gubernativos y los gobiernos. De cada asociación internacional se da una referencia o noticia concreta, casi siempre callando piadosamente sus roces con las entidades similares. De las sesiones del Consejo de Europa entre agosto de 1949 y noviembre de 1951, se hace un resumen más prolijo. El capítulo VI, tal vez el más importante, está dedicado por entero a los problemas económicos: Unión Europea de Pagos, Benelux y Plan Schuman, concluyendo con un examen de perspectivas, en el que se incluyen varios cuadros estadísticos. Consciente de la trascendental importancia de la colaboración norteamericana, el autor le consagra todo un capítulo (el VII), en el que trata del Plan Marshall y del Pacto del Atlántico Norte. El libro da fin con unos párrafos, muy prudentes y huyendo siempre del tópico, sobre la incorporación de España al orden europeo. La reproducción, bien en forma total — como en los apéndices — o en forma parcial a través del texto, de documentos origi-

nales, acrecienta el valor informativo de *La lucha por Europa*. Curiosísimos, por ejemplo, los cuadros de encuestas a la opinión pública en los diversos países.

La obra revela en conjunto que su autor sabe usar un tono conciso y objetivo y posee una notable capacidad de sistematización y de síntesis. Constituye además un libro necesario en el país, pues los estudios sobre unidad europea emprendidos por una sociedad de Madrid bajo la dirección del ex ministro don José Larraz, tienen un carácter de riguroso especialismo y un precio que no los pone al alcance del lector medio. *La lucha por Europa* orienta el interés de este tipo de lector, mal servido por deficientes informaciones de Prensa, y demuestra en qué medida es urgente que nos pongamos al tanto de unos hechos históricos de los que en modo alguno podemos desentendernos.

E. P. H.

LL. RODWELL JONES y P. W. BRYAN.— *América del Norte*, 669 págs (con 130 mapas y 38 ilustraciones), traducción de *Joaquina Comas*.

E. W. SHANAHAN. — *América del Sur*, 389 págs. (con 51 mapas y 40 ilustraciones); traducción de *Joaquina Comas*.

ANTON ZISCHKA. — *Países del futuro*. 468 págs. (con 41 mapas y 34 ilustraciones), traducción de *Jaime Bofill*.

WALTER FITZGERALD. — *Africa*, 607 páginas (con 101 mapas y 32 ilustraciones), traducción de *Eduardo Condeminas*. (Todos los volúmenes citados en Ediciones Omega. Barcelona, 1950-1951.)

Pues señor, aquí estamos ante una empresa de divulgación geográfica, por cuyo éxito editorial el crítico siente angustiosas dudas. Lanzar libros al mercado para instruir a los españoles acerca de la flora del Amazonas, del *veld* y el *karroo* de la Unión Sudafricana, de los velos blancos y los velos negros de las tribus tuareg, las minas de níquel en el Canadá, o la administración francesa en Madagascar, obliga a que nos planteemos antes la pregunta: ¿Cuántos conciudadanos de este país se sienten interesados por tales temas?

Sin duda la palabra *interés* es inadecuada. Hay la ambición de conocimiento científico que, como propia del investigador, pocos hombres la sienten; hay la rutina del profesional que debe mantenerse al día en cuanto a lo que se publica de su especialidad; y hay por último la curiosidad universal de aquellas personas, no muchas, que aspiran a hacerse con una idea de lo que es el mundo circundante, cómo viven otros pueblos y qué paisajes les rodean. España es un país de hombres de escasa, pobrísima curiosidad. Hasta tal punto es mermado nuestro afán de conocer, que ni nos conocemos los de unas regiones con otras, ni nos importa lo que escribieron nuestros antepasados (el que esto escribe sabe muy bien de algunas *Obras Completas* que yacen sin abrir en grandes bibliotecas públicas), ni es fácil que se ponga ante los ojos del tipo medio de nuestros hombres una serie de imágenes de otras naciones, sin que salte tarde o temprano el comentario incrédulo y, tras él, la frase sarcástica y graciosa que revela la complacida ignorancia de quien vive sin problemas. ¡Admirable ausencia de incitaciones vitales!

El crítico desearía equivocarse; de-

searía que viniera a verle el editor de estas series geográficas Omega y le dijera: "Nada, nada, es usted un señor gruñón y pesimista: hay mucha curiosidad en España por las minas de níquel del Canadá, por el problema negro en la Unión Sudafricana y por la administracón francesa en Madagascar, y la prueba es que mis libros se venden muy bien." Sí, el crítico desearía equivocarse, ser insultado por poco patriota e incluso fusilado por los defensores de la España sin problemas.

Porque esta vez la curiosidad de nuestros conciudadanos está puesta a prueba. De los volúmenes de divulgación que aquí se comentan, tres de ellos tienen un corte riguroso de iniciación científica; el otro, *Países del futuro*, es mas bien una llamada optimista y a veces casi fabulosa a la creación de nueva riqueza, y difiere de sus vecinos de colección por el estilo y el tratamiento del tema. *América del Norte* y *Africa* son los más consistentes; su estudio de las regiones naturales, con una visión general sobre los factores del clima, el suelo y los grupos étnicos, se cumple con la concreción necesaria y útil que está tan distante de la vaguedad del manual como del tratado especialista. Particularmente completa es en *Africa* la parte dedicada a la Unión Sudafricana, a su economía y problemas de población. En el volumen sobre *América del Norte* hay un capítulo interesante sobre el tema —uno de los que mayor bibliografía han producido en los Estados Unidos— del condicionamiento geográfico sobre las guerras del siglo XVIII (las guerras coloniales y la lucha por la independencia).

Los libros de viajes siempre han tenido su público; también lo han tenido las obras de geografía donde el genio de un autor ha sabido mezclar la hipótesis científica con dosis irresistibles de arte (este es el caso de *Civilización y Clima*). Pero el volumen de iniciación científica sobre una materia alejada del círculo habitual de preocupaciones humanas, necesita un clima de curiosidad y un ambiente cultural que le sean propicios. Por esto el crítico, gruñón y pesimista, desearía haberse equivocado de tal forma que toda la literatura que ha puesto en esta mísera nota bibliográfica fuera una divagación absurda. Nada le complacería tanto como saber que entre los profesionales y los simples y benditos curiosos, el público lector es lo suficiente amplio para que se sigan editando muchos libros como éstos, libros que nos traigan noticia de los hombres y las tierras que constituyen nuestro arrugado y maravilloso planeta.

E. P. H.

JULIÁN AYESTA.—*Helena o el mar del verano.*—Insula, Madrid, 1952.

En estos últimos años ha ido tomando forma en este país una escuela literaria de composición algo indecisa, pero con características claras. Su estilo es una mezcla peculiar de puerilidad e ironía, perplejidad, ternura y nostalgia. Su tema principal es el erotismo adolescente, en su cara sentimental, a menudo sobre base autobiográfica. Sus orígenes histórico-literarios no están claros; políticamente procede de la derecha falangista, próxima a Acción Española y al partido de Gil Robles. Sociológicamente, su base son la ideología y las peculiares conexiones sociales pequeño-burguesas españolas; su rasgo más saliente, en efecto, es la

falta de voluntad crítica en un mundo de realidades espirituales absolutas (patria, fe, etc.), reflejo de constelaciones sociales estables o que se toman por tales. Confesionalmente, se acepta de corazón la doctrina católica. Periodísticamente, sus representantes más conspicuos van de Díaz-Cañabate a Román Escohotado; del mismo Ayesta a Sánchez-Silva, Sopeña, etc. En conjunto, su objetivo es la ñoñez sentimental, y es su definición: "estilo memo". Está claro por lo dicho que es difícil asignarle una base teórica definida. Con el estilo "açor mudado", de Montes y Sánchez-Mazas en el flanco derecho y el estilo "felpudo de baño bíblico" de Rosales y Vivanco en el izquierdo tenemos ya bien definido un frente cuyo inspirador *post festum* resultará tal vez ser José-Luis Aranguren. Su aliado más próximo es el flujo espermático aleixandrino, especialmente en su última versión cursi. Mucho más lejos se halla el tremendismo.

Como sea que en este país no existe (por lo menos en las nuevas promociones) el *lettré* desinteresado que busca en la lectura un esparcimiento del espíritu, sino sólo el lector-autor de enciclopédica ignorancia a la busca de modelos o el alma tierna que ansía ser confortada, se hace preciso que distingamos en *Helena o el mar del verano* sus cualidades puramente literarias de sus valores de otro tipo. Desde este último punto de vista, la primera obra de Ayesta es una de tantas de aquella escuela, y es por lo mismo *peligrosa.* Sólo pueden leerla, con las debidas reservas y precauciones, los que, acabada la *Crítica de la Razón Pura,* quieran descansar antes de penetrar en las *Lettres Provinciales,* y sólo cuando tengan familiaridad con el *De l'Amour* de Stendhal y hayan leído a los diecicho años el *Diario de un hombre defraudado,* de W. N. P. Barbellion.

Como producto de literatura pura, *Helena* es obra muy digna. La sólita narración de un amor pueril se desarrolla aquí en tres etapas: la primera en tres cuadros entre los diez y doce años del narrador aproximadamente; la segunda a los catorce años aproximadamente; la tercera a los dieciséis aproximadamente.

En la primera, los recuerdos del narrador aparecen en forma de escenas habituales condensadas en sus rasgos típicos, excepto al final, donde la narración se atiene a un suceso determinado. Lingüísticamente, se refleja lo primero en una serie de coordinadas copulativas con imperfectos de costumbre, y lo segundo en los primeros pretéritos absolutos. El tema es el verano burgués, la playa, las primitas, etc., y el descubrimiento del erotismo. En la segunda etapa, el tema es el colegio, el pecado de sensualidad, la angustia de la conciencia, y otra vez la familia y la corroboración tranquilizadora del mundo de los mayores. Los recursos lingüísticos son los mismos. En la tercera, el verano otra vez y el amor adolescente con Helena. Tiempos: presente histórico, pretérito perfecto; riqueza de subordinadas; conciencia lúcida en los dos planos de la realidad y de la fantasía.

Ayesta es un escritor admirable. Su dominio del tema es absoluto y lleno de ironía. La nimiedad vulgar (vulgaridad pequeño-burguesa) del asunto se halla penetrada de lucidez gracias a una técnica de contrastes muy simples y muy sabiamente repartidos. El detalle nos llevaría demasiado lejos. Sus recursos son poco originales. No es esto una objeción. Tal vez el modelo estilístico más evidente es el de

"Ulises" y "El artista adolescente", e incluso la sensibilidad para el tema y la selección dirigida por ella en la realidad de los datos que han de ser transfigurados literariamente, se debe al propio Joyce de "Dubliners" y también del "Retrato".

J. F.

RODRIGO FERNÁNDEZ - CARVAJAL.—*Los Diálogos perdidos.* — Colección Alférez, núm. 3. Madrid, 1952; 256 páginas.

Cuando la vida transcurre tan de prisa que los hechos y las ideas envejecen al leve soplo del tiempo, reunir en un volumen, ahora, en 1952, una selección de textos políticos escritos y publicados en los años inseguros de 1947-48 es empresa que requiere una madurez poco común. Y si el autor pertenece a la primera generación universitaria surgida después de nuestra guerra civil —lo cual quiere decir que anda ahora alrededor de los treinta años— su mérito es todavía mayor. Porque es preciso poseer, y en alto grado, un sentido de la mesura para que cuanto se afirmaba ayer con gallardo ímpetu en las páginas de "Alférez" pueda ser hoy sostenido, sin perder actualidad ni sentido, desde la plataforma relativamente sólida y perdurable de un libro. Y no se crea que para ello ha recurrido al fácil expediente de reunir un haz de trabajos escritos con vistas a formar un volumen. La variedad de temas lanzados de la pluma a la calle para hacer frente a la acuciante realidad que de la calle saltaba a la mesa del escritor y que ahora aparecen juntos en este tomito, desmiente tal supuesto; lo cual no obsta para que un mismo criterio, sostenido con firme convicción a lo largo de las diversas materias tratadas ofrezca una línea ideológica sin solución de continuidad. Otro recurso de escritor de oficio aconsejaría al joven intelectual la más prudente cautela en la elección y exposición de temas que pudieran luego ser conservados como pensamientos secos y marchitos entre las páginas de un libro. Pero el de Rodrigo Fernández-Carvajal es un libro incisivo y puro: la carga explosiva apenas detectada a lo largo de veintitantos números de una revista universitaria salpicada de expresiones del más profundo espíritu religioso, aparece ahora con toda su potencia acumulada. Potencia explosiva que Rodrigo Fernández Carvajal colocac en las rendijas del muro que cerca la expansión vital del hombre español, no para destruirlo —porque con él se derrumbarían ciclópeos sillares de una porción considerable de la cultura española tradicional—, sino para abrir puertas y ventanales al aire primaveral de los tiempos nuevos. El libro de Fernández-Carvajal, duro y combativo, no es un alegato juvenil, tremendista e irresponsable; tampoco es un ensayito cauto y temeroso para complacer y sumar méritos para cualquier premio nacional. Es —quiere ser, y el primer paso ya está dado— un diálogo franco y abierto con todo aquello que la cautela y el compromiso aconsejan no tocar por miedo a contaminarse —o ser tildado— de *heterodoxia.* Rodrigo Fernández-Carvajal muestra a los camaradas de su generación el camino para encontrar "los diálogos perdidos" y sería bueno que los hombres de la vieja intelectualidad que mueven despectivamente la cabeza y los incondicionales de tanta bandería derechista o izquierdista se dignasen posar su mi-

rada suficiente y grave sobre este libre si quieren *entender* a la generación posterior a la contienda militar y política que fué nuestra guerra civil. Es decir, si queremos entendernos todos de una vez para que cesen tantos monólogos que dividen y ahondan diferencias mientras se invoca grandilocuente a la *unidad*. (Claro que el ideal de muchos es la unidad absoluta, es decir de *uno*.)

Ahora bien; hace falta una cura de modestia y de humildad para que renazca en el hombre español la aptitud para el diálogo, perdida hace muchos siglos. Y en esto —sólo en esto iniciadores y en todo lo demás seguidores— la juventud universitaria española debe dar ejemplo rechazando y desenmascarando la intolerancia tribal y banderiza, como lo ha hecho valientemente Rodrigo Fernández-Carvajal.

Quienes han seguido asiduamente la tarea crítica de LAYE —bien para suscribirla o reprobarla —conocen el rigor exigente de nuestro juicio que no cede ante la amistad ni el prestigio convencional de los personajes más o menos "consagrados". Sólo lo bueno es bueno y todo lo que no es honrado es matute intelectual. Pues bien; la modestia de Rodrigo y la rectitud insobornable de estas páginas tienen que permitirnos hoy que saludemos con sincero elogio *Los diálogos perdidos*, ya que si en esta ocasión regateáramos nuestro aplauso pecaríamos de insinceros y de faltos de generosidad aun con nosotros mismos. Sin modestia y también sin generosidad y sinceridad no hay diálogo posible. Y esta vigorosa y dramática invitación al diálogo de un hombre joven y honesto no debe quedar, al menos por nuestra parte, sin respuesta. Digamos, pues, ahora—porque el diálogo presupone una voluntad de *comprensión*— que en las páginas del libro que comentamos, como ayer en las de "Alférez", existe mayor preocupación por los problemas que en el vivir político español plantea la supervivencia de unas formas, fracasadas, mas no extintas, de lo que se llamaron "las derechas", que ante la no menos patente ausencia en el panorama nacional de cuanto de estimable —por español y por actual— había en las fuerzas de la izquierda y que es preciso incorporar a toda costa —con ánimo de perfección y no de revancha— para curar la mutilación del ser nacional. No es que R. F.-C. olvide, ni mucho menos desconozca, esto; en varios pasajes lo plantea en términos claros y justos. Sólo lamentamos que haya dedicado tanto empeño y espacio en señalar los efectos y peligros de una actitud reaccionaria y tradicionalmente ingenerosa. Somos demasiado jóvenes —aguafiestas iluminados— para ser escuchados, y ellos se sienten demasiado seguros para intentar rectificaciones. No cambiarán; todo es inútil. Nos queda, en cambio, tiempo por delante y un campo virgen para sembrarlo de afirmaciones inéditas que estan esperando la voz y el ademán que las formule. Y Rodrigo Fernández-Carvajal puede hacerlo. Estamos seguros de que lo hará.

Algo más llama la atención en este libro. No sólo el fondo es estimable, sino que la expresión es bellísima. Rodrigo Fernández-Carvajal escribe muy bien: sus páginas bien pensadas y bien cortadas están llenas de figuras sugestivas, sin que la fertilidad de las imágenes, a veces de atrevida originalidad, desmerezcan el vigor de la exposición temática. Y esto, señores académicos, también tiene su valor.

F. F.

D. G. R. SERBANESCO.—*Ciel Rouge sur la Roumanie.*—Sipuco, París, 1952; 309 págs. (con dos mapas).

¡Qué gran distancia media entre los exilados del siglo XIX y los de nuestros días! Para los románticos españoles o italianos que tenían que huír a Francia o Inglaterra, el exilio no significaba la caída de un sentimiento de desesperación. Es curioso recordar que tal vez fué sólo Suiza —la hoy pacífica y maravillosamente administrada Suiza— quien después de la guerra del Sonderbund, dejó morir en el exilio durante la segunda mitad del siglo XIX a algunos de sus políticos.

Comparados con los acentos de desesperanza de los exilados europeos de hoy, las quejas de los liberales españoles, italianos o hispanoamericanos del siglo XIX, eran pura retórica. Pues el destino sembró para ellos abundantes cambios de régimen. *La Roumanie regarde vers l'Occident... mais ne voit rien venir*, escribe M. Serbanesco haciendo una llamada a la intervención de las Potencias para liberar a su país del dominio ruso. Apenas puede hallarse una situación más punzante que la de estos exilados; ninguno declara abiertamente que desea una tercera guerra mundial y, sin embargo, aun sintiéndose conscientes de la catástrofe que representaría, la guerra sería bienvenida con la esperanza del retorno de la independencia de su patria. Y esta esperanza debe ser aún más agónica en los "exilados interiores", es decir, en los que se quedaron en su país y viven diariamente bajo la amenaza de la policía política.

Serbanesco, un notable abogado rumano, socialista "burgués" (de la II Internacional), ha escrito un libro con páginas estremecedoras como el contacto de un reptil sobre la piel. No es aquí lugar a propósito para la reproducción de algunos de los hechos que jalonan su reportaje. Lo que los comunistas hicieron con el campesino *kulak* Constantinescu (pág. 166) sobrepasa a toda la posible imaginación de un novelista "tremendista".

Con estilo un tanto desaliñado, *Ciel Rouge sur la Roumanie* cuenta el proceso de sovietización creciente de Rumania desde noviembre de 1944, los métodos comunistas para eliminar a los antiguos partidos políticos, el control de la policía, de los servicios de abastecimiento, de la justicia. Y una vez concluí el proceso, Serbanesco abre otro capítulo para referir el saqueo metódico de la economía rumana a beneficio de la U. R. S. S. Todo esto es referido por el autor de una manera directa, coloquial, sin preocupaciones sistemáticas, mezclando los hechos como en el plano indiviso de una pesadilla. Una lección política queda flotando luego como una grave advertencia: lo mal preparados que estos socialdemócratas de la vieja escuela se hallaban para hacer frente a los métodos comunistas. Gran parte de la literatura sobre la perfidia del burgués, queda sin base ante tantos casos de ingenuidad.

Uno ha escrito la palabra "ingenuidad", quizá porque se encuentra también un poco pervertido por las ubicuas lecciones del maquiavelismo. Pero en el fondo (tristeza de los días que no volverán) era una ingenuidad bastante buena, ésta que se basaba en lemas como el de Jean Jaurés que preside el libro de Serbanesco: *Le courage c'est de chercher la vérité et de la dire; c'est de ne pas subir la loi du mensonge triomphant...*

E. P. H.

RIVISTA DI STUDI POLITICI INTERNAZIONALI. — Director, *Giuseppe Vedovato*. Florencia, 1952.

Al doblar el filo de su 18 a su 19 año de publicación, la *Rivista di Studi Politici Internazionali*, cuyos números tienen cada trimestre mayor interés, se ha superado a sí misma con dos cuadernos de un valor extraordinario. El número de diciembre de 1951 trae, además de los artículos y secciones habituales, un vasto trabajo de Mario Toscano —noventa páginas— dedicado a historiar, a la luz de la documentación archivada en el Palazzo Chigi, las relaciones entre las Potencias del Eje y la Unión Soviética desde marzo a agosto de 1939, es decir, desde el discurso de Stalin ante el XVIII Congreso del Partido Comunista (bolchevique), en el cual ya se insinuó la posibilidad de un acuerdo entre el III Reich y la U. R. S. S., hasta la conclusión del acuerdo en cuestión, o sea el Pacto Ribbentrop-Molotov de 23 de agosto. El tema merecía un examen especial por parte de los investigadores italianos porque, según el *Diario* de Ciano y otros testimonios similares, en Roma hubo una auténtica sorpresa cuando el 21 de agosto se supo la noticia de que Ribbentrop iba a hacer un viaje a Moscú. Por otra parte, el tema tiene un interés universal, pues los documentos de los archivos del *Auswärtiges Amt* hallados por las tropas de ocupación norteamericanas y publicados por el departamento de Estado de los Estados Unidos, revelaban el *modus operandi* a través del cual se llegó al Pacto Ribbentrop-Molotov (las negociaciones en sentido estricto, iniciadas poco después de la sustitución de Litvinov por Molotov en el Ministerio del Exterior ruso), pero hasta ahora seguía siendo materia de controversia la cuestión nodal: ¿cuándo y cómo las mentes de Hitler y Stalin decidieron realizar su absoluto *renversement des alliances?*

El cuidadoso trabajo de M. Toscano no resuelve de pleno esta cuestión. En tanto no se puedan examinar los archivos del Ministerio del Exterior soviético, le faltará al historiador uno de los elementos fundamentales para apurar los detalles de aquel crítico período. Pero, a la luz de la investigación actual, resulta muy difícil creer que puedan presentarse nuevos hechos que alteren el cuadro, ya de suyo asaz completo, que ahora se posee. La desconfianza soviética por la política británica fué uno de los mayores estímulos para los dirigentes rusos, según pone de relieve Toscano; alguien hizo llegar a Moscú la información, sólo parcialmente cierta, de que en las conversaciones Chamberlain-Mussolini en Roma en enero de 1939, el primer ministro británico había aludido con simpatía a la posible expansión del III Reich hacia Ucrania. Desde entonces la posición de Litvinov se hizo sumamente comprometida, y parece plausible creer que en Moscú estuvieron mucho antes que en Berlín dispuestos a cumplir un sensacional cambio de política. ¡Se trataba nada menos que de salvar la integridad de Rusia!

Además de muchísimos puntos interesantes, la investigación de M. Toscano revela el papel indirecto, pero no carente de cierta importancia, jugado por el embajador italiano en Moscú, Rosso. También resulta que si en Roma se hubiera prestado la atención debida a los informes del embajador en Moscú, no hubiese tenido aquel carácter de absoluta sorpresa el golpe de escena del 21 de agosto.

La *Rivista* ha publicado un número extraordinario (enero-junio, 1952), dedicado a la documentación sobre tres temas: el problema de la reunificación de Alemania; la cuestión del Territorio libre de Trieste, y la independencia de Libia. El examen de las tentativas para conseguir la unidad alemana alcanza desde la declaración del alto comisario de los Estados Unidos, Mac Cloy (28 febrero 1950) a una carta de Schumacher a Adenauer (25 abril de 1952), y consta de un estudio preliminar (pág. 5), una cronología (página 177) y una trascripción íntegra de cincuenta y dos documentos (páginas 183 a 268).

En el mismo número de la *Rivista* viene un estudio de Alessandro Corradini sobre el control del gobierno y el Parlamento en la conducción de la política exterior británica, hecho con objetividad y con esa mezcla de positivismo y arte que requiere una exposición histórica. Hay que señalar en él, empero, una objeción: ¿cómo es posible que un experto en historia inglesa escriba "sir Grey", olvidándose de poner el nombre propio entre el título y el apellido?

La *Rivista di Studi Politici Internazionali*, por su constante superación, por su objetividad y, sobre todo, por el inestimable servicio que presta con las transcripciones de gran número de documentos, es ejemplo de un esfuerzo para estar a la altura que la tradición diplomática europea requiere. En unos instantes en que el periodismo político, lleno de audacias, ignorancia e irresponsabilidades, es culpable de gran parte de la tensión en que vive el mundo, G. Vedovato y sus colaboradores dan una lección de cómo deben tratarse las relaciones internacionales. Quizá, por otro lado, no sea ajeno a ésta y otras revistas de su género, el gusto por la recreación histórica en perjuicio de la atención dedicada al momento presente. Así el lector apasionado por el juego de la gran política, cada vez que cierra los ojos para dar fugacísimo reposo a una vista cansada por la ávida lectura, no puede evitar un sentimiento de t r i s t e nostalgia. Pues... frente a la indigesta falta de imaginación de la política de ahora, uno debe quejarse: ¡Hace veinte años *todavía* había diplomacia!

E. P. H.

THEORIA. — Cuaderno trimestral de teoría, historia y fundamentos de la Ciencia. Suplemento de "Alcalá". Madrid.

Una revista especializada posee una indudable ventaja respecto a una revista de "interés general": su existencia es ya una cualidad. El aficionado a un dominio cultural particular acoge con satisfacción cuanto sepublica sobre este dominio. Si la publicación es buena, tanto mejor. Si es menos buena, siempre valdrá para escarmentar en cabeza ajena; o en último término, para dar suelta a la iracundia científica: sentimiento que, como es sabido, es peligroso reprimir.

No quisiéramos dar a entender que el valor de *Theoria*, cuyo primer número reseñamos, debe ser buscado por tales *vías tortas*. La nueva revista posee méritos intrínsecos y directos. Algunos de los textos que publica son excelentes. Especialmente, los artículos de don Jaime Echarri —el comienzo de un estudio sobre los principios de la física de Newton y una nota informatova acerca de las investigaciones de Anne·

liese Maier sobre historia de la física medieval— son del mayor interés. Don Julio Rey Pastor y don Pedro Laín Entralgo, cuyo valor no vamos a enjuiciar ahora, colaboran en dicho número primero.

Desgraciadamente, no sólo elogios nos sugiere este primer "cuaderno". La verdad es que las censuras son en mayor número —por más que cada una de ellas, y tal vez todas en conjunto, no pesen tanto como los elogios. Acaso el mejor modo de precavernos contra la caída en el vicio de pedantería sea enumerar, sin comentarios, las aludidas censuras. El lector aquilatará su peso. Esta es la sita: *a*) un cierto tufillo que se cierne sobre los textos editoriales, y que induce a creer —tal vez erróneamente— que se ha aceptado la tesis de que la lógica merece ser "cultivada" en sus detalles, pero en conjunto ha sido ya prejuzgada y se halla lista para sentencia; o dicho de otro modo, un cierto tonillo de satisfacción por haberle arrancado a la viborilla lógica sus colmillos, y estar estar seguros de que no va a mordernos; *b*) preferiríamos hallar en cada número dos o tres artículos completos, mejor que una docena de fragmentos de artículo; *c*) no todos los colaboradores se mantienen a un nivel aceptable: los articulistas extranjeros, en especial, son extremadamente mediocres; *d*) las notas anónimas son una pura puerilidad: las líneas sobre el centenario del Vinci son dignas de "Alrededor del Mundo", y el "Repertorio Bibliográfico", cuya continuación se nos promete, es perfectamente inútil, puesto que no pasa de ser una copia de la mediocre bibliografía de E. W. Beth, copia que desde luego se guarda de corregir los errores del original (el artículo *Mathematik, Wissenschaft und Sprache*, por ejemplo, es de Brouwer y no de Heyting).

G. F.

REVISTA DE EDUCACION. Año I, Vol. I, núms. 2 (mayo-junio) y 3 (julio-agosto). Madrid, 1952.

Los dos nuevos números de esta revista confirman la excelente impresión causada por el primero: un signo de eficacia y de objetividad preside sus páginas, entre las que descuellan, en el número 2, un "llamamiento a la magnanimidad de los educadores" para que, por encima de actitudes interesadas, piensen en el muchacho español. "Porque ante éste, cuentan poco los derechos de los educadores y más los deberes." "Los deberes—afirma—unen mientras que los derechos dividen", y termina señalando que "la vertiente del deber mira hacia la caridad". Otra muestra de la serena objetividad con que la Revista pretende encauzar la quemante cuestión de la enseñanza media, la constituye el trabajo "Libertad de enseñanza y realismo", de don Carlos Sánchez del Río: "Las realidades —concluye este autor— son sorprendentemente distintas de lo pretendido por ciertos sectores de la crítica; y no deja de ser curioso que en una nación tan ultracatólica como España —al parecer, al menos— exista un 40 por 100 de Centros privados de fundación, dirección y administración seglar. Hay que evitar, ciertamente, que la Iglesia se entrecruce con el Estado y en esto muchos iríamos tan lejos como nos consienta nuestra condición de católicos. Pero conviene serenamente desentenderse de las avalanchas, tanto clericales como anticlericales, y de cua-

lesquiera otras preocupaciones dejando que las cosas se equilibren biológicamente y a gusto del pueblo en cada momento de su fluir histórico. Si el país mantiene muchos Centros docentes patrocinados por eclesiásticos, será señal de que los quiere. Si cambia de parecer, habrá que reconocerlo así. Pero en todo caso, hoy por hoy, resulta notorio el hecho de que la gente, incluso la gente selecta, prefiera por regla general los establecimientos de pago, y entre ellos los de religiosos, aun reconociendo la evidente superioridad del profesorado oficial. Y las cosas son como son, guste o no."

Otro artículo, sin firma, sobre la reforma de la enseñanza media que trata de la implantación del curso preuniversitario es también de gran interés, así como los trabajos de Eugenio Frutos Cortés "La edad para comenzar el Bachillerato" y de José Antonio Pérez Rioja "Aspecto social de la lectura" completan la sección de estudios de este número. El número 3 recoge bajo el título "Las necesidades de la Educación Española" las declaraciones que el Ministro de Educación Nacional hizo al diario "Arriba" de Madrid el día 18 de julio de 1952. Y, prosiguiendo a través de artículos concisos, breves y realistas una labor eficaz de análisis de las cuestiones educativas, iniciada en anteriores números de la Revista, el Inspector Central del Magisterio, don Adolfo Maillo estudia los "Problemas de la Enseñanza primaria"; Antonio Tovar, "Las enseñanzas de lenguas modernas"; José Luis L. Aranguren, "La enseñanza de Religión"; Martín Escobar, "La formación de técnicos de grado elemental" y el P. Llanos, "Problemas vitales de la juventud universitaria actual".

Completan ambos números las ya habituales y bien nutridas secciones de Información extranjera, Crónicas, "la educación en las revistas", y actualidad educativa, reseñas de libros, etc.

F. F.

3.

ENTRE SOL Y SOL

«Hasta en el sueño son los hombres obreros de lo que ocurre en el mundo.»

BARCELONA. — Entre los acaecimientos del fenecido verano barcelonés, el más considerable por sus dimensiones temporales fué el Curso de Periodismo que la Dirección General de Prensa organizó en el Ateneo. ¡Qué ochenta días! El calor, como un burro gordo, se aposentó en la sala de conferencias, y de allí no hubo manera de moverlo hasta el final, en que los tábanos de la incertidumbre, además de ahuyentarlo, engarabitaron los nervios y pusieron en acción las últimas energías de los participantes.

De todo lo que en él se dijo, aludiremos sólo a la función crítica.

Hablar de incompetencia y falta de preparación, de abusivas concesiones a la amistad y de olvido de los derechos del lector por parte de algunos críticos, conduciría a lamentaciones que, además de estériles, no sería justo restringir al campo periodístico, puesto que alcanzan en igual y en superior medida a otras muchas de las actividades de nuestra época.

Cierto que existe todavía un considerable número de críticos de Prensa que ejercen con dignidad e independencia su quehacer. Pero sus voces viven entre agobios y sobresaltos. Lo económico, por otro lado, que tantas cosas mediatiza, amenaza la vida precaria de una parte de la Prensa, imponiéndole difíciles heroísmos. Hay en el argot profesional una denominación que se aplica a los grandes anunciantes cuyas personas e intereses resultan casi intangibles porque en ellos estriba fundamentalmente la vida económica de los periódicos. Son los llamados "vacas sagradas". Pues bien, en el Curso se refirió el caso de un empresario que al ofrecer a un periódico la propaganda de cierto espectáculo, tuvo la desvergüenza de acompañar texto y dibujo de una nota en estos términos: "Publíquese en el caso de que la crítica haya de ser favorable."

El tono de aquella crítica en que la incompetencia y los halagos a la

amistad se aúnan, suele dar lugar a esas afligidas sorpresas del lector o espectador ingenuo que tras calificar de mala una obra se encuentra luego con que se le dedican los más desaforados elogios. El cuitado se acongoja y siente crecer dentro de sí el desalentado complejo de una inferioridad mental que le impide ver las maravillas descubiertas por el crítico. Pero si el lector o espectador es poco dado a discurrir por cuenta propia y acepta por buenos los panegíricos, puede creerse en el mejor de los mundos viendo bazofia por teatros, cines, libros y exposiciones, y hasta puede llegar a convencerse de que los toros es una especie de circo de verano.

El hecho, como decimos, no es exclusivo de un sector de la Prensa. Prescindiremos, para no entrar en los más intrincados vericuetos de lo cursi y lo picaresco, de ciertos cotarros literarios y sus publicaciones. Acercarse a ellos y admitir como valederos sus elogios, equivaldría a considerarse en el momento más áureo de nuestra literatura. Dejemos, pues, pasar a las "monas sagradas", tiesas y solemnes, con su cortejo de aduladores incensando entrevistas y con su enjambre de mendigos limosneando prólogos.

Donde la mala crítica llega a grados inconcebibles de sumisión es en el campo de lo científico o de lo que pretende pasar por tal, porque se ha dado en llamar ciencia a todo. Si nos fiáramos de lo que dicen los críticos de algunas revistas especializadas de España, resultaría que nuestra ciencia alcanza alturas fabulosas. Publica un pontífice de la ubicuidad directora un emplasto de fichas, y se le alaba como un prodigio de erudición y de adivinaciones. Suelta el otro mangoneador un amasijo de ideas ajenas, y los turiferarios de turno golpean la tierra con pechos y frente.

Pero en cambio ¡qué hinchado silencio, qué decisión y valentía para sacar los colores y encontrar tachas al hombre solitario que sin cascabeles en el gorro y con la lengua dentro de los límites naturales de su boca pone su obra en mitad de la calle sin mendigar espaldarazos ni llevar en las ancas el sello de ninguna ganadería intelectual influyente!

* * *

Como en años anteriores, Barcelona fué el escalón primero y prostrero de una gran riada veraniega de turistas.

Uno está bajo la impresión de que el turismo de este año fué más opulento y vehicularío que el del precedente, que se ofreció, por el contrario, con un manifiesto nomadismo bipédico. Con ello queda dicho que el turismo del verano pasado resultó más sosegado y de mejor ver.

Pero ¿cómo renunciar a una presa ya añeja y prescindir del artículo canicular sobre los turistas? Hubo, pues, artículos y dibujos de todos los colores, pero en general fueron fofos y aburridos. Llevamos ya demasiadas campañas dándole al tema para que pueda sacársele una gota más.

A nosotros nos atrajeron, como de costumbre, los de moralistas y estetas. ¡Qué conclusiones confortadoras sacaban unos y otros tocante a la elevada moralidad del país y a la incomparable belleza de sus moradoras! De mano maestra era aquel que, con magnífico dominio del contraste y en técnica cinematográfica de planos rapidísimos, presentaba zancajos huesu-

dos, omoplatos salientes, clavículas descarnadas, pelambre sospechosa de parásitos, hambre, harapos y fealdad turística para arrancar al recuerdo del lector las mórbidas redondeces de las mujeres de la tierra y la solemnidad de los caballeros embutidos en recios ternos y paseando impasibles bajo un sol de cuarenta y cinco grados. ¡Qué maravillas encierran las razas! Maravillas que pasarían inadvertidas si no fuera por las péñolas de moralistas y estetas.

Este año, en los viveros de ambas modalidades de varones, han arraigado nuevos y valiosos retoños. Mencionaremos, ante todo, los procedentes del gremio de fondistas. Fondista hubo que, nutrido de altas y vigorosas ideas, se negó a dar de comer en su fonda a los turistas carentes de corbata y chaqueta. Pero, llevado a la par de loables sentimientos y demostrando un no vulgar conocimiento de las obras de misericordia, proveyó sus trastiendas del conveniente surtido de tales prendas, prestándolas con ejemplar longanimidad a los comensales para que pudieran oficiar el rito nutricio. A buen seguro que ninguno de ellos fué objeto de las innumerables multas que las autoridades impusieron a otros tantos hosteleros que cobraban a los turistas por encima de la tasa.

Pero al lado de tan singulares ejemplos es forzoso traer el capítulo de liviandades y deserciones. Aquí entra de modo principal el gremio de sastres y la turba de enclenques que a causa de su piel porosa y femenil son incapaces de trabajar y ruar con traje completo de lana, cuello, corbata y sombrero, a los treinta y tantos grados centígrados que suelen alcanzar los termómetros en las semanas estivales de Barcelona. Estos infames, olvidando que sus abuelos vestían armadura y que sus padres llegaban en todo tiempo con levita al borde de la cama, indumento que en aquel punto y hora reemplazaban por un camisón de tantos palmos como su persona, se lanzaron a la calle en mangas de camisa y sin corbata, o aceptando a lo sumo una especie de guayabera que han dado en trazar los sastres, haciéndose con ella cómplices del afán desnudista que invade a las sociedades modernas.

Los muy bellacos dicen que con tales calores la ropa ha de aligerarse, que de otro modo es imposible trabajar y trasladarse de un lugar a otro, que los griegos y romanos, Viriato, el rey Atanagildo y muchos otros personajes de que dan testimonio museos y bibliotecas, llevaban al descubierto buena parte de lo que hoy cubren el pantalón, la camisa y la mentada guayabera. Y aun agregan que la moral no es tan quebradiza que haya de amurallarse en lanas, y que bien puede ocurrir que un ciudadano muy vestido le dé a uno el timo de las misas.

En fin, ante argumentos tan afilados, mejor será que dejemos a los contendientes con las espadas en alto hasta el próximo verano, aunque nos tememos que los sastres —gente de la piel del diablo— y los elementos —que suelen apretar más de lo conveniente— acaben por hacer que la chaqueta, la corbata y el sombrero entren en el armario antes de la siega y no salgan de él hasta la vendimia.

RAMÓN CARNICER

EN MADRID: ZUBIRI Y LA LIBERTAD

II

A punto ya de dar comienzo a las tareas del presente curso, en el cual aun no sabemos cuál ha de ser el tema que nos depare el profesor Xavier Zubiri, vamos a continuar la comenzada reseña del cursillo anterior. Y ello ha de tener un interés renovado, a pesar del tiempo transcurrido desde la primera parte de este artículo, por el hecho de cumplirse en estos tiempos los veinticinco años de profesorado del autor de las conferencias de la Cámara de Comercio madrileña. Nuestra más expresiva felicitación acompaña estas humildes líneas, que no pretenden sino ser un trasunto de lo que Zubiri fué desvelando a lo largo de su curso. Veinticinco años han transcurrido desde que Zubiri ganó su primera cátedra, precisamente en Barcelona, y sus enseñanzas, de modo oficial o privado, no han cesado desde entonces.

* * *

Decíamos en la primera parte de esta reseña lo que la libertad significó, como tema de meditación, para la Filosofía antigua y medieval. Intentaremos ahora señalar su encuadre en la modernidad, hasta nuestros días. La Filosofía moderna, desinteresada por la substancia e interesada por la Naturaleza como conjunto de fenómenos, nos ofrece un cuadro completamente distinto al presentado por la especulación anterior. Galileo esgrime como argumento la impotencia del hombre para conocer el cosmos en su totalidad y da estado al método físico de la hipótesis, estructuración mental a reserva de una comprobación experimental posterior, y que sirve para poderse explicar fenómenos a los que aun no se puede englobar con seguridad dentro del sistema general de la Física. Frente a la posición que pudiéramos llamar *tética* del hombre antiguo y medieval, el hombre moderno se coloca en una postura hipotética. Para el moderno, el fundamento de la Naturaleza no viene dado en razón de su substancia, sino en la posibilidad de establecer leyes de alcance universal, expresadas en fórmulas matemáticas (Newton). Pero el hombre busca al mismo tiempo, en su racionalismo, la seguridad con que puede moverse en estas construcciones, renegando provisionalmente de toda autoridad y reconstruyendo el mundo por sí mismo. Esta es la postura cartesiana, que encuentra esa fundamentación en la misma existencia del hombre, lo cual quiere decir que éste es el sujeto, la substancia por excelencia; lo demás necesita ser justificado. La razón como principio y la Naturaleza como fuerza determinan al hombre del siglo XVIII.

Esta concepción de la Naturaleza, que culmina en las leyes matemáticas de Newton, o, mejor, la necesidad de explicarla, es la autora del "giro co-

pernicano" realizado por la "Crítica de la Razón Pura" de Kant. La estructura matemática del cosmos, ante el cual se halla el hombre como espectador, y que aparece ante todos como un espectáculo ordenado de antemano, se explica porque ese "de antemano" o "a priori" que pone el orden en los fenómenos no es algo objetivo, sino intersubjetivo. Si espacio y el tiempo son formas "a priori" bajo las cuales se nos presentan necesariamente, por nuestra estructura mental, los objetos.

Claro está que las posiciones racionalista de Newton y crítica de Kant no parecen muy favorables a la existencia de la libertad. El racionalismo concibió la libertad como una pura espontaneidad, precisamente para salvarse así de esa profunda necesidad con que hacía aparecer todos los objetos naturales. El hombre, según Leibnitz, por lo que tiene de "vis", se diferencia de los demás objetos por ser una espontaneidad, que se determina por los principios emergidos de la razón, y esta determinación por principios de una pura espontaneidad es lo que se llama libertad. El problema está, naturalmente, en armonizar la espontaneidad con la determinación. Ante este conflicto, Kant toma posiciones: El hombre posee en su conciencia la intuición de la ley moral, la cual se diferencia de la ley física en que no va orientada al "ser", sino al "deber ser", y éste se dicta de forma categórica, en absoluto. Es un imperativo en el que real y efectivamente se obliga a la voluntad a determinarse por el deber en tanto que deber. Es decir, se determina a la voluntad como "voluntad pura", y a ésta llama Kant "persona", la cual existe porque todos tenemos la conciencia de la ley moral. La ley moral, independiente del tiempo, se dirige a mí como una entidad que puede estar fuera de la Naturaleza, y solamente puede darse la libertad cuando se está fuera de ella. Mi intuición de la ley moral es la intuición de lo que debo hacer, determinación fuera del tiempo, y ello me indica que existe libertad. Pero en realidad no indica sino que el hombre como Naturaleza y el hombre como "persona" se hallan en Kant en contradicción. Y es quizá en este aspecto en el primero que se establece un brecha dentro del sistema crítico de Kant.

Por el contrario, para Hegel, la idea de "ser" coincide con la de "autodeterminación". Toda la estructura de la realidad es la gestación del ser sobre sí mismo. La libertad, pues, no es una facultad, sino un "estar siendo". El acto libre en toda su concreción no es sólo hacer lo que quiero, sino lo que he hecho de mí con esa decisión, lo que me he propuesto, y esto es una idea. Por lo tanto, libertad es el poder del concepto, de la idea. En este sentido, Hegel ha visto muy bien que el ser libre es un "hacerse" en cada decisión. Entre el yo antes de querer y después intercala el concepto de lo que quiero ser, con arreglo al cual voy a desenvolver mi plan de vida. Pero Hegel cree que este concepto tiene capacidad de hacer lo que quiero ser, que la libertad se halla en el concepto mismo, lo cual ya no es exacto. La libertad no está en el "proyecto" de lo que quiero ser, sino en la decisión u opción, que es el momento constitutivo de la libertad concreta. La opción es lo único que otorga al concepto poder de realización. Esta preterición de la opción es

explicable por entender Hegel que la Razón es la libertad, por lo que la libertad misma resulta desvanecida de entre sus manos.

La gran "ontofagia" hegeliana revela, en su grandeza, un extremo de superación, por una vía eidética, del criticismo kantiano. Pero su enorme construcción debía provocar obligatorias reacciones. Una de ellas es el positivismo comtiano, que al mismo tiempo se halla terriblemente influído por Hegel, de tal modo que su doctrina es un gran espíritu objetivo hecho por y para la ciencia. En efecto: el orden determinado y el progreso indefinido son las dos grandes ideas que están como presupuestos inconscientes en toda la teoría de los tres estadios: Teológico, Metafísico y Positivo, por los que sucesivamente tendría que pasar la humanidad hasta convencerse de que la realidad es una trama de cosas, cada una de las cuales es un sistema constante de relaciones. Sobre ello construye Comte un gran determinismo histórico e individual en el que el yo no es sino un lugar común de relaciones del hombre con las cosas.

El clima intelectual comtiano fué aquel en el que se movió el filósofo que de modo directo inspira las más modernas corrientes fiilosóficas: Bergson. Xavier Zubiri dedicó una de sus mejores conferencias a demostrar el *parentesco ideológico, tan poco resaltado en los tratadistas, entre ambos* filósofos. Bergson resultó muchó más profundamente entendido, mucho mejor desentrañado que antes. Discípulo y admirador de Comte, quiso continuar *su línea intelectual allí donde éste era menos fuerte: en los hechos mentales.* Otros también continuarían la labor comtiana en otras disciplinas: Levy Bruhl se encargó de elaborar una ética positiva, y Durkheim haría una sociología. Bergson prefirió, por temperamento, la psicología, tratando de fijar el paso del tiempo en la vida psíquica y en las cosas. Así quería continuar a su maestro.

Pero, al intentarlo, se encuentra con dos grandes sorpresas: que el tiempo filosófico no tiene nada que ver con el físico, y que el tiempo mental tampoco es la sucesión propugnada por Comte. Se da cuenta de que el positivismo ha hecho de la realidad psíquica un conjunto de cosas infinitas reunidas en un todo numérico, sin tener en cuenta su diferenciación cualitativa. La primera realidad absolutamente falsa del positivismo, es la concepción de la multiplicidad numérica de los estados mentales. Pero aun hay otro error fundamental: la de que el tiempo como sucesión no existe en ninguna parte, ni en el universo físico ni en el psíquico. La Física entiende el tiempo como la medida de un movimiento: el tiempo se cuenta porque durante él un móvil describe una serie de posiciones. Pero ese tiempo físico no es tampoco el vivido, que sería precisamente el intervalo entre ambas posiciones, en el que acontece el fenómeno de morverse, es decir, de "estar en el tiempo". El tiempo está dentro del móvil, es su "duración". En el yo ocurre lo mismo: no es ni el hilo que une el collar de los estados psíquicos (posición positivista), ni es la gran caja abstracta que contiene estos estados (posición racionalista), sino el acto mismo de durar, de distenderse en el tiempo subjetivo del hombre; es un punto elástico extendiéndose por propia iniciativa. Y en esta duración es en la que precisamente sitúa Bergson la libertad humana. En

este sentido Bergson ha sido el primero en afirmar, quizá en relación con una raíz profundamente hegeliana, que la libertad no es una balanza, sino un camino en el que el hombre va decidiendo, constituyéndose a sí mismo en sus estados mentales. Claro está que la experiencia fundamental de la libertad del hombre sale bastante intacta de los brillantes análisis bergsonianos. En efecto, el momento cumbre de la libertad es aquel en el que el hombre se halla antepuesto a sus sentimientos, sacándolos del fluir momentáneo, el instante en el que se realiza la decisión.

Después del sobresaliente análisis de Bergson, pasa Zubiri a estudiar el problema de la libertad en el existencialismo moderno, escogiendo a Heidegger y a Sartre como modelos fundamentales. En el primero, el hombre, aherrojado en el mundo y constreñido a decidir en cada momento sobre su vida, en la "sorge" o cuidado del ser en que consiste la autenticidad, se eleva la existencia humana a la propia mismidad. El "Dasein" es una "sorge" que subyace a todos los cuidados de las cosas, posibilidad total con que se enfrente el hombre auténtico. En el ámbito del ser, del ser puro sobre las cosas, ha puesto Heidegger el concepto de la libertad. Para Sartre aun es más importante este mismo concepto, pues para él el hombre no es sino una conciencia de la nada en medio de una libertad omnímoda, un "ser para sí" que por ello mismo está "néantisé", nihilizado o anonadado, si ha escogido la existencia auténtica, aquella que, en la "nausée" o angustia le muestra la verdadera nihilidad de los seres. El hombre, en expresión de Sartre, está "condenado a la libertad", nadie puede determinar un modo concreto de estar en el mundo sino desde sí mismo. Precisamente la gran tragedia del hombre es esa de tener que ser libre en un mundo que es nada, ante la nada, y sin ninguna esperanza de futuro que sea "algo". El hombre, absolutamente solo frente a sí mismo, a su conciencia, que es una nihilidad, tiene que hacerse en cada momento, sin ninguna esperanza de premio ni de castigo. Toda la ética sartriana hace al hombre irremisiblemente responsable de todo lo que es, incluso de lo que es su cuerpo, o mejor, de lo que hace de su cuerpo y por él. Las cosas, incluso la pura fisiologia, tienen el sentido que yo, absolutamente, les imprimo.

Es en Sartre, como modelo del existencialismo extremo, en donde se centra la exposición de Zubiri. El hombre es un ente que existe en una pura nihilidad, dándose cuenta, si no disfraza su existencia de inautenticidad, de que su verdadera pasión es dejar de ser nada, pero ello es imposible, y por ello la pasión de ser es inútil, lo cual se revela en la náusea. El ser, el verdadero ser para sí, es Dios, y si Dios existiera, yo, en virtud de mi pasión de ser, no podría sino referirme a él, y a menos que se niegue el hombre mismo, hay que decir que Dios ha muerto, lo cual no significa en la intención de Sartre que no exista, sino que es letra muerta para la existencia. Por lo tanto la primera actitud del hombre ante la vida debe ser desentenderse de la seriedad que cree que los valores están establecidos. Ello, evidentemente, no tiene conexión alguna con su postura, y esta conclusión es inverosímil. Además, la negación de la trascendencia, o la afirmación de su imposibilidad fáctica, en una doctrina como la suya que no es sino un

reconocimiento de las ansias de trascendencia más ilimitadas, tampoco parece muy coherente.

* * *

Y ahora Zubiri, después de haber hecho un rápido pero profundo recorrido por los campos más opuestos de la Historia de la Filosofía, nos muestra, en las lecciones más importantes y meditadas de todo su cursillo, su propia postura ante el problema de la libertad humana. Como todo filósofo moderno, empieza por dejar muy bien sentados los presupuestos del sujeto mismo de esa libertad, para continuar por establecer la base radical de la misma, terminando por su estructura.

Comencemos por el sujeto de la libertad. Es el hombre, evidentemente. Contiene dos aspectos, el uno en cuanto es parte de la Naturaleza, en cuanto es naturaleza él mismo, y en cuanto es persona. Pero, no obstante, es también cierto que el hombre es una unidad. Y como tal unidad hay que contemplarle, pues por mucho que en la Filosofía se hayan acentuado ambos extremos, lo interesante es su unidad radical. Es menester tomar al hombre integralmente, y para ello parte Zubiri, como toda la Filosofía contemporánea, de los actos de conciencia humanos, por ser los que diferencian al hombre de los otros seres, aunque haciendo la salvedad de que no basta aceptar la conciencia como diferencia, sino como persona, es decir, como cualidad positiva.

En primer lugar, es un error creer que la conciencia es una realidad substantiva. La falsa consideración de la conciencia como algo separado del hombre mismo ha llevado a Heidegger y a Sartre a la anihilación, y ha sido el error de toda la Filosofía hasta Hegel. No se quiere decir con eso, como afirma el positivismo, que la conciencia sea un simple "epifenómeno", pero tampoco es algo que se da junto a los actos. Su contenido es puramente formal; es el modo con que el hombre recibe las impresiones del exterior. El animal las recibe como estímulos, es decir, como signos de acción inmediata en la que su propio ser está comprometido. El hombre recibe también impresiones del exterior ante las que responde dinámicamente, pero no de modo inmediato, pues no puede responder adecuadamente a un sistema determinado de estímulos. Por el contrario, ante los sistemas de estímulos el hombre queda en suspenso, y esta suspensión es la vertiente negativa que conduce necesariamente a un *hacerse cargo de la realidad*, vertiente positiva del anterior. Al quedar en suspenso ante un estímulo exterior, este estado modifica radicalmente todos sus elementos, que por ese mero hecho dejan de ser una fuerza que descarga para ser lo que llamamos "realidad". algo que sólo remotamente tiene que ver con el organismo del que los recibe. El hombre no posee una conciencia como entidad radical, sino que percibe los fenómenos en forma de conciencia.

La segunda cuestión es cuál sea el mecanismo de esta forma de recepción de impresiones que llamamos conciencia. Una cosa es inmediata: El "hacerse cargo de la situación", en que consiste la forma de la conciencia,

no puede precindir, para su funcionamiento, de las estructuras somáticas del hombre —sensibilidad y demás órganos— pero no se limita a ellas, pues supone algo mucho más radical. El hombre no se mueve únicamente por lo que percibe en el estímulo, sino que aúna a ello confusamente el hecho de que el estímulo sea *real*, e sdecir, que pertenezca a un sistema de cosas externo. Esta que pudiérase llamar *versión a la realidad* del hombre, no es algo que se añade a un contenido. Lo real viene dado en la mismidad del contenido, en una "impresión de realidad" de la que el animal carece completamente, que no se refiere tan sólo a la existencia de la cosa, sino a su esencia de ser real (impresión que posee, por ejemplo, el matemático ante sus objetos ideales). La versión a la realidad, exclusivamente humana, es una *inteligencia sintiente*, o, mejor dicho, una *sensibilidad intelectiva*, por la cual el hombre recibe las impresiones del exterior en forma de realidades proyectadas fuera de sí. La inteligencia no es, pues, solamente la capacidad de formar juicios, como pretendía Kant, ni la de formar conceptos, como afirmaba Santo Tomás, sino algo mucho más profundo e implicado ya en el mismo modo de reacción ante el mundo exterior. Consiste en que el hombre posee una estructura que le coloca entre irrealidades y quimeras cuya existencia desearía. Huelga toda postura intelectualista, pues lo esencial en el hombre no es el "cogitare", sino el "vertere" hacia la realidad, de un modo total, sentimental e intelectivo, con predominio oscilante entre ambas tendencias.

Esta estructura humana tiene su causa profunda, precisamente, en una esencial indeterminación ante el estímulo. La neurona está especializada en liberar biológicamente el estímulo, y, conforme esta liberación tiene que ser más compleja, va organizándose una cadena intermedia de neuronas, la más complicada de las cuales, y en la que culmina toda la organización, es el cerebro, que forma como el nivel superior, capaz cada vez de responder a situaciones nuevas e imprevistas. Todo ser vivo posee además un tono vital interno, que en los distintos niveles, el del reuejo y el del cerebro, tiene complicación distinta. El tono vital entero del animal proyectado sobre la corteza interfiere con las percepciones más ricas. Pues bien. supóngase un sistema formal que no tuviese segura la respuesta. Para compensar esta inseguridad, este quedarse parado porque el estímulo no determine enteramente la reacción, es absolutamente necesario el hacerse cargo de la realidad, en lo que consiste la inteligencia. El hombre es el animal más débil, no porque esté mal formado, sino porque se halla hiperformalizado, colocado en la situación de tener que entender para vivir. La intligencia supone, pues, la indeterminación. Si no, la creación que cada instante realiza el intelecto sería inútil.

Esta estructura supone a su vez la intimidad del hombre, su "persona". Al hacerse cargo, por primera vez, de la realidad, el niño que empieza a entender las cosas como algo objetivo, transforma lo que antes era su "medio" en su "mundo", los estímulos seconvierten en instancias que, al recurrir entre sí, se hacen cosas, distanciándose de ellas y, en consecuencia, oponiéndoles un "sí mismo" a su carácter de ajenidad. En este momento, el

UAB
Biblioteca d'Humanit
Sala de Revistes

modo de vivir humano, el *bíos,* trasciende la esfera de la mera *zoé* animal, y a esta trascendencia llamamos "persona". Al ser el hombre, como dijimos, inteligencia sentiente o, si se quiere, sensibilidad intelectiva, se ve inexorablemente abocado a afirmarse a sí mismo como persona, creándose así una *personalidad.* Su calidad de persona o "personeidad" le impulsa necesariamente a distinguirse de los otros en forma de *personalidad.* La persona concreta del hombre es lo que resulta de la articulación de personeidad y personalidad, lo que le queda al hombre de propio. El ser humano no es persona porque exista una ley moral, como la llosofía tradicional afirma, sino por la misma capacidad de ver realidades, o en suma, porque es inteligente. Vertido a la realidad y poseedor de una persona que tiene que hacerse una personalidad, se encuentra el hombre en una situación especial en la que tiene forzosamente que ser "sí mismo" y asumir su propia realidad. Es, podríase decir, un animal personal.

No obstante, la inconclusión del hombre ante sus estímulos no sería aún libertad si no se añadiese a ella algo puesto en esa indeterminación para regir la efectiva respuesta al estímulo: la decisión. La estructura concreta de esta libertad es el carácter emergente del acto libre, que consiste precisamente en la subtensión dinámica de las tendencias a la decisión, en ser la libertad la capacidad de regir unas tendencias, las mismas del animal, pero que en el caso del hombre no son sóyo tendencias o "tensiones", sino "pre-tensiones", y este prefijo "pre" da idea de la condición suspensiva de la pretensión, anterior a la reacción, frente a la tensión, que tira inexorablemente hacia algo. En esta suspensión ante el estímulo que pone en movimiento, no una tendencia, sino una pretensión, se inserta la finalidad. La libertad es libertad "para". Este carácter emergente es inexorable y necesario, y el hombre, para ser libre, necesita la fuerza para serlo, y puede serlo dentro de un área determinada. Intentaremos explicar esto.

Es quimérico pensar que la libertad es infinita, pues se halla circunscrita a las posibilidades del hombre. Su campo de acción está limitado en extensión (el hombre no podrá ir al sol) y en profundidad (el mismo metabolismo del cuerpo, sus funciones vegetativas, son incontrolables por medio de la voluntad: yo no puedo interrumpir mi digestión). Pero al mismo tiempo está definida por los hechos históricos o pasado colectivo (el invento del avión dió al hombre la posibilidad de volar), y por los actos libres decididos con anterioridad, el pasado individual. Esta concreción y finitud de la libertad no es un límite, sino su condición misma, por la cual los actos del hombre vienen más o menos determinados o son más o menos libres, o de un modo más o menos que de otro, en una infinita variedad de gamas que separan mucho la libertad concreta, la que nos interesa, de cada hombre, *con el problema abstracto de si existe* o no libertad, como ocurre exactamente con el problema de si existe o no evidencia. La construcción de la personalidad exige que cada acto más o menos libre, en concreto, limite a los que luego se hacen, o cree un hábito que mecanice a los actos del mismo género que se realicen luego. Así el hombre se construye dinámicamente a lo largo de su vida.

Naturalmente, aquí se plantea en seguida el problema filosófico de cuál sea la estructura metafísica de un ente que tiene en su mano preferir ser una cosa más o menos que otra. Es el problema tradicional de la unión ne naturaleza y persona en el hombre, planteado por primera vez por Kant, que consideró al hombre determinado como naturaleza, pero que al mismo tiempo, como persona, es el eco de una conciencia moral cuya mera existencia, en forma de imperativo categórico, postula la existencia de la libertad. Como persona, el hombre es una intimidad, un *sí mismo*, como ya hemos dicho, incomunicable y abandonado a ser inteligente. Ser persona es realmente ser *sui proprietatis*, no formar parte de ningún otro todo superior y decidir "ab initio" todo, hacerse a sí mismo, formarse una "personalidad" dentro de la finitud y limitación que señalábamos. Como naturaleza, el hombre es una "inteligencia sentiente", o una "sensibilidad intelectiva" en la que percibir es inteligir, es recibir, no sólo una impresión, sino una impresión de la realidad. Es decir, que la naturaleza del hombre es colocarse frente a las cosas, único modo de inteligirlas, frente al espectáculo de la realidad. Al separar las cosas de él queda solo, solo en sí mismo. Luego la naturaleza del hombre es el reverso de su persona, o, por mejor decir, la naturaleza del hombre consiste en ser persona. No es persona además de naturaleza, ni viceversa, sino *naturaleza personal*. Las actos del hombre son naturales porque emergen de su naturaleza, pero son personales porque no están prefijados por ella. Por ser personal, la naturaleza del hombre le abre el área de lo transnatural, se sale de sí misma por un proceso natural, en su "fisis" misma tiene el hombre el fundamento para no ser naturaleda. Todo esto quiere decir que el hombre está abocado a la transcendentalidad porque está abierto a la realidad. Esta abertura es la libertad misma, y en este sentido es cierta la frase de Sartre de que el hombre está condenado a ser libre.

* * *

Esperamos no haber cansado al lector con esta amplia reseña de las lecciones de Zubiri, que aun es insuficiente para dar una idea de la estructura del cursillo. Sobre todo, es intereante en extremo, aparte de la maestría en la exposición de doctrinas ajenas, la posición del propio autor ante el problema. De acuerdo con la técnica de la filosofía moderna y las tendencias actuales de revalorización de la intimidad del hombre, a la vez que constriñe la libertad a sus límites reales, huyendo de plantearse problemas meramente abstractos, da a la libertad, como tejido mismo de la personalidad humana, la más alta consideración en el campo de lo filosófico.

Nos abstenemos de hacer la crítica de la postura de Zubiri relativa a este punto. Fieles a nuestra intención de no dar más que un reflejo de lo que son estos cursillos, para que nuestros lectores barceloneses estén un poco más cerca del mejor maestro de filosofía que tenemos hoy en Madrid, les dejamos a ellos la tarea de juzgar el valor filosófico de lo expuesto por Zubiri. Y al propio Zubiri pedimos perdón anticipado por las inexactitudes

posibles en la interpretación de su pensamiento, pues él sabe mejor que nadie hasta qué punto el hombre se pone a sí mismo, a la mismidad de su personalidad, cuando trata de exponer el contenido de otra personalidad entrevistas a través de la suya propia.

JESÚS NÚÑEZ

VISITA DEL MINISTRO DE EDUCACION NACIONAL

Cumpliendo la promesa que efectuó a los estudiantes barceloneses en su anterior visita, el Ministro de Educación Nacional, Excmo. Sr. don Joaquín Ruiz Jiménez, ha querido este año venir a presidir en nombre de S. E. el Jefe del Estado la inauguración oficial del curso académico 1952-53 en la Universidad de Barcelona. Su grata estancia entre nosotros, desarrollando un programa apretado de intensa actividad, ha constituído una nueva prueba de la atención que el Gobierno, a través de este Ministerio, dedica a Barcelona y del afecto, gratitud y cariño que su joven y cordial titular suscita en todas las esferas de la vida cultural barcelonesa, recogiendo junto a los ruidosos y jaraneros vítores de entusiasmo de los estudiantes —¡qué falta nos estaban haciendo estos gritos juveniles en el vestíbulo lóbrego y triste de aquel aburrido caserón!— inequívocas muestras de respeto y admiración de doctos y profanos.

Sólo con el laconismo de un parte militar de operaciones puede resumirse la labor desarrollada por el Ministro en sus jornadas barcelonesas, que le han brindado la feliz ocasión de recoger los primerizos frutos de la cosecha de ilusiones y realidades sembrada tan abundantemente en su anterior viaje. Inmediatamente después de su llegada se reunió con la Junta de Obras de la Universidad, visitando a continuación detenidamente los terrenos de la futura ciudad universitaria catalana, y por la tarde inauguró el Colegio Mayor Hispanoamericano "Fray Junípero Serra", primera realización del vasto plan proyectado. El lunes presidió la solemne inauguración del curso académico; por la tarde visitó los terrenos donde se levantará un grupo escolar municipal conmemorativo del XXXV Congreso Eucarístico Internacional y a continuación se trasladó a Sabadell, donde inauguró el nuevo Instituto Laboral, y a Tarrasa para proceder a la apertura del curso en las Escuelas de Ingenieros y Peritos Textiles, en cuyo acto se tributó un homenaje de despedida al profesor de dicho Centro señor Agell. Y el martes día 7, tras presidir la apertura del curso del Conservatorio Superior de Música, celebrada en el Salón de Ciento de nuestro Ayuntamiento, asistió en Manresa a los actos conmemorativos de las bodas de oro de la Escuela de Artes y Oficios y las de plata del Instituto Nacional de Enseñanza Media de aquella ciudad, emprendiendo, a su vuelta a Barcelona, el inmediato regreso a la capital de la nación.

En cada acto, pronunció el Ministro bellísimos y cálidos parlamentos —dos de los cuales, el de inauguración del curso universitario y el del

Colegio Mayor "Fray Junípero Serra", recogemos en nuestras "Páginas azules"— y en cada lugar conversó afablemente con todos, interesándose por los problemas concretos cuya resolución encomendaba inmediatamente a la atención especial del Director General correspondiente, que, formando un equipo ágil y dinámico, perfectamente compenetrado, acompamó al Ministro en sus visitas. Los nombres de Armando Durán, Joaquín Pérez Villanueva y Carlos María R. de Valcárcel quedarán para siempre unidos a las realizaciones que el impulso vital e infatigable de Joaquín Ruiz Giménez dejará hondamente clavadas en estas tierras catalanas, como símbolos de un afecto entrañable y de una generosa voluntad de comprensión.

UN AÑO DE RECTOR EN EL RECTORADO DE LA UNIVERSIDAD

Se ha cumplido en estas fechas el primer año en el gobierno del Rectorado de la Universidad de Barcelona que con tacto y energía, con señorial cordialidad y con eficacia creadora viene desempeñando el Dr. don Francisco Buscarons Ubeda. Y sabiéndole reacio al halago, al consignar aquí este dato para nuestra íntima historia académica, nos abstenemos de glosar su ya considerable y fecunda labor, remitiéndonos a la escueta memoria que a modo de rendición de cuentas al Ministro, al claustro y a la comunidad universitaria barcelonesa presentó en el Paraninfo con ocasión de la inauguración del curso. El sabe mejor que nadie lo mucho que todavía queda por hacer, y por esto, al felicitarle en este primer año de su mandato, nos felicitamos nosotros también de tenerlo al frente de las tareas culturales en la seguridad de que habrá de cosechar en su gestión los mayores éxitos en beneficio de todos y del Distrito Universitario que con tanto acierto rige.

EMILIO MARTINEZ DE LAGUARDIA NUEVO JEFE PROVINCIAL DEL S.E.P.E.M.

En el Rectorado de la Universidad y después de la solemne inauguración del curso académico, el Ministro y Delegado Nacional de Educación, en presencia del Gobernador Civil y Jefe Provincial del Movimiento, del Rector de la Universidad, Directores Generales de Enseñanza Universitaria, Profesional y Técnica y Laboral, autoridades locales y mandos de la Delegación Provincial de Educación dió posesión del cargo de Jefe Provincial del Servicio Español del Profesorado de Enseñanza Media al camarada Emilio Martínez de Laguardia. El Delegado Provincial de Educación, camarada Fuentes Martín, pronunció unas breves palabras de salutación al Ministro en su calidad de Delegado Nacional de Educación, agradeciendo el apoyo que viene prestando a la Delegación de Barcelona, y cuyos servicios ofreció incondicionalmente a su jerarquía nacional y al Jefe Provin-

cial en la nueva etapa que se iniciaba, significando que este relevo, junto con otros a efectuar próximamente, constituía uno de los ospectos fundamentales del nuevo plan de actividades a realizar. El Ministro agradeció las palabras de camarada Fuentes Martín y expresó su satisfacción por el nombramiento que acababa de conferir, poniendo de relieve las virtudes que adornan al camarada Martínez de Laguardia y que son garantía de la labor que al frente del S. E. P. E. M. va a realizar.

UAB
Biblioteca d'Humanitats
Sala de Revistes

DISCURSOS DEL MINISTRO DE EDUCACION NACIONAL

Excelentísimos señores; señoras, señores, amigos todos de Barcelona: Hay muchas cosas que necesitan renovación en la Universidad. Permitidme que en este primer preámbulo os diga que también el protocolo y el rito de estos actos inaugurales de curso necesitan ser transformados. Posiblemente el año próximo tendrá un aire distinto, en el que, sin perder el aroma de las viejas tradiciones, se acomode a la sencillez y a la brevedad de los tiempos presentes.

Pero, al mismo tiemo, me dirijo especialmente a vosotros, estudiantes de Barcelona, que habéis acudido en masa a este Paraninfo —lo que os agradezco en el alma—, y os digo que para que la Universidad sea grande y vuelva a pesar sustancialmente en la vida española se requiere como condición irrenunciable que vosotros, en todo instante, tributéis a todas las autoridades académicas y a todos los miembros del claustro de profesores el acatamiento y el respeto que merecen. (Aplausos).

Van a permitirme las altas autoridades eclesiásticas, civiles, militares, que hoy nos honran con su presencia, los compañeros de Universidad y tantas otras altas personalidades aquí reunidas, que hable fundamentalmente a los estudiantes, porque estoy aquí para cumplir un compromiso que con ellos contraje hace ahora aproximadamente un año en las escalinatas de este noble edificio. Dije que vendría a inaugurar el curso académico 1952-53 en Barcelona. El primero de mi etapa ministerial fué en Salamanca, porque Salamanca era como la Universidad madre, de la que todas las otras, en cierto modo, han salido como de un seno fecundo. Pero el segundo he querido que fuera en Barcelona, en esa Barcelona —dejádmelo decir con el más alto de nuestros ingenios— "flor de las más bellas ciudades del mundo, honra de España..." Y he querido que fuera aquí no por cálculo. Bien está, en todo caso, que la prudencia política aconseje siempre a los gobernantes de España una cuidadosa atención a toda Cataluña como a todas y cada una de las regiones de la Patria entera. Mas yo os digo que aunque Barcelona no correspondiera a este gesto —que sí corresponde ya con su alta hidalguía—, yo, de todas formas, entregaría a esta Universidad, a todas las instituciones culturales, a todas las gentes de Barcelona, por puro pálpito, por cordial intuición, la plenitud de mi devoción y de mi cariño. (Aplausos.)

"DE LA BARCELONA ROJA A LA BARCELONA BLANCA"

Llevo en el alma muchas imágenes de esta ciudad, pero dejadme que subraye simplemente dos, tan antitéticas, tan dramáticamente distintas: una de una Barcelona entrevista allá en un amanecer de junio de 1937 cuando en la bodega de un barco extranjero, tomado clandestinamente en Valencia, salía del infierno rojo en busca del cielo azul de la España nacional. Bajo una especie de neblina roja, que era al mismo tiempo reflejo de iglesias quemadas y de sangre de mártires, veíase Barcelona en la distancia. ¡Quién iba a decirnos que no muchos años después íbamos a ver una Barcelona bajo una luz blanca, refulgente y radiante, clamando en las calles en torno al Santísimo Sacramento; una Barcelona con sus iglesias reconstruídas, vibrante de fe y de amor eucarístico!

Como cristianos tenemos que elevar al Señor nuestra gratitud por este cambio esencial, pero también, como españoles, hemos de recordar que humanamente esto se debe a la vitalidad cristiana de este gran pueblo y a la espada de un hombre, el Generalísimo Franco, que hicieron posible el emocionante milagro. (Aplausos.)

"SE QUE HABLO A UNA JUVENTUD CAPAZ DE ENTUSIASMO"

Vengamos ahora al balance —qué quisiera hacer rapidísimamente— de este año de política cultural. Sé que hablo a una juventud capaz de entusiasmo. Se os ha incomprendido a veces, amigos que entráis ahora en la Universidad o que estáis todavía en ella. Se os ha dicho que en cierta forma no estáis a la altura del heroísmo, del espíritu de emulación y de sacrificio de los hombres de 1936. Lo niego rotundamente, porque en vuestras almas hay una capacidad inmensa de entusiasmo. Lo que ocurre es que vosotros no queréis entusiasmaros con formulaciones retóricas ni con palabras. Lo que ocurre es que vosotros sois más exigentes que hemos podido serlo nosotros, porque tenéis una España como niña y no queréis que se os envejezca; pero si se acierta a brindaros una alta empresa, seguiréis sin desmayo, con empuje incontenible.

Estudiantes de Barcelona: Habéis podido apreciar cómo en estos meses de labor ministerial se han hecho a Barcelona algunas cosas que el rector ha puesto de relieve, y lo mismo por extensión en otras partes de España. Para ser sincero he de decir que, sin embargo, todavía estamos insatisfechos. Nuestra política cultural en este año ha tratado de hacer frente, de tocar tres aspectos fundamentales: atención al elemento humano, dignificación material, revisión de planes.

MAYOR EXIGENCIA AL PROFESORADO

Esta preocupación por los problemas humanos de los sencillos, de los callados funcionarios que hacen posible la acción política, está viva y decidida en nuestro empeño. Pero también, frente a ésta queremos imponer una mayor exigencia en el profesorado, pensando en ellos mismos, en su proyección y prestigio social y pensando en los estudiantes y pensando en definitiva en el bien más alto de España. Yo sé que nunca son gratas esas medidas con las cuales venimos suprimiendo las agregaciones, llevando de nuevo a los distintos profesores a sus cátedras originales. Yo sé que siempre es más grato el favor, pero que creemos quedaría incumplido un deber para con España si no requiriéramos a los profesores para que volvieran a sus puestos, para que se consagraran a sus cátedras.

PROGRESOS MATERIALES DE LA VIDA DOCENTE

Y a los estudiantes ya se ha abierto un nuevo panorama: residencias, Colegios Mayores que no estén desvirtuados nible.
en su sentido, que sean fieles al principio de la ley de Ordenación Universitaria, que se midan por los méritos positivos de los peticionarios mucho más que por el favor, y una coordinación de los Colegios Mayores entre sí, para que haya un intercambio de ideas y de intercomunión de experiencias.

Y luego, todo un régimen de seguridad social va a surgir, creemos que en el curso de pocos meses, todo un sistema que os cubra del riesgo de las enfermedades, del accidente en los laboratorios, del riesgo catastrófico de perder al padre de familia con el consiguiente corte de los estudios, medidas que hagan que el panorama sea más risueño, más sosegado.

Al lado de este capítulo, todo el otro, importantísimo, de las construcciones materiales. Ahí tenéis lo iniciado en Barcelona con el crédito realmente notable, insólito, concedido en las Cortes; pero nos queda todo el inmenso panorama de nuestras escuelas pobres, de nuestros Institutos, muchos de ellos viejos e insuficientes en sus dotaciones, laboratorios y bibliotecas. Se han dado pasos muy importantes en estos últimos quince años; pero basta asomarse a la inmensa realidad española para darse cuenta del inmenso camino que todavía queda por recorrer. Ya se está preparando un gran plan de ordenación cultural que permita afrontar las necesidades empezando por la enseñanza primera, sin la cual no hay edificio sólido posible, enlazándolo con la iniciación profesional y completándolo con el cuadro de la enseñanza laboral, abriendo las puertas de la enseñanza técnica, mejorando la enseñanza media, para que sea más formativa, más capaz de llevar a la Universidad muchachos hechos y enteros para la vida.

LA UNIVERSIDAD, INSTITUCION FUNDAMENTAL

Pero todo ello, amigos, sería en definitiva truncado si no volviésemos a dar a la Universidad el fuste, la personalidad, las posibilidades de acción que ella debe tener. Permitidme que aquí, ya un poco más extensamente, os diga cómo vemos nosotros esta segunda etapa que ahora se abre en la vida universitaria española. No me quedo corto, no me paso, si os digo que la Universidad es una de las instituciones ejes de la vida española. Hay varias esenciales instituciones para que la vida española adquiera contextura, para que España tenga un futuro más seguro y más firme. Algunas están tan arraigadas en la entraña del ser español, que ellas mismas se sirven y se afirman. Digamos, por ejemplo, la familia. Otra es el Municipio, que bien vale que de él también se ocupen los universitarios, la vida local, la renovación de la vida local. Recuerden, por ejemplo, con qué cariño hablaba de su patria chica aquel gran corazón y aquella gran mente española y universal que fué Marcelino Menéndez y Pelayo. Pero dentro de estas instituciones eje, dentro de este panorama de instituciones eje, para mí hay tres esencialísimas, que deben entablar entre sí un diálogo que valorice el futuro español. Me refiero capitalmente y por este orden, a la Iglesia, a la Universidad y al Ejército.

ATENCION A LA PERSONALIDAD HUMANA

Fijémonos en la preocupación por el hombre, por el elemento humano que ha de realizar la empresa educadora. Ayer, inaugurando el Colegio Mayor "Fray Junípero Serra", adelantaba ya esta idea. Nos importa mucho los edificios, son indispensables. Valdría también aquí traer aquel pensamiento del Angélico que hace falta un mínimo de bienestar para el ejercicio de la virtud, que hace falta también un mínimo de decoro, un mínimo de bienestar material para el cultivo de la ciencia, para el desarrollo de la investigación; merecen, pues, plácemes los que en estos quince años últimos han procurado en distintas regiones de España ir levantando edificios donde las escuelas, los Institutos de Enseñanza Media, las Universidades pudieran desarrollar más holgadamente su labor educadora. Pero a mi juicio, nos importa volver a poner la preocupación por el hombre, por el profesor y por el estudiante. A ello hemos procurado atender en estos últimos meses, empezando por aquellas categorías más humildes, más sencillas, en cuanto a lo remunerativo, diríamos administrativamente, el profesorado adjunto. Cada día apreciamos más la importancia que el profesorado adjunto tiene en la vida universataria. Nos encontramos con el problema, dicho sea de paso, de una irrupción masiva de estudiantes en la Universidad. A mi juicio esto es un signo de vitalidad del pueblo español y contra el cual sería injusto, además de impolítico, proceder con medidas coercitivas.

PASO LIBRE A LA JUVENTUD ANHELOSA DE CULTURA

Nosotros no podemos cerrar artificiosamente, arbitrariamente, las puertas de los Centros superiores de cultura a esta juventud nuestra que trata de alcanzar las altas cimas. Sería muy fácil ceñirse con algún otro pretexto a un "numerus clausus"; pero os digo que nunca cerraremos el paso a las Universidades, a las escuelas técnicas; es más, que las abriremos para que esta inquietud de saber de nuestras juventudes alcance plenitud. Pero esta presencia de la masa que habrá que orientar nos exige un aumento en el profesorado. Es imposible que con los actuales cuadros del profesorado se haga frente a una enseñanza adecuada, a una formación total e íntegra. Especialmente me estoy refiriendo ahora a las juventudes universitarias, y en ello veo cada vez más en torno a la cátedra como una constelación, que en torno del catedrático numerario pueda trabajar con plenitud suficiente de medios todo un conjunto de profesores auxiliares y de ayudantes. Hemos iniciado, repito, esta atención al profesorado adjunto. Y hemos encontrado una comprensión extraordinaria en las autoridades financieras del Estado español, y, cómo no, una vez más, el alto apoyo del Jefe del Estado para reformar las ramas de nuestro Ministerio. Por un lado lo habréis visto ya en las páginas

de la Prensa: el profesorado de las escuelas de Artes y Oficios, de las escuelas de Comercio y de Peritos Industriales, muy pronto, a ser posible, el de las escuelas del Magisterio, la Inspección de Enseñanza primaria, los maestros.

"LOS SEGLARES TAMBIEN SOMOS IGLESIA"

Poco he de decir sobre la Iglesia, que no es materia mía. Importa deslindar bien los campos, en interés del Estado y en interés de la Iglesia. Importa que no entremezclemos y que no se interfieran las funciones privativas y propias de una y otra de estas instituciones, pero lo más importante es que el diálogo sea cada vez más fecundo, más hondo. Nosotros, en cierto modo y, teológicamente, nosotros los seglares, los civiles, los que luchamos en cualquier campo de la vida española, también somos Iglesia. Iglesia que sirve, que batalla. Se ha dicho que nuestra juventud universitaria tiene nostalgia de Dios. Yo diría que mucho más: tiene un afijón de Dios metido en el alma. Nosotros, los que estamos, con dificultad a veces, luchando con la realidad social y política de un pueblo, que llevamos cada día la esencialidad de este mensaje cristiano, estamos en actitud de diálogo con la Iglesia, para exponer los datos reales, concretos, de la vida de nuestro pueblo, que puede hacer que fórmulas o soluciones ideales no encajen, no tengan vitalidad o pudieran ser a veces contraproducentes; pero siempre nuestra actuación, en su raíz más honda, estará al servicio de la Iglesia.

Pretendemos que no sólo nuestro entendimiento, sino que, como decía Fray Luis de Granada, también nuestra voluntad, esté al servicio de nuestro entendimiento. Sólo pedimos que la Iglesia española se dé cuenta de la inmensa responsabilidad que hoy entraña este resurgir de nuestra juventud, que si el Estado y la Iglesia, con independencia de sus funciones, dando a Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César, conjugan sus esfuerzos, la realidad esplendorosa entrevista en Barcelona en las horas del Congreso Eucarístico, será muy pronto la gran realidad española, la gran posibilidad realizada de que España sea una nación esencial e íntegramente cristiana. (Aplausos).

Acometeremos, si Dios quiere, durante este curso, el problema de la enseñanza de la religión dentro de la Universidad, pero es en la historia política, es la versidad sea fecundo es preciso que la religión no quede como una asignatura más, sino que las integre a todas. Recordad que Newman decía que lo que el imperio e sen la historia política, es la Universidad en la esfera de la fisolofía y de la investigación. Para que esa capacidad de la integración la realice la Universidad, hemos de reajustar las enseñanzas de la religión dentro de la Universidad.

EL VINCULO CON EL EJERCITO

Y el diálogo también con otra institución, la del Ejército, ya muy arraigado con la Milicia Universitaria, pero hemos de procurar que sea un diálogo más cordial. Nosotros no podemos olvidar lo que España debe al esfuerzo heroico de su Ejército. Frente al juicio de algunas mentes, que dicen debieran dedicarse emolumentos menores a la potencia armada y más a otras esferas, bueno es recordar aquel, agudo, de nuestro gran Baltasar Gracián: "La potencia militar es base de la reputación, que un príncipe desarmado es como un león a quien hasta las liebres insultan"."

En una hora en que el mundo anda trastocado, una de las máximas razones por la que a España se la mira con respeto es porque tiene intactas las filas de su Ejército, en pie el valor de sus oficiales y templado el ánimo de sus soldados. Eso es lo que en la Universidad debemos hacer comprender a nuestros universitarios jóvenes. Pero para que la Universidad pueda adquirir prestigio y dialogar con estas otras instituciones, es preciso que ella misma cumpla las misiones que le corresponden, aquellas misiones expresamente determinadas por la Ley de Ordenación Universitaria y que no siempre han cuajado en realidad.

REQUISITOS DE UNA ACCION UNIVERSITARIA

En primer lugar, importa la enseñanza superior en todas sus facetas. Hemos in-

tensificado la formación de escuelas de especialización para graduados en Madrid y en Barcelona, pero todavía queda por hacer largo camino. Unas veces recogiendo lo ya hecho por otras instituciones, y otras, haciendo que surjan del seno de nuestras Facultades.

No hace muchos días, precisamente Su Santidad Pío XII subrayaba que otra de las tareas directas e inmediatas de la Universidad era servir a la Patria, dando un sentido social a los profesionales que de ella salgan.

Y queda un tercer capítulo: la investigación. No hay Universidad posible sin la investigación. La relación estrecha entre el Consejo Superior de Investigaciones Científicas y la Universidad, es una necesidad ineludible. Sobre ello y en otra ocasión hablé extensamente y no he de volver sobre ello, pero sí he de deciros que esa fusión ha de cuajar en el común rectorado y en una mayor integración con los institutos del Consejo, con los laboratorios y seminarios de las distintas Facultades universitarias.

Pero esto, en definitiva, no sería, si se quiere, más que los tres primeros peldaños de esa escala creciente de funciones de la Universidad. Nos quedan los más urgentes, los más vivos, los de la formación imperial de los hombres. Esta fué siempre una preocupación viva en la Universidad española de los tiempos viejos. Ya nuestro Rey Sabio decía que era función esencial de los "homes sabios", de esos hombres sabios que surgieron del ayuntamiento de escolares y de maestros. Recordad el ejemplo espléndido de nuestros Reyes Católicos, que acudieron a la Universidad para solicitar dictamen y opinión sobre los más altos problemas de su política y de su gobierno.

LA UNIVERSIDAD, CREADORA DE CLASES DIRECTORAS

Se ha repetido hasta la saciedad que la Universidad, además de transmitir cultura, debe ser entidad formadora de hombres, de mandos sociales, creadora de las clases directoras del país. Ramiro de Maeztu, cuando clamaba por los caballeros de la nueva Hispanidad, llenos de preocupación de servicio, jerarquía y hermandad, estaba clamando a las puertas de la Universidad para que de ellas surgieran.

Esta tarea es la que yo, para terminar, quisiera subrayar ante vosotros. Lo pedía en el orden más estrictamente político, en el de una política concreta, el actual ministro secretario general del Movimiento no hace muchas semanas en el Paraninfo de la Universidad de Alcalá. Os lo pido yo, desde esta Barcelona de la que Menéndez Pelayo dijo que seguramente estaba destinada por Dios para ser cabeza y corazón de una España regenerada. De la Universidad debe surgir la gran unidad moral de los españoles. España necesita que se la entienda y se la ame como una realidad entera, y para esto la Universidad puede ser, debe ser, sin duda, el lugar esencial.

Amigos, España será una si la Universidad hace que aquí se integren los saberes, se integren las voluntades. Por la unidad moral de España, clamaba también aquel gran español que fué Santiago Ramón y Cajal, el investigador puro, español de una pieza, que ya en la ancianidad soñaba por que la Universidad forjase de nuevo la unidad moral de España. Entiéndase bien, cuando nosotros hablamos de integración de España, no queremos fórmula ninguna de terceras Españas. Lo pasado bien muerto está. Recojamos o que de valioso tuviese aquel legado.

NECESIDAD DEL DIALOGO

Nos importa también que en el seno de la Universidad se produzca un diálogo. Si yo tuviera que definir de alguna forma hoy a la Universidad, la definiría como el hogar para el diálogo. ¡Cómo está de necesitada de diálogo la vida española! De un diálogo, permitidme que lo diga con la frase estupenda de una de las cabezas, de una de las almas más generosas de nuestra generación de poetas, un diálogo con voluntad de entenderse, no un diálogo que disfrace monólogos paralelos, un diálogo que trate de fundir las asperezas. No hay tampoco en esto amigos, equívoco o engaño. El diálogo, para ser viable, no puede ser "hic et nunc"; en esta realidad española, diríamos más, en la realidad mundial de 1952, no puede ser un diálogo multitudinario. De un diálogo multitudinario no sale hoy más

que la anarquía o la guerra civil o la prepotencia a la hegemonía del más fuerte, en este caso del que está más allá del telón de acero. No comulgamos con ruedas de molino. Para el diálogo precisamos partir de un mínimo de creencias universalmente aceptadas; nosotros tenemos que afirmar cada vez más en la Universidad el valor y la trascendencia de esta creencia.

El diálogo en las verdades científicas, el diálogo en el clima, también es el Pontífice actual quien habla, en el clima de una sana libertad. ¡Cuánto en esto tenemos *que matizar los españoles! Porque*, qué fácil nos es, amigos, querer transformor en seguida la Teología en Historia o la Historia en Teología. Qué fácil nos es tantas veces querer resolver los problemas que son de razón natural con los criterios de la fe, cuando tantos se empeñan en querer resolver los grandes problemas de la fe con las creencias de la razón.

Este diálogo, amigos, comienza en una unidad radical y debe de llevarse de un determinado modo, de un modo de lealtad natural y de caridad efectiva, que muchas veces olvidamos. Sea la Universidad como el punto de partida y arranque de una unidad natural, dirigida hacia una unidad de destino entre los españoles. Yo creo en esta unidad de destino, esta unidad de destinos en la que creyeron nuestras mejores mentes, las de Castilla y las de Cataluña. Recordemos aquella dramática evocación de Maragall cuando volviéndose a Castilla pedía a sus hermanos de otras tierras que se les devolviera a los hombres de Castilla la vocación marinera, vocación, en definitiva, universal de España. Recordemos desde la meseta la voz de José Antonio cuando desde el Parlamento gritaba "¡Viva Cataluña!" con toda su alma en tensión. También Ramón y Cajal reclamó la unidad moral como sinfonía prodigiosa y nunca como pieza de una sola nota. No nos importen las dificultades. La tarea de la Universidad en el orden social y político es esa. Nosotros creemos en la posibilidad de unión de los españoles. Nosotros creemos que por encima de su capacidad de desintegración, podrá más su posibilidad integradora.

Yo os digo que este año de 1952, esta unidad nos urge y que tenemos que hacerla de prisa. De prisa, amigos, como se hicieron las cosas en 1492, cuando, al tiempo que caía Granada, estaba ya gestándose el descubrimiento de América". (Grandes aplausos.)

En nombre de Su Excelencia el Jefe del Estado, declaro abierto el curso académico 1952-53, en la Universidad de Barcelona.

* * *

Excelentísimos señores; señoras, señores:

En nuestras vidas hay como unos amores profundos, como unos afectos soterrados que van pasando, o haciéndose pasar, por circunstancias bien distintas, pero que no mueren, que en cierto forma dan sentido a nuestra vida misma. Entre estos amores hay uno en mi modesta vida que me va empujando desde hace largo tiempo: es el amor por las cosas de América.

Me contagié de él hacia el año 1939, cuando, por primera vez, salté el Atlántico, llevando sobre mis hombros la honrosa misión que nos confiara aquel gran Cardenal de la Iglesia española, catalán y universal, el Cardenal Gomá. Íbamos a una empresa universataria, íbamos todavía con el polvo de los caminos de la guerra española sobre nuestros viejos uniformes. Volví enamorado de América, definitivamente consagrado a la obra inmensa de la Hispanidad. Y aquel amor se concretaba en dos o tres empresas singulares y urgentes: una de ellas, la de crear en España Colegios Mayores, donde españoles de una y otra ribera del mar pudieran soñar juntos, esforzarse juntos, prepararse juntos, aprestarse para la vida en una comunidad de instituciones y de ensueños. Aquella empresa la propusimos —lo recuerdo como si fuera hoy mismo— en uno de los primeros Congresos extraordinarios del S. E. U., a la sombra del gran monasterio de El Escorial. Pasaron unos años y han ido surgiendo ya esos Colegios Mayores, el de Guadalupe, en Madrid; el de Hernán Cortés, en Salamanca. Ahora, este de Fray Junípero *Serra, en la universal, mediterránea* y españolísima Barcelona.

Por ello me satisface hondamente que mi primer acto, o casi mi primer acto como ministro, de este viaje que he emdido ahora a la Ciudad Condal, para

cumplir un compromiso contraído con los estudiantes en las escalinatas de la vieja Universidad de Barcelona, el año pasado, sea para inaugurar un Colegio Mayor Hispanoamericano. El sentido de la inauguración lo ha dicho hondamente, lo ha dicho vibrantemente como él sabe decir las cosas, este amigo entrañable que es Alfredo Sánchez Bella. ¡Hemos soñado tanto juntos, hemos hecho ya tantas cosas juntos, que, realmente, lo que él ha dicho es lo que podía haber dicho yo. Yo, simplemente, añado que para mí un Colegio Mayor es una empresa total. Frente a una política, necesaria ciertamente, de construcciones materiales; frente a una política de organización de las cosas, a mí me importa, en los meses de tiempo que el Caudillo siga sosteniéndome con su confianza en este cargo, dar mayor atención a las obras que han de hacer esta política de la cultura en España. Diría, una vez más, que aquí nos importa subrayar la primacía del hombre, del profesor, del universitario, sobre las piedras, por gloriosas, bellas y monumentales que esas piedras puedan ser. Yo desearía que nuestra empresa cultural descansara grandemente en la atención, en el cuidado hacia el hombre de la Universidad española, hacia el profesor que labra la ciencia, que investiga y que forma a las juventudes. Todas las atenciones que podamos nosotros dar para que el estudiante tenga aquel clima espiritual que le permita seguir soñando, volver a soñar en la España grande que entreviéramos allá en los amaneceres del 36, me parecerán pocas. De ahí la urgencia de los Colegios Mayores.

Luego vendrá también una política de residencia, para estudiantes, que recojan la masa. Es preciso que nosotros sigamos teniendo bien viva la conciencia de que viven nuestros estudiantes, en la mayor parte de las ciudades universitarias españolas y también en las capitales de provincia, no capitales de Distrito Universitario, en situación que no corresponde a este afán ascensional de la Universidad española. Tenemos que desarrollar en amplia escala esta política de residencias universitarias, donde todos ellos tengan cabida. Pero esto será para la gran masa de los estudiantes. Siempre seguiremos teniendo empeño especial para estos Colegios Mayores que son, en definitiva, los centros de los mandos, de los mandos políticos y sociales, de la minorías dirigentes de la España del futuro, las que ellos aquí funden, a vivir íntegramente la empresa a que les llamamos. Empresa, en primer término —lo he dicho muchas veces—, fundamentalmente cultural. Es decir, que les dé un sentido integrado en el saber. Muchas veces, en la Universidad, precisamente por la especialización creciente de los trabajos universitarios, pierden nuestros estudiantes la visión de conjunto. Es necesario que ellos aquí adquieran este talento integrativo, esta vocación de sintetizar este sentido unitario, esta decisión unitaria de la vida y del mundo.

Pero, además, en los Colegios Mayores Universitarios tienen que condensar fundamentalmente el aspecto más hondo de la educación que la Universidad puede dar. Si nosotros hemos querido llevar de nuevo la fe, el credo y la vivencia de la moral cristiana a la Universidad, tienen que ser los Colegios Mayores Universitarios los que den la pauta. Hasta ahora, creemos poderlo decir con sinceridad, la formación religiosa en la Universidad no ha producido los frutos que la jerarquía eclesiástica, que las jerarquías civiles, que las autoridades civiles esperaban. Ciertamente no hemos llegado a producir una correspondencia suficiente entre las preocupaciones intelectuales de nuestras juventudes universitarias, sus inquietudes ante los problemas vivos, humanos que les acucian y la formación que se les da en las clases religiosas. Este es un problema que urge a la Iglesia, y ya están las jerarquías eclesiásticas movilizadas en este aspecto, que urge también a las autoridades del Estado. Pero yo creo que por mucha importancia que se dé a las enseñanzas teóricas, quedará truncado el empeño, si la tarea no se completa por los Colegios Mayores.

A mi entender, son los Colegios Mayores los que pueden dar la pauta, señalar el camino, abrir las nuevas posibilidades de esta vivencia religiosa de nuestros universitarios. Porque aquí no será la enseñanza fría de la verdad y de la doctrina, sino será la vivencia, será el pálpito de cada día, será la iniciación por la mañana, en esta capillita, aquí diminuta, ero ya abierta a grandes perspectivas, y luego la coparticipación en la vida litúr-

gica y los seminarios y los círculos de estudio, en que la inventiva apostólica de nuestros capellanes pueda ser exaltada.

Pero también, por último, una gran empresa política, la de integrar a los hombres de España. No me voy a detener en esto, a lo cual tal vez pueda volver más extensamente mañana, sino simplemente subrayar una de las demarcaciones de esta empresa política, que es cabalmente la de la apertura a lo universal. Por las circunstancias en que ha vivido España en estos cinco años, tal vez encontremos en grandes sectores de nuestro estudiantado y doctorado un cierto provincialismo, un cierto sentido excesivamente local de la cultura.

Nos importa abrir las ventanas al exterior. No importa que nuestros universitarios se asomen al exterior, sin papanatismo, pero al mismo tiempo sin ogullos estériles. Nos importa que conozcan lo que de bueno y de malo se hace allende nuestras fronteras. Nos importa, en definitiva, entablar un diálogo fecundo, constructivo, con el mundo. Y qué mejor sitio que esta Barcelona abierta, por un lado, a toda la gran realidad de la cultura europea, al Mediterráneo, cara a cara a esa ciudad, centro del mundo religioso que es Roma, y por otro lado, americana, profundamente americana. Dios quiso que fuera aquí donde se encontraran el gran descubridor con los grandes Reyes que hicieran que la empresa fuera posible. Por esto yo quiero que en este V Centenario de los Reyes Católicos surja este Colegio Mayor de "Fray Junípero Serra"; el que fué regando espíritu por las tierras de América; el —o alguno que le acompañaba— que dijo allá como lema, en una de las ciudades de la costa del Pacífico, esto que pudiera ser lema para los estudiantes que aquí vivan: "Oro en la paz y hierro en la guerra." Es decir, para los hombres de fuera capaces de brindanos el diálogo de la paz, el oro de todas las altas cualidades españolas, de todos nuestros ensueños; para los hombres que quieran seguir mirándonos con guerra, el hierro de nuestras armadurs y de nuestras lanzas.

Amigos, aquí está la primera semilla, muestra de que nuestros propósitos de hacer una gran Universidad en Barcelona van tomando realidad; pobres todavía, he dicho sencilla muestra ,en su cuerpo, pero todas las grandes obras empezaron así, con sencillez. El espíritu que anima este Colegio Mayor está en el ya brillante proceso de ampliar estas miras y un día hacer realidad espléndida en el corazón de esa nueva Ciudad Universitaria de Barcelona, que yo desde ahora saludo con la máxima de las esperanzas.

UAB
Biblioteca d'Humanitats
Sala de Revistes

0/108

SUMARIO

1

Eugenio Frutos: «Fanatismo humano» 5

J. M. Castellet: «Notas sobre la situación actual del escritor en España» 10

F. Sitjá Príncipe: «El presentimiento en el teatro» . 18

«Arévaco»: «Honor a quien cultiva su hacienda» (IV) . 22

Alberto Oliart: «Tránsito» 35

Juan José Mira: «Pago más que nadie» 39

2

POESÍA (J. F.) 49

MÚSICA (J. C.). 57

CINE (A. G.-S.). 59

TEATRO (R. R.) 62

BIBLIOGRAFÍA 64

3

ENTRE SOL Y SOL. 93

Xilografías de Claude Colbet

Doce pesetas

S. A. HORTA I. E.